
HARLEQUIN
Bianca
Kim Lawrence
Amor servil

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Amor servil, n.º 2288 - febrero 2014
Título original: Maid for Montero
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4020-1
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Algunos hombres en la situación de Alejandro se habrían quejado de la intrusión de la prensa. Él no lo hacía. Pensaba que tenía poco de lo que quejarse en la vida, y sabía que, incluso para alguien cuyo imperio financiero atraía la atención mediática tanto como el suyo, era perfectamente posible tener una vida privada.

Sin duda, habría sido más difícil si le hubiera dado por frecuentar clubes nocturnos hasta altas horas de la madrugada o asistir a los estrenos con modelos escasas de ropa, pero esas cosas no lo atraían.

Consideraba la seguridad un mal necesario, un efecto secundario del éxito, pero no era ningún recluso que viviera tras muros de tres metros.

Si hubiera tenido familia, tal vez habría visto peligros potenciales en todas las esquinas, pero no era el caso. Solo tenía una exesposa, con la que últimamente intercambiaba tarjetas navideñas en vez de insultos, y un padre con quien tenía poco contacto. Como se sabía capaz de cuidar de sí mismo, Alejandro no se alarmó al ver que la verja electrónica de la entrada a su hacienda inglesa, que sí tenía tres metros de altura, estaba abierta.

Irritado, redujo la velocidad y echó un vistazo a su alrededor. Aunque no asumía que la razón fuera oscura y siniestra, el hecho en sí indicaba un descuido que no esperaba de sus empleados.

Su ceño se frunció aún más cuando vio un montón de globos de colores enredados en una rama, junto al discreto y elegante cartel que decía: «Casa Ravenwood: Propiedad privada».

Hacía tres años que era propietario de Ravenwood y en sus escasas visitas nunca había encontrado motivo de queja. Empleaba siempre a los mejores trabajadores, ya fueran ejecutivos o jardineros, pagaba muy bien y esperaba que se ganaran su salario.

Era una fórmula que funcionaba. No era un hombre paciente o sentimental en su vida profesional y personal. Si sus empleados no cumplían los estándares que esperaba de ellos, eran despedidos.

Bajó la ventanilla, estiró el brazo y agarró el cordel que colgaba de los globos. Cuando tiró, dos explotaron contra las ramas y el resto volaron por el aire en libertad. Siguiendo sus evoluciones con los ojos, arrugó la frente. No podía inferir nada significativo respecto a la verja abierta y los globos; pero había habido un cambio reciente en la plantilla y el ama de llaves cumplía un papel fundamental en Ravenwood.

La anterior ocupante del puesto había sido muy eficaz y combinaba su destreza para dirigir a otros empleados con la capacidad de mantenerse en segundo plano. Nunca había resultado molesta.

Bajo su vigilancia no habría habido verjas abiertas, ausencia de guardas o globos. Cabía la posibilidad de que la culpable no fuera la nueva ama de llaves, así que le concedió el beneficio de la duda. Nadie podía decir de él que no fuera escrupulosamente justo; entendía que pudiera haber errores humanos.

Lo que no soportaba era la incompetencia.

Por el momento, estaba dispuesto a creer que la nueva ama de llaves era tan perfecta como había indicado su secretario, que había entrevistado a las candidatas. Confiaba en Tom, dado que el joven siempre había demostrado un juicio excelente; habían sido su esfuerzo y diplomacia lo que había calmado la animosidad local cuando Alejandro compró la mansión.

Hacía tres años, los lugareños habían recibido el cambio de propietario de la casa solariega con una suspicacia que rayaba en hostilidad. Dado que la familia que había dado nombre a la casa y al pueblo no había aportado nada tangible a la localidad durante décadas, y que el último propietario había pasado más tiempo en clubes nocturnos y clínicas de rehabilitación que reparando el tejado o ganando dinero, a Alejandro le parecía perversa la lealtad de los lugareños.

Con la ayuda de Tom, había manejado la situación con su pragmatismo habitual. No quería hacer amistad con sus vecinos, pero tampoco la inconveniencia de estar en guerra con ellos. Las quejas iniciales habían ido disminuyendo y las visitas de funcionarios de conservación y patrimonio que cuestionaban las reformas habían dejado de producirse. Él se había preocupado de emplear a obreros y empresas locales para los trabajos de

restauración y había hecho una cuantiosa donación para cambiar el tejado de la iglesia.

Consideraba la situación resuelta.

De todas sus casas, era en la que Alejandro se sentía más relajado. Era bellísima y él disfrutaba de la belleza. Solo invitaba allí a sus mejores amigos. Siempre que cruzaba la verja tenía la sensación de librarse de las presiones del trabajo.

Cuando pensó en los días de relajación que tenía por delante, su ancha y sensual boca se curvó con media sonrisa. Un momento después, la sonrisa se apagaba.

Los globos enganchados en la rama podían haber sido accidentales, lo que tenía antes sí, no. Junto a una de las columnas clásicas de la entrada, había una caja de cartón.

Leyó con incredulidad e irritación el letrero manuscrito que indicaba que los huevos eran de corral y costaban una libra la media docena. No había ningún huevo, solo una jarra llena de monedas y billetes, señal de que se habían vendido pronto y de la honradez de los lugareños.

Los largos dedos morenos tamborilearon en el volante. Había recorrido la mitad de la carretera que llevaba a la casa cuando oyó el ruido: una mezcla de música, risas, ladridos de perro y voces.

–¿Qué…? –apretó la mandíbula y maldijo. Un segundo después pisó el freno al llegar a la cima del montículo que ofrecía la primera imagen de la deliciosa mansión palladiana, una joya arquitectónica emplazada en un parque con un lago y jardines formales muy bien cuidados.

La pradera oeste, donde a veces había observado a sus invitados jugar al croquet, y donde se había imaginado disfrutando del silencio y la soledad, con una copa de brandy y un libro, apenas se veía bajo la inmensa carpa, varias tiendas más pequeñas, el escenario, los puestos y una especie de tiovivo, cuyas enormes tazas de té giraban al ritmo de la música de una canción de Tom Jones, a un volumen tan alto que sentía las vibraciones en el pecho incluso a esa distancia.

Observaba la surrealista escena, fascinado a su pesar, cuando los altavoces anunciaron que el ganador del premio por la mascota mejor adiestrada era Herb. Resultado que, a juzgar por los aplausos y vítores, era muy popular.

Alejandro blasfemó largo y tendido en varios idiomas. La persona responsable de esa aberración no seguiría allí mucho tiempo.

De hecho, tal vez los despidiera a todos porque, aunque la idea fuera de una sola persona, presumiblemente el ama de llaves, el resto de la plantilla, incluido su bien pagado y supuestamente profesional equipo de seguridad, había dejado que ocurriera.

¡Fantástico! Ahí quedaba lo de dejar el estrés atrás. Su nivel de resentimiento se elevó mientras decía adiós a su muy necesitado y esperado descanso. Cierto que tras unos días la inactividad lo aburriría y se sentiría inquieto; lo malo era que ya no iba a tener la opción de aburrirse.

La sensación de que había entrado en una especie de universo alternativo se intensificó cuando un globo pasó por encima de su cabeza. Se enganchó en una rama y estalló.

Con ojos fríos como el hielo, metió la marcha atrás y volvió al desvío para tomar el camino secundario que conducía a los establos de la parte de atrás de la casa, que parecía haberse librado de la locura que asolaba su propiedad.

Mientras entraba en la casa por el invernadero, arrancó un racimo de uvas de la viña que ascendía hasta enredarse en el tejado. Fue hacia su despacho sin encontrarse con nadie a quien pedir explicaciones o en quien descargar su ira. Sin embargo, cuando entró en su santuario vio a una niña pequeña, desconocida para él, que daba vueltas en su sillón giratorio.

Al verlo, la niña agarró el escritorio para detenerse, dejando marcas de dedos pegajosos en la valiosa madera. Él torció los labios con desagrado. Su experiencia con los niños se había limitado a aparecer en algún que otro bautizo con un regalo apropiado. Tras estudiar la cara sucia y pecosa, calculó que tenía unos seis años.

–Hola. ¿Estás buscando el cuarto de baño?

La inesperada pregunta lo desconcertó.

–No –contestó. Se preguntó si esa serenidad era normal en una niña de su edad. No parecía en absoluto turbada por verlo.

–Ah –con la manos sobre el escritorio, empezó a mover la silla de lado a lado–. La señora sí, pero el otro hombre buscaba a Zoe. ¿Tú también buscas a Zoe? Puedo dar cincuenta vueltas sin marearme. Seguramente más, si quisiera.

–Seguro que podrías –temiendo por la valiosa alfombra, Alejandro puso la mano en el respaldo de la silla antes de que se lo demostrara.

–Has arrancado uvas –la niña miró el racimo que llevaba en la mano–. No puedes hacer eso –dijo, moviendo la cabeza–. Te meterás en problemas y hasta podrías ir a la cárcel –esa idea pareció complacerla.

–Gracias por la advertencia. ¿Quieres algunas? –la niña parecía tan cómoda que Alejandro se preguntó si la casa había sido invadida por ocupas y nadie se había molestado en decírselo.

–No. Eres un desconocido. Y están ácidas.

–¡Georgie!

Alejandro alzó la cabeza al oír una voz musical con un atractivo deje ronco.

–¡Estoy aquí! –gritó la niña.

Un momento después apareció una figura en el umbral. El cuerpo al que pertenecía la voz no lo decepcionó. Alta, delgada y de pelo oscuro, llenaba a la perfección los vaqueros desgastados. Esa primera impresión de gracia sinuosa y sexualidad innata fue como recibir un martillazo entre los ojos. Pero la respuesta física se manifestó bastante más abajo.

La indignación de Alejandro se redujo bastante al estudiar a la recién llegada que, además de un gran cuerpo, tenía un rostro vívido y expresivo que deseó mirar largamente.

Tenía unos ojos extraordinarios, azules y rasgados, y una boca que haría que cualquier hombre deseara besar los carnosos labios rosados. Alejandro puso freno a su imaginación. Tenía una libido muy saludable, pero se enorgullecía de su capacidad de controlarla.

–Georgie, no tendrías que estar aquí. Te lo he dicho. ¡Oh! –Zoe abrió los ojos de par en par y tragó aire al ver al alto hombre que había junto a su sobrina.

Su instinto protector la ayudó a superar una extraña reticencia a entrar en la habitación. Con una sonrisa cauta, Zoe dio un paso adelante.

En su vida adulta la habían acusado a menudo de ser demasiado confiada, demasiado dispuesta a asumir lo mejor de los demás, pero desde que Zoe se había hecho cargo de sus sobrinos mellizos, niño y niña, de siete años, había desarrollado una nueva cautela que

rayaba en la paranoia, al menos en cuanto a la seguridad de los niños.

Tras la agradable sonrisa, su recién despertado instinto protector estaba en alerta. No había visto a ese hombre antes. Se habría fijado en él porque, a pesar de la ropa informal, pero cara, no habría encajado con la gente despreocupada y relajada que había afuera.

Dudaba que ese rostro se relajara nunca.

Sin apartar la vista del guapo desconocido, igual que no la habría apartado de un lobo, una analogía apropiada teniendo en cuenta su mirada, le ofreció la mano a su sobrina.

–Ven aquí, Georgina –dijo con un tono de voz que pretendía expresar apremio sin alarmar a la niña. Eso último era improbable, Georgie era amistosa con todos y no tenía el menor sentido del peligro. Seguramente, los padres auténticos sabían cómo inculcar a sus hijos cautela sin asustarlos ni traumatizarlos para el resto de su vida, pero Zoe no era su madre, y la mayor parte del tiempo se sentía como una pésima sustituta, no de uno, si no de dos progenitores excelentes.

Inspiró profundamente y despejó su mente de las opresivas emociones que aún la asaltaban de improviso. No tenía tiempo para enfadarse con el destino o con el conductor borracho que había acabado con los padres de los mellizos. ¡Algunos días apenas tenía tiempo para peinarse!

–Disculpe. Espero que Georgina no lo haya molestado –era más educado que «¿qué diablos hace aquí?»; la experiencia le había demostrado que era mejor sonreír antes de sacar la estaca.

Mirándolo de reojo, pensó que haría falta una estaca bien grande, o un pequeño ejército, para librarse del intruso si no se daba por aludido. Se sonrojó al darse cuenta de que su escrutinio era correspondido, aunque los ojos oscuros que la recorrían de arriba abajo no tenían nada de cautelosos ni de discretos.

Se echó la trenza por encima del hombro y, llevándose una mano a la mejilla, deseó que la única causa del pesado y frenético latido de su corazón fuera su instinto protector.

Nunca antes se había encontrado con un hombre que exudara una virilidad tan potente y obvia. Era extraño, y nada agradable, descubrir que sus hormonas estaban reaccionando al aura que él proyectaba. Se puso una mano protectora y temblorosa en el

estómago, como siempre que se encontraba en una situación que le daba vértigo.

La lógica le decía que no era ningún peligro para Georgie, solo otro visitante del Día de Diversión que se había perdido o curioseaba, pero, como su obligación era proteger a los mellizos de todo lo malo del mundo, Zoe no iba a correr ningún riesgo.

–Georgie, por favor.

Con obvia desgana y un suspiro, la niña de cabello cobrizo se bajó de la silla. Alejandro no la miraba; tenía la mirada perdida en una franja de estómago pálido y firme, que desapareció de su vista cuando la mano de la mujer se cerró sobre la de la niña. Después, se inclinó y le dijo algo que llevó a la niña a asentir y salir corriendo por la puerta.

Alejandro observó a la joven enderezarse y echar hacia atrás la gruesa trenza de cabello oscuro, descubriendo la curva firme de su mandíbula y la larga línea de su cuello.

Darse cuenta de que su respuesta a ella había sido primitiva, descontrolada, le hizo fruncir el ceño hasta que puso la situación en perspectiva. Que hubiera tenido una intensa e inesperada reacción física no implicaba que no pudiera controlarla. Desde su fallido matrimonio, no se había involucrado en una relación de la que no pudiera alejarse. Nunca lo haría.

–Siento eso –dijo ella, enderezándose.

Sus esbeltos hombros se habían relajado un poco tras la marcha de la niña, pero los ojos azules seguían estudiándolo con curiosidad crítica, algo que él no estaba acostumbrado a ver cuando una mujer lo miraba.

Si ella no fuera tan guapa, tal vez no le habría hecho gracia. Sonrió para sí.

Su aprecio por la belleza no se limitaba a la arquitectura. La mujer tenía poco más de veinte años, era lo bastante joven para no necesitar maquillaje. Tenía una piel perfecta, pálida pero con un toque rosa claro en sus mejillas suaves y redondeadas. No solo era sexy, era una belleza, aunque tal vez no en el sentido clásico.

No se parecía nada al tipo de mujer que solía resultarle atractivo. Para empezar, salía con mujeres que cuidaban al máximo su apariencia. La mujer que tenía delante no estaba arreglada, pero el rostro ovalado con grandes ojos azules y rasgados, pómulos finos

y marcados, y labios anchos y carnosos creaba un conjunto que le daba un aspecto sexy con un toque vulnerable.

La vulnerabilidad era otra cosa que evitaba en las mujeres. La dependencia requería mucha atención; para él, el tiempo era oro.

Su reacción solo demostraba que la atracción sexual no era una ciencia exacta. Ella ni siquiera tenía aspecto informal y elegante, era más bien informal y descuidado. Aun así, sentía pesadez en la ingle cuando acabó de recorrer con la vista las largas y deliciosas piernas embutidas en vaqueros. Era alta y delgada pero con curvas que la camisa blanca no conseguía ocultar, tenía un cuerpo delicioso; estaría fantástica con algo sedoso e insustancial, y después sin nada en absoluto.

Su mal humor se templó un poco más. El día aún podría salvarse. Lo atraía más que ninguna otra mujer en los últimos meses. Quizás, en parte, porque no era un clon de su tipo habitual. Por eso y por la mirada cristalina, la boca sexy y la seguridad de que podría enredar los dedos en su pelo sin quedarse con un manojo de extensiones en la mano.

Intentó recordar qué la había llamado la niña. No había sido «mamá». No llevaba alianza, pero como eso no significaba nada, prefirió ser cauto.

En su vida había suficientes complicaciones para buscar otras, así que Alejandro tenía una vida amorosa sencilla. No mantenía relaciones largas y lo dejaba claro desde el principio; aun así no le costaba mucho llevarse a una mujer a la cama.

Las casadas, las madres solteras, las mujeres que querían compromiso estaban descartadas. Había aprendido de sus errores, y un caro divorcio que le había costado una esposa y un buen amigo había acelerado la curva de aprendizaje. No tenía sentido buscar problemas cuando había multitud de mujeres atractivas, sin compromiso y libres de cargas.

Podía luchar por algo cuando hacía falta, pero no fantaseaba con lo inasequible. No le costaba alejarse de la tentación, por bonito que fuera el envoltorio, por eso lo sorprendía que en ese caso le costara adoptar su actitud habitual.

Zoe, a pesar de que su sobrina estaba a salvo, no se había relajado. Al entrar, había visto que el hombre no era feo, pero había tardado en ver las largas pestañas que enmarcaban unos ojos negros

como el azabache, o la increíble estructura de sus facciones esculpidas. Cada ángulo y plano de su rostro era perfecto.

Era su idea de un ángel caído, bello y seductoramente peligroso, suponiendo que los ángeles midieran un metro noventa y tres y vistieran de negro de pies a cabeza.

Él sonrió. Solía notar cuando una mujer se sentía atraída, y en ese caso era obvio. O no intentaba ocultar su reacción, o no sabía cómo hacerlo, pero no estaba flirteando con él, lo que era muy refrescante. Hasta el mejor vino perdía interés si un hombre lo bebía en cada comida del día; disfrutaba del flirteo hasta cierto punto, pero una vez conocidos los pasos del apareo moderno, podía llegar a ser demasiado predecible. Sonrió.

La blancura de sus dientes y la intensidad de sus ojos oscuros provocó un escalofrío que recorrió el cuerpo de Zoe como una sedosa cinta de deseo. La alivió encontrar una imperfección que tendría que haberlo afeado, pero, por desgracia, incrementaba su atractivo: una cicatriz, una fina línea blanca que empezaba a la derecha de un ojo y trazaba la curva del pómulo.

Zoe tragó saliva mientras el silencio se alargaba. Era tan consciente de él que su cuerpo tardó unos segundos en responder a las órdenes de su cerebro. Casi aplaudió de alivio cuando consiguió bajar la vista.

–Me temo que usted tampoco tendría que estar aquí –intentó sonar amistosa pero firme, pero sonó jadeante. Aun así, era mejor eso que seguir babeando mientras lo miraba.

Alejandro alzó la vista del logo de su camiseta, que no había leído, mientras se imaginaba sacándole la camiseta por la cabeza. De repente, se le ocurrió algo que borró la agradable imagen.

No podía ser… Seguro que ella no era…

Si lo era, Tom había perdido la cabeza.

O tal vez su fiable secretario había estado pensando con otra parte de su anatomía cuando contrató a esa mujer como ama de llaves.

Rechazó la idea. Se aferró a su imagen de la mujer perfecta para ese puesto: una mujer de mediana edad con un casquete inamovible de pelo gris y carácter seco. No esperaba que la nueva ama de llaves fuera un calco de su predecesora, pero… esa mujer, ¡esa chica! no podía ser…

–Esta parte de la casa no está abierta al público –dijo ella, suavizando la recriminación con una sonrisa.

«¡Madre de Dios, sí que lo es! Tom ha perdido la cabeza», pensó él.

–En realidad, ninguna parte de la casa lo está, pero la gente… –al oír el tono de ansiedad de su voz, cerró la boca, movió la cabeza y sonrió–. Así que, ¿podría seguirme, por favor? –añadió, con tono de azafata de avión.

A Alejandro no se le escapó la ironía de que le pidiera que abandonara su propio despacho, pero, en vez de echarle una reprimenda, se descubrió planteándose la pregunta.

Claro que le gustaría seguirla: escalera arriba, a su dormitorio. Imposible, porque él no salía con sus empleadas. Era una regla sin excepciones. Pero como iba a despedirla…

Quizás Tom había pensado algo similar cuando decidió que ella cumplía los requisitos de experiencia y eficacia. Tal vez las poseyera en el dormitorio y su secretario lo sabía.

La posibilidad de que su secretario, basándose en su destreza en la cama, le hubiera ofrecido a su novia un empleo para el que no estaba cualificada le provocó una oleada de ira.

No sabía si le enfurecía que Tom hubiera roto las reglas o que las hubiera roto antes de que él mismo hubiera tenido la oportunidad de hacerlo.

Alejandro gruñó y sus cejas se unieron en una sola línea desaprobadora.

Zoe, al ver que el guapo y ceñudo desconocido de ojos ahumados no respondía a su invitación a salir de allí, sintió el pánico que había intentado controlar durante todo el día.

No dejaba de preguntarse cómo algo que había empezado del modo más inocente había adquirido proporciones tan monstruosas.

La respuesta era fácil: ya no sabía decir que no. Había accedido a tantas cosas que al final las había olvidado o, más bien, bloqueado. A esas alturas, no la habría sorprendido que una avioneta hiciera acrobacias por encima de la casa.

Capítulo 2

Era una pesadilla. En los últimos cinco días había mentido, por omisión, ¡más que en toda su vida!

La primera mentira había creado el efecto bola de nieve, pero la bola ya era tan grande como para provocar un alud.

Había empezado de forma inocente, cuando Chloe, la mejor amiga de su difunta hermana se había echado a llorar tras invitar a Zoe a un desayuno benéfico.

–¿A quién pretendo engañar? ¡Un desayuno! –movió la cabeza con disgusto–. ¿Sabes cuánto cuesta la operación de Hannah?

Zoe negó con la cabeza, suponía que un tratamiento médico de vanguardia en los Estados Unidos no era barato.

–Eso sin contar con el coste del viaje a América. El tiempo se acaba, Zoe, mientras yo organizo desayunos y búsquedas del tesoro. Vender bollos no llevará a Hannah al hospital, ¡hará falta un milagro! –sollozó–. En tres meses, la enfermedad podría haber avanzado demasiado y tal vez se nieguen a darle el tratamiento, ¡y pasará el resto de su vida en una silla de ruedas!

Zoe había abrazado a la mujer, sintiéndose impotente.

–Esta no eres tú, Chloe. Eres una luchadora. Estás cansada, nada más –dijo. Era comprensible. Solo Dios sabía cuándo tenía un respiro; llevaba a Hannah al hospital casi a diario–. Te apoyamos, ¡utilízanos! Todos queremos ayudar.

Movió la cabeza, deseando poder hacer algo. Entonces le llegó la inspiración y no lo pensó un segundo, lo soltó sin más.

–Celebra el desayuno en la mansión. Ya sabes cómo es la gente, irán solo para echar una ojeada. Podríamos poner unas mesas plegables en el jardín y estoy segura de que la señora Whittaker hará algunos de sus bollos –sabía que toda la comunidad estaba deseando ver los cambios realizados por el enigmático nuevo propietario, casi tanto como deseaban verlo a él.

–¿En serio? –Chloe se secó los ojos con un pañuelo de papel–. ¿No le importará al señor Montero? No me gustaría crearte

problemas. Cuando solicitamos utilizar el pabellón de críquet para el partido benéfico, se negó, aunque es cierto que proporcionó el trofeo para los ganadores.

Recapitulando, era fácil reconocer que ese habría sido el momento para decir que tendría que consultarlo, pero ni lo había dicho ni lo había consultado; sabía cuál habría sido la respuesta. Su nuevo jefe no quería continuar con las tradiciones antiguas ni iniciar otras nuevas. Quería, tal y como Tom había explicado, mantener el pueblo al otro lado de las verjas.

–No es que no sea un tipo estupendo –había asegurado el leal secretario al ver la expresión de Zoe–. Es introvertido y no le gusta involucrarse personalmente. Es muy generoso y hace muchas cosas que la gente desconoce a través de la fundación benéfica Montero.

La fundación Montero financiaba proyectos diversos, desde educación para adultos a provisión de agua potable a pueblos del tercer mundo. Pero la solicitud requería mucho papeleo y Chloe necesitaba ayuda inmediata, su petición no podía quedar enterrada bajo un montón de causas justas.

–Deja que sea yo quien me preocupe de eso.

Llevaba preocupándose desde entonces, pero su recompensa había sido la sonrisa de Chloe. Cada vez que sentía remordimientos, lo que ocurría a menudo, recordaba esa sonrisa.

«Esperará que trabajes sin supervisión, que demuestres iniciativa», había dicho Tom en la entrevista. Ella sospechaba que se había excedido en su iniciativa, pero él no tenía por qué enterarse. Y su estatus en la localidad había mejorado mucho sin ningún esfuerzo por su parte. Era una situación en la que podía pasar de tenerlo todo a nada si él se enteraba.

Por más que intentara racionalizarlo, Zoe sabía que se había excedido en sus competencias en periodo de prueba. Si la descubrían, su inspiración podía costarle perder el empleo.

De ese empleo dependía que los mellizos tuvieran un hogar y un techo sobre sus cabezas.

No era extraño que no hubiera dormido bien ni una noche en la última semana. Eso antes de que todo se le fuera de las manos. Por alguna razón, cuando empezó a decir sí, ya no pudo parar. Todos habían mostrado entusiasmo y generosidad, aportando tanto tiempo y talento, que había sido incapaz de poner trabas. Lo último había

sido el castillo hinchable. Después de eso, Zoe había dejado de intentar resistirse.

Lo único que podía hacer ese día era controlar la situación y asegurarse de que todo recuperara su estado original. Tenía un ejército de voluntarios dispuestos a ocuparse de eso.

En ese momento, tenía que librarse de ese hombre, lo que no parecía fácil, y comprobar que nadie más había entrado en la casa.

–Si buscaba el aseo, pase por delante de la tómbola y la carpa de refrescos, luego siga su nariz –en su caso, la nariz, estrecha y aquilina, era tan impresionante como el resto de su cuerpo. Se esforzó por no desviar la mirada cuando sus ojos se encontraron, su estómago se contrajo.

Atónita por su respuesta física ante ese hombre, resopló entre dientes para darse ánimo.

–No tiene pérdida.

Él apoyó los anchos hombros en la pared forrada de madera y miró a su alrededor.

–Tiene una casa preciosa.

Zoe cruzó los brazos sobre el pecho para ocultar su escalofrío. Él tenía la voz más sexy que había oído nunca y su leve acento la fascinaba.

–No, sí... quiero decir que no es mía –intuyó que él lo había dicho con sarcasmo–. Como sin duda le parece obvio –murmuró, lanzándole una mueca irónica antes de echarse a reír.

–Procuro no juzgar por las apariencias –dijo él, recorriéndola de pies a cabeza con la mirada.

–Eso no siempre es fácil.

En ese momento le resultaba difícil no juzgar a ese hombre por el aura de superioridad y desdén que emitía. Suponía que la arrogancia era natural para alguien que veía ese rostro en el espejo a diario. Cuando recorrió su cuerpo con la mirada, supo que eso también ayudaba. Aparte de estar más que en forma, tenía una elegancia innata.

Ruborizándose, bajó las pestañas. No era momento para desnudar mentalmente a un intruso.

–La verdad es que yo solo trabajo aquí... –movió la mano indicando la elegante habitación forrada de madera y llena de antigüedades–. Es preciosa, ¿verdad? –a su modo de ver, la mezcla

entre museo y paraíso de diseñador de interiores no parecía habitada. No había periódicos viejos, libros abiertos o suéteres abandonados sobre el respaldo de una silla; ninguna señal de que alguien vivía allí. Era todo demasiado perfecto.

La asombraba que alguien pudiera ser dueño de algo tan bonito y no pasar tiempo allí.

El resto de los empleados le habían hablado de las muchas casas, coches y aviones que poseía su elusivo jefe. Era obvio que a Alejandro Montero le gustaba comprar cosas, las necesitara o no. Zoe siempre había sospechado que la gente que necesitaba símbolos de estatus era insegura. Pero tener una cuenta bancaria siempre al borde de los números rojos también hacía que una persona se sintiera insegura. ¡Zoe sabía mucho de esa clase de inseguridad!

–Entonces, ¿el dueño ha permitido que su hogar se utilice para este evento? –él enarcó las cejas–. Muy generoso y confiado de su parte.

Zoe se ruborizó. No podía haber dicho nada que la hiciera sentirse más culpable. Bajó los ojos.

–Piensa mucho en la comunidad –dijo. Se tragó una risita histérica al imaginarse la expresión que pondría el multimillonario que no quería relacionarse con los lugareños.

Miró la librería llena de libros valiosos, preguntándose si él leía esas primeras ediciones o si, como el pabellón de críquet, no eran sino un símbolo más de la perfecta casa de campo inglesa.

¿Qué sentido tenía restaurar un pabellón de críquet si no se tenía intención de utilizarlo? ¿Para qué comprar libros que nadie iba a leer?

–La entrada a la casa no está permitida.

Él no dijo nada. Miraba un cuadro con lo que a ella le pareció excesivo interés.

Se puso pálida al comprender por primera vez lo vulnerable que era la casa. Si él había entrado, podría haberlo hecho cualquier otra persona. Con ojos azules cargados de suspicacia, observó al alto desconocido. La había desconcertado tanto su reacción física hacia él que ni se le había ocurrido que su presencia allí pudiera no ser accidental.

–El sistema de seguridad es excelente, hay bastantes guardas.

Él captó el nerviosismo de su voz y, al ver la dilatación de

alarma de sus pupilas, sonrió lentamente. Ya podía estar preocupada. Era muy posible que algunas de sus valiosas posesiones ya estuvieran en los bolsillos de algún visitante. Su equipo de seguridad tendría suerte si salía del evento manteniendo el empleo.

–Así que no podría llevarme... –simuló que estudiaba la habitación y agarró una miniatura con un marco dorado. Era una de una pareja que le había ganado en una subasta a un oligarca ruso hacía seis meses. No le había importado pagar un precio excesivo porque las miniaturas iban a volver a donde habían sido pintadas–. ¿Esto?

A ella se le contrajo el estómago. Cuando se incorporó al trabajo, casi había andado de puntillas, intimidada por el valor de los tesoros que había allí y temiendo estropear algo. Aunque ya se había relajado un poco, ver que alguien trataba así un objeto tan valioso era alarmante.

Dejó escapar una risita nerviosa. «Cálmate, un ladrón auténtico no sería tan descarado», se dijo.

–No, no podría –tragó aire y luchó contra el poco práctico instinto de acercarse y arrebatárselo. Ni en broma podría quitarle algo a un metro noventa y tres de sólido músculo. Miró su pecho y, tragando saliva, se llevó la mano al estómago, donde los nervios se le habían desatado.

–¿Es auténtica? –preguntó él, sujetando el delicado marco entre el índice y el pulgar.

–Una buena copia –mintió ella con voz aguda–. Todo lo valioso está en una caja de seguridad.

–Por eso no la preocupa que algún visitante se meta algo en el bolsillo y se lo lleve.

Zoe observó cómo se metía la miniatura en el bolsillo de los bien cortados vaqueros, pero consiguió mantener una expresión de calma divertida. Contestó a su sonrisa lobuna moviendo la cabeza. Incluso en un momento así no había podido evitar fijarse en sus musculosas piernas.

–Si alguien sintiera esa tentación, el equipo de seguridad se encargaría de evitarlo –no vio ninguna necesidad de explicar que ese equipo estaba controlando la entrada y salida de las zonas de aparcamiento. Se sentía aún más culpable por eso, dado que había aprovechado la ausencia del jefe del equipo de seguridad para

convencer a su ayudante para que relajara las normas. Había utilizado todas las armas posibles, incluyendo el chantaje moral y un efectivo aleteo de pestañas.

–Entonces, ¿me detendrían antes de que saliera del edificio?

Zoe, aunque se colocó ante la puerta, era muy consciente de que no podría detenerlo si intentaba salir. En realidad, no daba la impresión de querer salir, parecía feliz asustándola con esa posibilidad.

Se puso las manos en las caderas, alzó la barbilla y controló el tono de su voz.

–Por supuesto. Tengo que pedirle que vuelva a poner la miniatura en su sitio. Es valiosa.

–Sí, fue todo un descubrimiento –miró el parpadeo de los ojos azules y la arruga que se formaba entre las cejas. Sintió una punzada de culpabilidad. Era obvio que estaba muerta de miedo y no disfrutaba asustando a las mujeres, aunque lo tuvieran bien merecido.

–¿Descubrimiento?

Él asintió con la cabeza.

–La dama, renombrada por su belleza, era hija de un rico propietario de molinos. Que Percy –miró la otra miniatura– se casara con ella y la trajera aquí fue un escándalo. El viejo Percy inició una tradición familiar, aunque me temo que las mujeres con las que se casaron otros herederos no eran tan bellas como Henrietta –estudió la pintura, disfrutando de la maestría de cada pincelada–. La captó muy bien. Tiene una boca muy sensual, ¿no cree? Personalmente, creo que es mejor que el Reynolds que hay en la escalera.

Había desviado la mirada hacia la boca de ella. Zoe no contestó, tenía el corazón desbocado; no se atrevía a especular sobre por qué sabía tanto sobre la casa y sus anteriores propietarios.

–¿No estarían enamorados? –sugirió.

–Una romántica –burlón, soltó una risotada.

El sonido ronco hizo que a ella se le erizara el vello. Se preguntó qué hacía hablando de amor con quien podría ser un ladrón de obras de arte. Sabía más que ella sobre los cuadros de la casa.

–Pues no, no lo soy –alzó la barbilla–. Pero si lo fuera no me avergonzaría de ello. Ahora, señor, tengo cosas que hacer. Le

pediría que...

–La vergüenza es algo muy personal –musitó él–. Me pregunto si Percy se avergonzaba de ella. Usted lo llama amor, yo lo llamo simbiosis.

–Yo no lo he llamado nada. Simplemente no he descartado esa posibilidad.

–Bueno, ella tenía dinero y él era noble y podía hacer que fuera aceptada en sociedad. Pero, mirando esa boca, puede que entraran en juego otros factores –clavó los ojos negros en Zoe–. ¿No opina que tiene una boca muy sensual?

«No te acerques que me tiznas, le dijo la sartén al cazo», pensó ella, esforzándose por desviar la mirada de la bien delineada boca masculina.

–No soy ninguna experta en sensualidad.

–Seguro que lo dice por modestia –arqueó una ceja con sarcasmo y la miró de arriba abajo–. Seguiré pensando que Henrietta era una mujer apasionada y que tal vez Percy fuera un hombre afortunado. Nunca lo sabremos. Lo que sé es que cuando dejaron de aparecer ricas herederas en busca de posición social, la familia vendió tesoros y tierras hasta que no quedó nada. Tiene sentido ver de nuevo a esta pareja donde empezaron.

–Eso es muy interesante, pero... –calló y se puso pálida. Sus modales, su acento, su calma ante el hecho de haber sido descubierto en la casa. ¡Actuaba como si fuera suya, porque lo era!

La aturdió su propia estupidez. Si hubiera sido un hombre bajo y medio calvo, con un traje cortado para ocultar la barriga, habría considerado de inmediato la posibilidad de que fuera su jefe.

Cerró los ojos. Por fin entendía a la chica encargada de los establos que le había mostrado una revista de sociedad y había exclamado «¿No te parece increíblemente atractivo?». Nia la había mirado atónita cuando contestó que no era su tipo. No se había referido al hombre que entregaba el trofeo, sino al que lo recibía.

Ella había pensado que era una pena que la gente diera más importancia a la fortuna de un hombre que a lo demás. Si el hombre fornido y medio calvo que entregaba la copa al moreno capitán del equipo de polo no hubiera sido millonario, Nia no lo habría mirado dos veces, pero lo alababa como si fuera un dios.

Y lo era.

Luchando para aceptar la evidencia de sus propios ojos y borrar la imagen que había inventado su mente, observó al capitán del equipo de polo volver a poner la miniatura en su sitio.

«Sabía que este empleo era demasiado bueno para ser verdad».

Capítulo 3

–Soy Zoe Grace –alzó la barbilla e intentó aparentar cierta calma–. Su nueva ama de llaves, señor Montero. Lo siento, no lo esperábamos –se disculpó con rigidez.

Él miró los confusos ojos azules y luego bajó la mirada a la mano que le ofrecía. La ignoró.

–Yo diría que es mi ex ama de llaves. Puede que haya conseguido embaucar a Tom…

–¡No he embaucado a nadie! –replicó Zoe con enfado, atónita por el insulto.

–Entonces, solo puedo suponer que se acuesta con él, porque no se me ocurre otra razón por la que Tom pudiera haber contratado a alguien tan inadecuado para este puesto. Y no pierda el tiempo agitando las pestañas, porque no soy Tom. Disfruto con un buen cuerpo y… –escrutó su rostro con cinismo– una cara medianamente bonita, pero en lo que respecta a mis empleados prefiero marcar bien los límites. Evita pérdidas de tiempo, confusiones y litigios.

Zoe ya lo odiaba a mitad de su discurso. Sus ojos azules se ensancharon con horror al ver que se iba. Atenazada por el pánico, corrió hacia él y agarró su brazo.

–¡No puede despedirme!

Él arqueó una ceja y miró su mano.

Zoe lo soltó y se mordió el labio inferior.

–Es decir, claro que puede, pero no lo haga… –tragó saliva. Incapaz de enfrentarse a su mirada, bajó la cabeza–. Por favor –añadió con un deje desesperado en el tono de su voz.

Había veces en las que una persona tenía que tragarse el orgullo y esa era una de ellas. Si hubiera estado sola, le habría dicho dónde podía meterse su maldito empleo. De hecho, si estuviera sola, ni siquiera estaría haciendo ese trabajo.

Pero ya no lo estaba. Incluso si pudiera encontrar algún empleo en la localidad, que permitiera a los gemelos seguir asistiendo al mismo colegio, Zoe no podría pagar un alquiler en la zona. Y

cualquier banco se habría reído de ella si pretendiera comprar una vivienda.

Los precios estaban inflados porque muchos ricos se habían trasladado a la zona por la buena reputación de la escuela estatal. Laura y Dan siempre habían bromeado sobre la fortuna que valía su adorable casita con techo de paja; por desgracia, los deudores de su cuñado se la habían quedado junto con todo lo demás.

–Necesito este empleo, señor Montero –dijo ella, retorciéndose las manos con ansiedad ante la idea de quedarse sin empleo y sin casa.

Él la miró sin la menor compasión.

–Tendría que haber pensando en eso antes de convertir mi hogar en un circo. A no ser que todo esto sea culpa de otra persona...

Zoe ni siquiera se planteó escurrir el bulto. «Tú te has metido en esto, Zoe, ahora tendrás que salir: arrástrate, suplica, o lo que haga falta».

–No, soy la única responsable.

–¿Y ni siquiera va a compartir los beneficios de este pequeño negocio?

–¿Me está llamando...? –Zoe controló su enfado y bajó la cabeza–. No gano dinero con esto. ¡Nadie lo hace!

–¿No? –él arqueó una ceja escéptica.

–Todo el dinero es para una buena causa.

–Por favor, ahórrese el melodrama. Los he oído todos. Y no malgaste el aliento apelando a mi espíritu comunitario. No tengo.

Zoe, pensando que tampoco tenía corazón, intentó mantener bajo control la desesperación y el pánico que la atenazaban.

–Sé que he sobrepasado los límites de mi autoridad, pero no pensé que un desayuno benéfico pudiera hacer daño a nadie.

–¿Un desayuno? –las cejas negras casi alcanzaron la verticalidad.

–Lo sé. Se me fue de las manos –admitió, roja como la grana–. Pero estaban tan entusiasmados y... –alzó los ojos, suplicante– la causa era tan buena que me resultaba difícil decir que no.

–Siempre es por una buena causa –farfulló, irritado. Si esa mujer creía que iba a reaccionar a una combinación de chantaje emocional y enormes ojos azules, estaba muy equivocada.

Zoe tuvo que morderse el labio para no reaccionar. Si quería humildad, la tendría.

–No lo esperábamos.

–He sido un desconsiderado por no anunciar mi llegada –el sarcasmo de su voz hizo que ella enrojeciera aún más–. ¿Qué parte de su papel como responsable del buen funcionamiento de esta propiedad creía estar cumpliendo cuando la convirtió en una feria barata?

–Pensé... bueno, la verdad... Ya he dicho que se me fue de las manos, pero usted no suele estar.

–Así que se trataba de aprovechar mi ausencia. Curiosa forma de justificarse, señorita Grace.

–Necesito este empleo –no le gustaba suplicar, pero no tenía otra opción–. De verdad. Si me da otra oportunidad, no se arrepentirá.

–Como he dicho, eso tendría que haberlo pensado antes –encogió los anchos hombros. Tras estudiar el pálido rostro, sintió un pinchazo de algo parecido a la compasión–. ¿Tiene experiencia como ama de llaves?

–No –admitió ella, incapaz de mentir.

–Creo que sería mejor no indagar en por qué a mi secretario le pareció bien ofrecerle el empleo.

–Sabía que lo necesitaba.

La respuesta provocó una risa seca e incrédula. De hecho, sintió pena por su secretario. Si su actuación en la entrevista había sido tan buena como la que le estaba dando a él, no le habría sorprendido que le ofreciera más que un empleo.

Iba a tener más que palabras con Tom.

–Si falta algo valioso cuando haga inventario, tendrá noticias mías. Cuento con que haya dejado su apartamento mañana a mediodía.

Zoe dejó escapar una risita histérica. Aparte de ponerse de rodillas, que podría hacerle gracia sin cambiar su opinión, no sabía que hacer. No tenía destrezas, nada que ofrecer. Lo desesperado de su situación cayó sobre ella como un nubarrón. Su única opción era apelar a la caridad de sus amistades. Decidió hacer un último intento.

–Por favor, señor Montero.

–Sus lágrimas son muy emotivas, pero no las desperdicie conmigo –apretó los labios.

Ella lo miró con ojos húmedos. Sin nada que perder, podía

decirle lo que pensaba en realidad

–¡Es usted un monstruo!

Él se encogió de hombros. A su modo de ver, mejor ser un monstruo que un estúpido.

Zoe, con la cabeza bien alta, fue hacia la puerta. Estaba tan cegada por las lágrimas que casi chocó con el párroco.

–¡Vaya! –exclamó él, poniéndole las manos sobre los hombros para equilibrarla–. Zoe, querida, te estábamos buscando –se volvía para incluir en la conversación a la mujer que estaba a su lado con una niña en silla de ruedas cuando vio a Alejandro. Su rostro bonachón esbozó una amplia sonrisa al reconocerlo.

–Señor Montero, no sabría cómo expresar lo agradecidos que estamos todos nosotros.

Alejandro, que había visto al hombre en otra ocasión, aceptó su gratitud ladeando la cabeza.

–¿Han acabado ya con el nuevo tejado?

–¿El nuevo tejado? O, sí, eso es maravilloso, pero me refiero a lo de hoy. Reconforta el corazón ver a toda la comunidad unida por una causa.

Zoe, mientras observaba al odioso millonario ocultar su confusión tras una máscara de arrogancia, pensó que él no tenía corazón. Tal vez no fuera una máscara, sino su ser real: frío, cruel, vengativo y odioso.

–Señor Montero, gracias. Hannah, este es el señor Montero, cielo. Ven a darle las gracias.

Sorprendido por el abrazo de la llorosa mujer, Alejandro se quedó rígido, con los brazos caídos. Sin percibir su incomodidad, Chloe, sollozando sobre su pecho, le dijo lo maravilloso que era.

A Zoe la reconfortó ver la incomodidad que mostraba el guapo rostro del español. Habría preferido un empleo y un techo sobre su cabeza, pero eso era mejor que nada. Cuando Hannah se acercó en la silla de ruedas y le dijo que podía quedarse con un perrito de la siguiente camada, Zoe casi sonrió al ver su expresión atónita.

–Bella es muy lista y todo el mundo quería un perrito suyo la última vez, pero esta vez creemos que el padre es... No importa, aquí hay mucho sitio y tiene pinta de que le gustan los perros.

Perdido por una vez en su vida, el hombre con pinta de que le gustaran los perros tragó saliva, preguntándose si el pueblo entero

estaba loco.

–Gracias a los dos... –Chloe, burbujeante de alegría, tomó la mano de Zoe y luego la del hombre al que consideraba su benefactor, las unió y las cubrió con la suya.

Zoe, con una sonrisa helada, tuvo que luchar contra el deseo de liberar su mano de un tirón. Lo único bueno de la situación era que a él tenía que desagradarle tanto como ella.

–Conseguimos nuestro objetivo, ¡así que no tendrás que afeitarte la cabeza!

Zoe, olvidando sus problemas un instante, sonrió con alegría.

–¡Oh, Chloe, eso es fantástico! ¿Hay bastante para que os acompañe John?

–No del todo –concedió la mujer–. Pero tampoco podría faltar tanto tiempo al trabajo. Y tendremos mucho que contarle a papá cuando volvamos a casa, ¿verdad, Hannah? –soltó las dos manos y se inclinó hacia su hija, dejando a Zoe con la suya entre los largos dedos morenos de Alejandro Montero.

Mientras Chloe besaba a su hija, el párroco se quitó las gafas para estudiar uno de los cuadros. Zoe aprovechó la oportunidad para liberar su mano y lanzar una mirada venenosa a su exjefe.

–Zoe, ¡has trabajado tanto! Nunca podremos agradecértelo lo suficiente. Mañana a primera hora vendremos a recogerlo todo –la besó en la mejilla–. Quería que fueras la primera en saberlo. Ahora deberíamos ir a decírselo a los demás.

–Desde luego –corroboró el párroco–. Señor Montero, su colección de arte es excepcional –apretó la mano del joven con entusiasmo antes de salir de la habitación tras Chloe. Zoe lo siguió.

–Señorita Grace, si me concede un momento...

Zoe, aunque habría preferido irse, le prometió a Chloe que se reuniría con ella después. Era inevitable que su amiga se sintiera responsable por su despido pero no quería que eso oscureciera ese momento de felicidad para la familia.

Él pasó a su lado y cerró la puerta.

–¿Y entonces?

–¿Qué? –ella se encogió de hombros.

–¿Podría explicarme de qué iba todo eso?

–Lo he intentado antes.

Alejandro apretó la mandíbula. Lo enfurecía que lo hubieran

tratado como a una especie de héroe sin saber por qué. Y su ira se centraba en la persona a la que consideraba responsable de todo.

–Pues explíquelo ahora.

–La recaudación de fondos era para Hannah.

–¿La niña de la silla de ruedas?

–A Hannah la operaron para quitarle un tumor de la espina dorsal. La operación fue un éxito, lo quitaron todo, pero la presión en la médula espinal provocó lesiones y no puede andar. Los médicos de aquí no pueden hacer nada, pero Chloe, su madre, encontró un hospital en Boston que podría ayudarla. Es un tratamiento experimental, pero de momento está teniendo buenos resultados.

–¿Y todo lo de hoy era para esa causa?

Ella asintió. Las cejas de él se juntaron formando una línea recta sobre su nariz aguileña.

–¿Y se puede saber por qué no me lo ha dicho desde el principio?

Ella lo miró atónita. El descaro de ese hombre no tenía precio.

–¿Porque no me ha dado esa oportunidad?

Antes de que él pudiera responder, llamaron a la puerta y Chloe asomó la cabeza.

–Casi se me olvida, mañana celebramos una fiesta en casa. Por favor, venga, señor Montero.

–Alejandro.

–Alejandro –ella sonrió–. Estoy segura de que Zoe conducirá si le apetece beber algo –sugirió con calidez–. Siendo abstemia como es.

Zoe avergonzada, se tensó esperando un rechazo total a la invitación. Pero él la sorprendió.

–Eres muy amable por invitarme.

–Fantástico, os esperamos a los dos a las siete –la puerta se cerró.

–No se preocupe, me disculparé en su nombre. Ahora que sabe que no soy una embaucadora, espero que me permita trabajar el periodo de preaviso. No lo pido por mí, pero los niños…

–Todos parecen creer que di el visto bueno a este… este…

–Día de Diversión para recaudación de fondos.

–¿Diversión?

–Empezó como un desayuno benéfico y…

Él esbozó una sonrisa sarcástica que hizo que Zoe deseara clavarle un alfiler. Apretó los dientes.

–Se me fue de las manos.

–Parece que tiene problemas para decir que no –miró su boca y se la imaginó diciendo «sí» a muchas cosas. «Sí» y «por favor»–. ¿No se le ocurrió decirme de qué iba todo esto?

–¿Y a usted no se le ocurrió decirme quién era? –le devolvió ella, alzando la barbilla.

–Me ha puesto en una situación imposible –rezongó él con el ceño fruncido.

La lógica le decía que tenía las manos atadas.

Si la despedía pasaría de ser un héroe a un villano en un suspiro, y aunque no le importaba mucho lo que pensaran los lugareños de él, lo preocupaba que la prensa se enterase.

Con el contrato Fitzgerald a punto de cerrarse era el peor momento posible. Una niña en silla de ruedas y un rico terrateniente... la historia perfecta para la prensa amarilla. Ya veía los titulares y, a continuación, el trato que llevaba negociando seis meses echado a perder, junto con los muchos puestos de trabajo que crearía.

Por tentador que fuera despedirla, Alejandro sabía que lo sensato era no hacerlo. No tenía duda de que no tardaría mucho en proporcionarle multitud de razones legítimas para el despido.

–¿La niña no puede recibir tratamiento en este país? –preguntó, recordando el rostro pecoso.

–No, se trata de cirugía de vanguardia –Zoe sonrió, al menos se había conseguido algo.

–¿Y lo de afeitarse la cabeza? –miró con curiosidad el lustroso pelo oscuro con destellos castaños–. ¿Era una broma?

–En realidad no –Zoe se echó la trenza hacia atrás–. Chloe a veces tiene días malos y para hacerle reír le dije que si no recaudábamos el dinero necesario, me afeitaría para conseguir más.

–¡No! –su brusco rechazo sorprendió a Alejandro tanto como a la dueña del pelo.

–¿Disculpe? –ella parpadeó.

–No sería apropiado que mi ama de llaves tuviera la cabeza afeitada.

–¿Ama de llaves? –Zoe lo miró esperanzada pero cautelosa–.

¿Significa eso que...?

–Volveré mañana –dijo él–. Y espero que todo haya vuelto a la normalidad.

–¿No me va a despedir? –Zoe bajó la vista para ocultar sus lágrimas de alivio.

–Le concederé un periodo de prueba.

–No se arrepentirá.

Él creía que sí. No duraría ni un mes.

–¿Y la niña? ¿La pelirroja?

–Es Georgie... Georgina.

–¿Y es...? –la apremió, impaciente. Era como intentar sacar sangre de una piedra.

–Mi sobrina –sonrió con alegría. Aunque la mirara con desprecio, ya no estaba sin hogar, sin empleo y, virtualmente, en la ruina.

–¿Va a quedarse mucho tiempo?

–Vive conmigo y su mellizo, Harry –en su cabeza aún oía a Laura cuando le dijo que eran dos. Uno de cada, Zoe, ¿no somos afortunados?

–¿Tiene a dos niños viviendo aquí? No, eso no es aceptable. Tendrá que buscarse otra opción.

–¿Otra opción? –Zoe inspiró profundamente para no dejarse llevar por la ira–. ¿Y qué se le ocurre, exactamente?

–Yo no sé nada de niños –estrechó los ojos al captar la nota sarcástica de su voz.

–Excepto que dos pequeños no tienen cabida en una casa de veintidós dormitorios.

–Veo que ahora sugiere instalarse en mi casa –arqueó una ceja–. ¿O ya lo ha hecho? –no le habría extrañado, la niña había parecido muy cómoda en su silla.

–Claro que no –Zoe se ruborizó.

–Estará de acuerdo en que el alojamiento que va con el trabajo no es adecuado.

–Está bien –era gratis y estaba en la zona del colegio de los mellizos. Eso era mejor que bueno.

–Corríjame si me equivoco –clavó los ojos oscuros en los de ella–. Creía que el piso del ama de llaves solo tenía un dormitorio.

–Un dormitorio muy grande, y un sofá cama muy cómodo en la

sala de estar.

–¿Duerme en el sofá? –la miró atónito, como si acabara de anunciarle que dormía en un banco.

–Funciona muy bien –sonrió alegremente. Si estaba buscando una excusa para echarla, no se la daría–. Yo siempre me levanto antes que los mellizos y ellos se acuestan antes que yo –Zoe perdía el sueño por dar vueltas a su presupuesto, no por falta de dormitorio propio.

–En otras palabras, es perfecto.

–Perfecto no –concedió ella, simulando no captar su sarcasmo–. Pero sí aceptable –pensó que él no debía de saber lo que era adaptarse a algo–. Y, si cree que los mellizos tienen un impacto negativo en mi trabajo, es al contrario.

–¿Ah sí?

–Tener familia y responsabilidades hace que sea fiable al cien por cien –una vocecita interior le dijo que también dejaba su orgullo por el suelo.

–Quiere decir que como necesita el trabajo está dispuesta a tragarse el insulto que tiene en la punta de la lengua –los ojos oscuros recorrieron el perfil de sus labios, que eran de lo mas sexy.

Zoe deseó decirle que dejara de mirarle la boca. Recordó con nostalgia los días en los que había solucionado una falta de fondos temporal renunciando a unos zapatos o tomando menos cafés a la semana. Las cosas ya no eran tan simples. Aún sentía vértigo al pensar en el precio de los uniformes escolares de los mellizos.

–Habla como si la estancia de los niños fuera permanente. Suponía que estaban pasando las vacaciones con usted.

Ella pensó que debería haberle dejado seguir pensándolo. Iba tan poco que ni lo habría notado, pero, como siempre, había abierto la bocaza.

–No. Son los hijos de mi hermana –tragó saliva. No quería hablar del accidente en el que un adolescente borracho conduciendo en dirección contraria había puesto fin a la vida de su hermana y de su cuñado–. Ella y su esposo fallecieron. Soy la tutora de los niños.

–Lo siento.

Ella asintió, incapaz de hablar. Según la psicóloga, la ira era normal y pasaría con el tiempo. Pero habían pasado seis meses

desde ese terrible suceso y Zoe no podía imaginar que llegara el día en que no lo recordara sin desear dar puñetazos a un muro de ladrillos.

–Es muy joven para tener esa responsabilidad.

–Eso es relativo, ¿no? –la semana anterior, Zoe había visto un documental sobre la vida de niños que cuidaban de padres discapacitados; se había avergonzado. En comparación, lo suyo era fácil.

–¿No hay nadie más adecuado para ocuparse de estos niños? –la miró de arriba abajo.

–Mi hermana era mi única familia y Dan no tenía a nadie. Soy yo o los servicios sociales –Zoe estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para evitar eso. Los niños disfrutarían de una infancia como la que ella había tenido.

Zoe cerró los ojos, recordando el rostro de Laura el día en que conoció a Dan. Tragó saliva y volvió a hacerse la pregunta habitual. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que haberle pasado a Laura?

–Supongo que la carrera de ama de llaves no era su primera opción –dijo él con cinismo.

Zoe se humedeció los labios, pensando en cómo contestar. Al final, optó por la honestidad.

–En realidad, nunca supe qué quería hacer con mi vida.

No le había parecido que hubiera prisa por decidirse. Le gustaba viajar; le gustaban las nuevas experiencias y conocer a gente.

Pero había llegado el momento de dar el do de pecho y, sí, estaba dispuesta a suplicar y dar las gracias a ese horrible hombre. Se arrastraría si era necesario, aunque eso la matara. Haría cualquier cosa por mantener a su familia unida. Sonrió.

–Pero nunca doy menos del cien por cien, y haré lo que sea por mantener este empleo... Cualquier cosa –añadió con fiereza.

–¿Cualquier cosa?

–Sí –afirmó. El tono de voz de él hizo que se sintiera insegura, pero no podía dar marcha atrás.

–«Cualquier cosa» cubre un campo muy amplio. Si me está ofreciendo favores sexuales, es mejor que sepa que suelo recibirlos gratis.

Zoe cerró los puños, inspiró y contó hasta diez. Sabía que la estaba pinchando porque no podía defenderse, eso lo convertía en

un abusador. Se frotó la mano que anhelaba darle un guantazo que borrara la expresión de desdén de su guapo rostro.

Se obligó a no sonrojarse para no darle esa satisfacción. Estaba segura de que no recibiría atenciones no deseadas de él; era demasiado esnob para acostarse con una empleada doméstica.

Pero, ¿y si no lo era?

Su cuerpo reaccionó a la pregunta mental y Zoe no pudo evitar la cadena de reacciones viscerales que siguieron, igual que no podía evitar apartar la mano si se quemaba.

Bajó los párpados y se abrazó el estómago, agradeciendo llevar puesto un top suelto. Eso le evitaba la vergüenza adicional de que viera sus pezones erectos, pero no la opresión del sujetador ni el ardor que sentía en la pelvis.

Zoe puso fin a ese diálogo interior, consiguió romper el contacto con su mirada de acero y alzó los hombros levemente.

–Bromas aparte, le prometo que seré profesional en todos los sentidos.

Él arqueó una ceja como si no estuviera convencido. Ella, sintiendo un escalofrío de pánico, rezó para que no cambiara de opinión.

–No se arrepentirá –dijo, conteniendo el aliento, como un prisionero ante el tribunal, esperando a que leyeran su sentencia.

Alejandro se volvió hacia ella. Ya empezaba a arrepentirse de su decisión.

–Siento su pérdida, pero la aviso de que no permito que los sentimientos nublen mi buen juicio, así que no espere ningún trato de favor –dijo. Se preguntó cuánto aguantaría su juicio bajo la presión de esas piernas y esa deliciosa boca.

–No lo esperaré –sonrió con orgullo.

–Ya veremos. Juzgo resultados, no promesas –«ni labios», pensó, volviendo a recorrer la curva rosada de su boca, sin poder evitarlo.

–Nunca he tenido quejas –se sonrojó–. En ninguno de mis anteriores empleos –añadió.

–No pueden ser muchos. ¿Qué edad tiene?

–Veintidós, y de hecho... –alzó la mano para enumerar sus empleos y volvió a bajarla; no quería darle la impresión de volatilidad. Pero ya era tarde, como demostró el comentario siguiente.

–¿Cuál es el periodo más largo que ha permanecido en el mismo trabajo?

–¿Eso es relevante? –se evadió ella, odiándose por no ser capaz de mantener la boca cerrada.

–Lo es si los deja después de una semana.

–He realizado varios trabajos, cierto, pero ¿quién no, tal y como está el mercado laboral? –seguro que él no sabía nada del tema, para él solo serían estadísticas en una gráfica–. Nunca he dejado a nadie en la estacada. Soy muy fiable.

–¿Pero no le gusta pasar mucho tiempo en el mismo sitio? ¿No dura en los puestos?

–Por favor, no me juzgue por una primera impresión. Ahora tengo responsabilidades que no tenía antes.

–Ya veremos –miró su reloj–. Mi chef vendrá después. Usted se encargará de la planificación.

–De acuerdo –sonrió con profesionalidad. Un segundo después, arrugó la nariz–. ¿A qué planificación se refiere?

–Esto no es un puesto de trabajo en prácticas, señorita Grace –dijo él con desaprobación, sin saber si bromeaba o lo decía en serio.

–Por supuesto que no, señor Monstru… eh, Montero –confusa por el horrible desliz freudiano, casi se cayó por correr a abrirle la puerta.

–No necesito servilismo. Necesito eficacia.

–Por supuesto –inclinó la cabeza con humildad. En su opinión, lo que necesitaba era que le bajaran los humos más que un poco. Esperaba estar presente cuando eso ocurriera.

Mientras salía, Alejandro revisó su estimación de un mes. No duraría ni una semana. Que tuviera bocas que alimentar no era problema suyo, él no era una institución benéfica.

Capítulo 4

Zoe echó un último vistazo, consciente de que si él encontraba un solo pliegue de cortina fuera de lugar, le haría comerse las zapatillas deportivas, bastante sucias, por cierto.

Un ejército de voluntarios había borrado todo rastro de la fiesta en los jardines. Se había corrido la voz de que el jefe había aparecido de improviso el día anterior y el equipo de limpieza se había esforzado al máximo. Todas las habitaciones estaban tan prístinas como las de un museo, pero él no parecía buscar un ambiente acogedor.

Pensar en «acogedor» y en Alejandro Montero al mismo tiempo la hizo sonreír, pero solo un instante. Había pasado una noche horrible reviviendo el encuentro del día anterior, empapándose de sudor frío cada vez que pensaba en lo cerca que había estado de perder un techo para su familia y rabiando de resentimiento cuando pensaba en cómo se había arrastrado para preservarlo.

Las pocas veces que había conseguido adormilarse, no se había librado de la imagen del horrible hombre que tenía su destino en sus elegantes y privilegiadas manos. Sacudió la cabeza. Solía olvidar sus sueños en cuanto se despertaba. Pero las imágenes eróticas de la noche anterior seguían grabadas en su mente, al igual que el deseo que cosquilleaba en su estómago.

«Contrólate, Zoe», se dijo. El hombre solo viene de Pascuas a Ramos, así que aprieta los dientes y no le des opción a criticar. «No tiene que caerte bien. Ni, menos aún, tienes que soñar con él», se dijo, limpiando una huella de la superficie de un espejo con la manga del suéter.

Cuando vio su imagen, gimió con horror. La casa y el exterior estaban perfectos, pero ella no.

Corrió al vestíbulo con suelos de mármol, dominado por una grácil escalera curva que ascendía a la segunda planta y a la cúpula de cristal que llenaba el espacio de luz. Miró la puerta delantera con nerviosismo, imaginándose abriéndola y encontrándose al amo de la

casa. Sintió un escalofrío antes de echarse a reír.

«¿El amo? ¡Por Dios, Zoe!», sacudió la cabeza. Vivir rodeada de historia estaba haciendo que empezara a pensar como alguien del medievo. Salió por la puerta que conducía a los edificios anexos que había tras el edificio.

Cruzó el patio empedrado, dejando atrás las hileras de abrevaderos, artísticamente llenos de flores estivales, y subió las escaleras que llevaban al piso que había sobre lo que había sido una cochera y en la actualidad alojaba una impresionante colección de deportivos antiguos.

Ya dentro del piso, cerró la puerta y suspiró. Era un alivio que no hubiera aparecido cuando ella parecía un espantapájaros. Fue al armario donde guardaba su ropa e hizo una mueca al verse en el espejo de cuerpo entero. En absoluto tenía la imagen de eficacia que quería proyectar.

Se desnudó y dobló los vaqueros. Cuando el espacio era limitado, el orden era esencial. Por suerte no tenía mucha ropa, así que fue fácil elegir un atuendo adecuado. Cruzó la sala y la habitación de los mellizos para ir al cuarto de baño. Echó la polvorienta camiseta en la cesta de la ropa sucia, y se metió en la ducha. Le habría gustado lavarse el pelo, pero tardaba una eternidad en secarse e iba retrasada.

Quince minutos después, vestida con una blusa blanca, pantalones negros de pierna estrecha y el pelo recogido en una trenza que caía por su espalda, se puso unos zapatos planos de cuero negro. Se miró en el espejo. Resistiéndose a animar el conjunto con un pañuelo rosa con flores naranjas, se puso unos aretes de oro. Más segura de sí misma, volvió a cruzar el patio. Quería compensar la desastrosa primera impresión; podía hacerlo.

Tenía que hacerlo.

Su sonrisa se diluyó cuando oyó el motor de un coche, pero era la furgoneta de reparto de la carnicería. Volvió a respirar. «Tranquila, Zoe», se dijo, antes de pararse para dar las gracias a uno de los jardineros por haber donado una caja de verduras a la tómbola del día anterior y admirar la lavanda que caía en cascada de un grupo de toneles de madera.

–El olor siempre me recuerda al verano, y por la noche llega hasta el piso –le dijo–. Las flores que cortaste para la casa son

fantásticas –había pasado media hora llenando jarrones para varias habitaciones con las fragantes flores estivales.

Él inclinó la cabeza, complacido.

–El ama de llaves anterior pedía arreglos florales a Londres una vez a la semana. Siempre le dije que era un desperdicio criminal.

–Seguro que eran preciosos –dijo Zoe, menos segura de sus intentos amateur de añadir un toque de color. Por bien que le parecieran al jardinero, distaban de ser profesionales.

Resistiéndose al impulso de correr a la casa y retirar todos los arreglos florales, que en su mente empezaban a convertirse en vulgaridades carentes de gusto, charló un rato más con el hombre.

Al final, optó por no retirar las flores recién cortadas, decidiendo no admitir que era la responsable si no la preguntaban directamente. Hizo un último reconocimiento a toda la casa antes de ir a recoger a los mellizos al colegio.

Por lo que ella sabía, Alejandro Montero podía no aparecer hasta medianoche o, si tenía mucha suerte, no aparecer.

El estrecho camino que conducía al pueblo en teoría era un atajo, pero Zoe se quedó atascada tras un tractor, y, cuando llegó, los niños ya la esperaban, charlando con Chloe y con Hannah.

–¡Siento llegar tarde! –exclamó.

–No llegas tarde –la tranquilizó Chloe–. Acaban de salir –miró a Zoe y enarcó las cejas–. Vaya, tienes aspecto...

–Raro –contribuyó Georgie con descaro.

–De bibliotecaria sexy –corrigió Chloe.

–¿Las bibliotecarias son sexys? –preguntó Harry.

Chloe intercambió una mirada con Zoe, que controló una sonrisa.

–Al coche, chicos. ¿Te acercamos, Chloe?

–No, voy a recoger unos vasos de casa de Sara para esta noche.

–Espero que lo paséis muy bien, me encantaría poder ir, pero... –alzó los hombros; su niñera habitual le había fallado.

–Bueno, puedes llamarme hada madrina. La madre de John va a ocuparse de Hannah y se ha ofrecido a quedarse con los tuyos también. John recogerá a los mellizos de camino a casa y te los llevará por la mañana.

–Oh, Chloe, eso es muy amable, pero no podría aprovecharme de...

–No es aprovecharse. Maud se ha ofrecido y sabes que lo pasarán de maravilla.

–Sí, pero...

–Sí, pero nada, Cenicienta, irás al baile. Y no olvides que la invitación incluye a tu guapísimo jefe. Te aseguro que si tuviera unos cuantos años menos te haría la competencia.

–Me temo que no está aquí –dijo Zoe, intentando sonreír por la broma. Se sintió culpable al ver la decepción de su amiga.

–Pensaba que volvía hoy. Será una gran decepción para John, quería darle las gracias personalmente y corresponder a su hospitalidad. La mitad de la gente solo fue al evento porque querían echar un vistazo a la hacienda.

La intranquilidad de Zoe se acentuó. Si no admitía que esa hospitalidad no había sido voluntaria, no podía impedir que todos trataran al nuevo dueño de la mansión como a un filántropo.

–Tenía que volver hoy –admitió–. Pero cuando salí de casa no había llegado.

–Puede que llegue más tarde.

–Todo es posible –admitió Zoe. No imaginaba a Alejandro en una fiesta en la que los vasos eran prestados y la comida cocinada por los invitados. Gracias a Dios, era posible, pero no probable.

–Bueno, prométeme que se lo recordarás si llega. Parecía interesado en venir. Dile que nos encantaría verlo. Es obvio que se está esforzando para ser parte de la comunidad.

Zoe no tuvo corazón para destrozar esa ilusión diciendo que solo había aceptado para librarse de todos ellos lo antes posible.

–Si viene, se lo diré –prometió Zoe, imaginando con horror que Alejandro decidiera asistir. Pasaría la velada con expresión de desdén, amargando la fiesta a todos; Zoe quería evitar eso a sus amigos. Además, egoístamente, quería evitar tener que pasar su tiempo libre con un hombre que la ponía nerviosa incluso antes de abrir la boca y decir algo hiriente y vil. Que la mitad de lo que decía fuera verdad no venía al caso. Perdiendo el hilo de sus pensamientos, sacudió la cabeza para borrar de su mente esos labios sensuales tocados de crueldad.

Estaba pensando en la boca del hombre, pero debería preocuparse de lo que salía de ella.

–John recogerá a los mellizos a las seis.

Alejandro no se involucraba en la vida de otras personas. Sus donaciones benéficas a buenas causas eran anónimas, y nunca respondía a ningún tipo de chantaje emocional o historia lacrimógena, pero no podía dejar de pensar en la niña cuya única posibilidad de volver a andar dependía de un viaje a América.

«Admítelo, Alejandro, la niña te impactó».

Esa aparente debilidad le hizo fruncir el ceño. Su padre había sido un hombre sentimental, bondadoso y confiado, siempre preocupado por los demás. Un hombre que había enseñado a su hijo la importancia de la caridad con su ejemplo.

Pero, ¿adónde lo había llevado eso?

Aunque era universalmente admirado y querido, había terminado roto y desilusionado.

Alejandro había tenido que ver, impotente, cómo la segunda esposa de su padre, con la ayuda de su hija, esquilmaba el negocio familiar, no solo robando a su padre, sino también a sus mejores clientes. No tenía ninguna intención de emular a su progenitor, en su vida no había lugar para el sentimentalismo; esperaba lo peor de los demás y rara vez se equivocaba.

La experiencia le había enseñado que hasta el rostro más inocente podía ocultar un corazón traicionero, como en el caso de su madrastra y su hija. Sacudió la cabeza y desechó los pensamientos sobre las embaucadoras que habían aislado a su padre de amigos, colegas y familia, asegurándose de que, cuando Alejandro comentara la preocupación de los socios de la empresa, su padre lo considerara un ataque de ira celosa.

Alejandro nunca sería el hombre que había sido su padre. A su modo de ver, era mejor que su nombre fuera sinónimo de frialdad y falta de corazón a ser considerado una diana fácil.

Sonrió. Según la adorable Zara, era frío y no tenía corazón, entre otras cosas. Ella había perdido los papeles y recurrido a su lengua nativa, el ruso, que Alejandro no dominaba; así que no había captado los insultos más refinados que le lanzó antes de salir del restaurante, majestuosa y taconeando con sus zapatos de diseño exclusivo.

Suspiró con cierto desconsuelo. La mujer era magnífica, incluso

cuando escupía furia por la boca, y el sexo había sido excelente.

Lo único que habían tenido en común era el sexo. Había funcionado de maravilla mientras las exigencias de Zara se limitaron al dormitorio. Movió la cabeza. No le gustaba hacer una autopsia de sus relaciones, pero, si pudiera volver a la noche anterior tal vez no habría sido tan sincero cuando Zara le preguntó: «¿Has escuchado una sola palabra de lo que he dicho esta noche?».

Si hubiera respondido con un simple «no», tal vez podría haberla camelado, pero no había sido el caso. Había entrado en detalles, revelando que le importaban poco su interés por los zapatos, la última técnica para borrar una imperfección facial y los herederos de distintas monarquías.

Sin pensarlo, había respondido al frígido «Lo siento si te estoy impidiendo dormirte» con un «A duras penas».

Zara había tomado aire con tanta ira que muchas cabezas se habían vuelto para mirarlos.

–¿Quieres que rompamos? –había siseado ella.

Su error de juicio había sido suponer que esperaba oírlo decir que sí.

Ni siquiera sabía por qué lo había dicho. Zara siempre había sido superficial, pero eso nunca lo había molestado. Más bien al contrario. No era culpa de ella que de repente pensara que el coste mensual de sus tratamientos de belleza pagaría el tratamiento médico de una niña discapacitada.

«Dios», la niña le había tocado el alma. Al pensarlo, no vio el rostro de la niña, sino la desaprobación y desdén de su ama de llaves.

Cuando llegó a la hacienda, no vio ningún globo, solo un pavo real y un grupo de jardineros cortando el césped de la pradera vacía. Al menos, en apariencia, todo había vuelto a la normalidad.

Hasta que no llegó ante la casa, no se dio cuenta de hasta qué punto estaba buscando una excusa legítima para quejarse. Frunció el ceño al ver una destartalada furgoneta aparcada junto a los jeeps de la hacienda. Bajó de su deportivo.

No había dado más de un par de pasos cuando vio al hombre barbudo con ropa vaquera que supuso que era el conductor del destartalado vehículo.

No estaba solo. Tenía en sus brazos a una mujer alta y esbelta.

Alejandro se quedó sin aire. Aunque no podía ver su cara, el cuerpo era el de su ama de llaves. Sin duda.

Una oleada de ira fluyó por su cuerpo, despojando de color a su rostro esculpido. Durante varios segundos, la furia obnubiló su capacidad de pensar.

Cuando la mujer emergió del abrazo, el hombre dijo algo que le hizo reír antes de subir a la furgoneta y cerrar la puerta.

Fue el sonido musical de la risa, no el reverberar del golpetazo de la puerta, lo que lo devolvió a la realidad. Alejandro tomó aire y relajó las manos. Aunque su mal genio había sido un problema de niño, se había convertido en un hombre renombrado por su control y objetividad.

Y, objetivamente, deseaba apartarla de ese hombre. Era una reacción legítima ante un abuso de confianza. No se trataba solo de un beso público, ella estaba en su casa y en su lugar de trabajo. La pequeña escena demostraba una absoluta falta de profesionalidad. Le había dado una segunda oportunidad esperando que fracasara, y ella no lo había decepcionando.

Satisfecho con esa explicación de su ira visceral, empezó a caminar hacia ella, pero el ruido del motor de la furgoneta apagó sus pasos. Sabía, de hecho, que no era celoso, y menos cuando la mujer en cuestión era su empleada. Un hombre celoso no se habría reído cuando su amante del momento había sido captada por los paparazzi siendo tan amistosa como se podía ser con otra persona sin que la arrestaran.

Zoe despidió a John con la mano hasta que la furgoneta desapareció de la vista. Después, se volvió para enfrentarse a la figura que había visto de reojo cuando John la abrazaba.

Antes de llegar a su lado, examinó el deportivo en el que había llegado. Un monstruo plateado y silencioso. No había oído el motor que anunciaba la llegada del millonario español. Había sido un escalofrío lo que la había alertado de su presencia mientras se despedía de John.

Si hubiera reconocido su presencia en ese momento, habría tenido que presentárselo a John, y eso era algo que prefería evitar.

Le había prometido a Chloe recordarle la fiesta de esa noche y lo

haría. Estaba segura de su rechazo y ella se encargaría de suavizar su respuesta para los anfitriones.

–Buenas tardes. Espero que haya tenido un buen viaje.

–Ver a mi ama de llaves con la lengua en la garganta de un vendedor no me parece edificante –interrumpió él–. En el futuro, agradecería que su vida amorosa, o lo que sea, tenga lugar en privado y en su tiempo libre.

Durante un momento, ella se quedó demasiado atónita, tanto por la reprimenda como por la interpretación de un abrazo de despedida, para defenderse de la ridícula acusación. Cuando recuperó la voz, temblaba de arriba abajo. Aun así, ladeó la cabeza con humildad.

–Lo tendré en cuenta cuando sienta la necesidad de atacar a un vendedor que pase por aquí –pensar en el precio del equipo deportivo que necesitaban los niños la ayudó a mantener la calma–. Aunque, si le interesa, en este caso estaba dando un abrazo de despedida a un amigo –«y no es asunto tuyo, idiota», pensó para sí–. Tiene razón, es un vendedor –tembló de indignación–. John es un cielo –alzó la barbilla–. No es un hombre que juzgue a la gente por las apariencias ni por cómo se ganan la vida.

Aunque lo hubiera dicho con cortesía, era imposible no captar que lo estaba llamando esnob. Durante un instante, Alejandro se quedó perplejo. Hacía muchos años que nadie se atrevía a decirle que sus comentarios estaban fuera de lugar. Cuando el momento pasó, la ira tensó los músculos de su mandíbula.

–¡No me importa cómo se gane la vida!

–Claro que no –replicó ella, con cortesía.

Alejandro apretó los dientes. Lo tentó despedirla en ese momento, sin pensar en las consecuencias, pero el contrato que tenía entre manos era importante. Cualquier atisbo de escándalo pondría fin a las negociaciones.

–¡Me importa que ese hombre dé rienda suelta a su vida sexual ante de la puerta de mi casa!

Los ojos azules se ensancharon al máximo antes de convertirse en rayitas de ira. Hablaba como si hubiera sido testigo de una orgía. No entendía cómo alguien podía ver algo sórdido en un abrazo de lo más inocente.

Estaba más enfadado que cuando le había dado razones para

estarlo, utilizando su casa para recaudar fondos sin su autorización.

–La próxima vez, paga una habitación –ladró él, devastado por la avalancha de imágenes que eso le sugería.

–¿Una habitación? ¡John está casado!

–Razón de más, creo yo, para mantener un mínimo de discreción –declaró él.

–¡Nunca tendría una aventura con un hombre casado! –tomó aire. Le dolía tener que justificarse ante ese hombre, pero no tenía otra opción–. Lo que ha visto, señor Montero, ha sido un abrazo de despedida entre amigos. Ese era John, el marido de Chloe. ¿Se acuerda de Chloe? Ha venido a recoger a los mellizos, que pasarán la noche con su madre. Porque John y Chloe celebran una fiesta, ¿se acuerda de eso?

–He visto...

–Nada, porque no había nada que ver.

Él rememoró la imagen que lo había enervado y comprendió que no había visto nada más que a dos personas unidas. Se le heló la expresión y un leve rubor tiñó los bordes de sus bien definidos pómulos. Carraspeó. No estaba acostumbrado a avergonzarse y no le gustaba nada.

–Le pido disculpas. He cometido un error.

Zoe controló una sonrisa. Era obvio que cada sílaba de la disculpa le había costado un mundo.

–Disculpa aceptada. He dejado su correo en el escritorio. Si me dice cuándo le parece conveniente que limpien su despacho, informaré a la asistenta. Ah, ¿y puede decirme a qué hora quiere que el chef tenga lista la cena, señor? –tomó aire y pensó: «Vaya, lo hago genial».

–Suponía que cenaríamos fuera.

–¿Cenar fuera? –Zoe sacudió la cabeza y su sonrisa de ama de llaves perfecta se esfumó.

–¿A qué hora dijo su amiga? ¿A las siete?

–¡La fiesta! –soltó una risita y su rostro se despejó–. Oh, cielos, no hace falta que vaya.

–¿La invitación no era en serio?

–Sí, era serio, Chloe y John son gente auténtica. Pensé que dadas las circunstancias...

–¿Circunstancias? –alzó una ceja, interrogante.

Ella frunció los labios con frustración.

–Van a querer darle las gracias, y suponía que eso le resultaría violento.

Por supuesto, tenía razón; pero su reticencia a asistir a la fiesta no era tan fuerte como su deseo de incumplir el guión que ella quería que siguiera.

Alejandro no se consideraba complaciente con las mujeres, pero no esperaba que lo rechazaran. Fue su orgullo masculino, no el sentido común, lo que lo llevó a esbozar una sonrisa.

–Siempre es agradable que la gente demuestre agradecimiento –algunas mujeres agradecerían la oportunidad de pasar una velada con él–. Comprobará que no es fácil incomodarme.

–¿Eso significa que quiere ir? –Zoe intentó ocultar su desagrado.

Aunque él sabía que era ilógico someterse a lo que sería una incómoda y probablemente aburrida velada, el tono de desagrado de la voz de Zoe, que no tenía la destreza o los buenos modales para disimular, reafirmó su resolución de ir a la maldita fiesta con ella. «Además, lo pasará bien», pensó.

–No es una cuestión de querer. Di mi palabra.

–Lo entenderían si usted...

–¿A qué hora me recogerá?

Zoe, con el corazón en los pies, movió la cabeza como si no lo entendiera.

Alejandro sonrió. Era un actriz pésima, y tenía la boca más increíble que había visto nunca.

–¿No acordamos que me llevaría usted? –preguntó, actuando mucho mejor que ella–. Puedo contratar un chófer si tiene otros planes.

El único plan de Zoe en ese momento era ir a su piso y golpear la cabeza contra la pared. Sintió escalofríos al pensar en compartir un espacio tan pequeño con él, pero la animó la imagen mental de ese elegante cuerpo encogido en su destartalado Beetle, que había visto días mejores. Cuadró los hombros y se lamió los labios.

Tenía que aceptar lo inevitable, aunque seguía sin entender por qué quería ir. Pensó, con desdén, que tal vez disfrutaba de que la gente le dijera lo gran tipo que era. Pero, al mal tiempo buena cara, solo era una velada de su vida y, probablemente, su destreza social no fuera tan pésima como temía.

–No, está bien. Había pensado salir alrededor de las siete, ¿le parece bien?

–Estaré esperando –dijo él.

Lo divirtió ver la sonrisa de coraje de Zoe. Siempre le había resultado difícil resistirse a un reto. Para cuando acabara la velada, tendría a la señorita Zoe Grace comiendo de su mano.

Capítulo 5

Dado el escaso espacio de almacenaje del piso, era una suerte que Zoe no tuviera demasiada ropa. La que no cabía en el armario del pasillo estaba en una maleta, bajo la cama de los gemelos.

De rodillas, la arrastró al centro de la habitación y, en cuclillas, examinó su contenido. No tardo en decidirse, porque solo tenía dos vestidos de verano medio decentes. Eligió el de falda larga, sobre todo porque tenía menos arrugas. Lo puso en una percha, lo colgó en la puerta del cuarto de baño y abrió la ducha, esperando que el vapor alisara el tejido de gasa; su plancha tenía el termostato estropeado.

Quince minutos después, maquillada y con el pelo suelto en ondas que casi le llegaban a la cintura, cerró el agua y comprobó que el truco había funcionado, las arrugas casi habían desaparecido del vestido azul bruma.

Se lo puso por la cabeza, ajustó los finos tirantes y se agachó para verse en el espejo. Apenas reconoció a la joven que vio. Hacía tanto tiempo que no se arreglaba que ni se acordaba de la última vez. Era una pena tener que compartir la ocasión con un hombre horrible.

Con suerte, él se aburriría y se iría temprano. Dándose ánimo con ese pensamiento, cruzó el patio de vuelta a la casa y lo encontró esperándola en la entrada porticada.

El ruido de la fuente apagó el sonido de sus tacones en los guijarros y pudo observarlo sin que lo notara. Llevaba una camisa abierta con el botón del cuello desabrochado y pantalones negros de vestir. Estaba admirando su aspecto, imposible no hacerlo, y pensando que era una pena que un hombre tan perfecto físicamente tuviera tantas carencias de personalidad, cuando él se dio la vuelta, sobresaltándola tanto que tropezó.

Con rapidez asombrosa, él corrió a su lado y puso una mano bajo su codo para equilibrarla. Turbada, alzó el rostro hacia él y las pupilas de sus ojos azul cielo se dilataron al conectar con su mirada

ébano reluciente.

Tragó aire al sentir un escalofrío. ¡El hombre tenía un carisma sexual que se salía de las tablas!

–No estoy acostumbrada a los tacones –se apartó y él dejó caer la mano–. Me temo que mi coche no es muy… –su voz se apagó mientras caminaba cuidadosamente sobre el empedrado.

Alejandro había sentido un flechazo de pura lujuria en cuanto la había visto. Ir tras ella le dio la oportunidad de admirar su delicioso trasero y la larga y elegante silueta de sus interminables piernas, revelada, más que escondida, por la larga falda que fluía y se pegaba a ellas al andar.

–El cinturón de seguridad está un poco… –le quitó el balón de fútbol que él había retirado del asiento y lo echó atrás, sobre una colección de juguetes. Giró la llave–. Hay que intentarlo varias veces antes de que… A veces…

–¿Puede dejar de disculparse? –señaló el asiento trasero–. ¿Su sobrino juega al fútbol? –preguntó, para no preguntarle si tenía novio. Habría dado igual, trabajaba para él y había reglas que nunca rompía. Pero podía mirar.

–¿Harry? –Zoe se rio y movió la cabeza–. No, Harry odia el deporte. El balón es de Georgie. Harry es más… tranquilo –Zoe pensó que un hombre como Alejandro Montero nunca entendería a un niño tan sensible como Harry. Arrugó la frente. Harry la preocupaba; era tan bueno que era fácil no tenerlo en cuenta.

Miró a su pasajero; nadie podría no tener en cuenta al guapísimo español. Tendría que haber sido gracioso verlo embutido en el Beetle, pero Zoe no podía ni sonreír. Que sus hombros casi se tocaran hacía que se sintiera más incómoda de lo que él parecía estar.

–No está lejos –dijo, dando gracias por eso.

–Me relajaré y admiraré el paisaje –dijo él, estudiando su perfil. Había imaginado que estaría guapa arreglada y no se había equivocado, estaba deslumbrante.

Minutos después, ella se detuvo ante la tienda.

–¿Sus amigos viven aquí?

–No, viven al otro lado del pueblo. He parado para comprar una botella de vino.

–Pensé que no bebía.

–Yo no, pero otra gente sí –repuso ella.

–Tendría que haberlo dicho. Hay montones de botellas de vino en la bodega –el buen vino siempre era una inversión segura a prueba de inflación.

Ella dejó escapar un gemido al pensar en los vinos de la bodega de la mansión servidos en vasos prestados y bebidos por gente que, como la anfitriona, mezclaba el vino con gaseosa.

–No se preocupe. Yo me ocuparé.

Entró y agarró dos botellas de precio medio y las llevó a la caja.

–Dicen que es bueno –aprobó el dependiente. Ella no tardó en descubrir que no llevaba suficiente dinero para pagar. Su tarjeta estaba en casa, que era la mejor manera de evitar la tentación mientras se adaptaba a su nueva vida.

–Lo siento, tendrá que ser el español, ¿le importa que las cambie? Me faltan cincuenta peniques –señaló el montón de monedas.

–No es problema, también es muy bueno.

–Yo las compraré –una mano enorme se cerró sobre la suya.

Zoe miró de la mano al hombre alto y de aspecto exclusivo que estaba a su lado y negó con la cabeza. Sintió cómo se tensaban sus pezones.

–No, en serio. Me quedaré con el español, el vino, quiero decir –corrigió, sintiéndose como una auténtica idiota.

–Lamento ser desleal, pero se lo dice un español: eso no es vino –se estremeció.

–No es una fiesta esnob –dijo ella.

–Insisto, es lo menos que puedo hacer, dado que está actuando como mi taxi –sacó la cartera y pagó. Estaba dispuesto a tragarse el insulto, pero no ese pésimo vino.

Para no discutir en la tienda, Zoe no tuvo más remedio que aceptar con tanta gracia como pudo.

Él puso la mano en su espalda y la guio de vuelta al coche. A ella no le gustaba el contacto, la incomodaba, pero era obvio que ese tipo de cortesía era natural para él.

Alejandro le abrió la puerta y luego fue al otro lado del coche.

–¿No bebe por elección o porque tiene un problema con la bebida?

Ella apretó los labios. Tal vez lo preocupaba que su nueva ama

de llaves fuera alcohólica.

–Ni lo uno ni lo otro, señor –hizo hincapié en el título–. Simplemente, no metabolizo el alcohol. Me emborracho solo con olerlo.

–Creo que sería más apropiado que no me llamara señor esta noche.

–¿Es una orden, señor Montero? –preguntó ella, aparcando a un lado del estrecho camino.

–Si quieres verlo así... Llámame Alejandro. Es mi nombre. Relájate –le recomendó–. Esto es una fiesta. Puedes desmelenarte si quieres. No voy a estar vigilándote.

–No es esa clase de fiesta. Cuidado, hay un... –calló y ocultó una sonrisa mientras él miraba su zapato embarrado–. Un desnivel a ese lado.

Zoe, que había estado preocupada por los sentimientos de sus amigos, fue bajando la guardia al comprobar que él estaba siendo encantador. Podía relajarse y disfrutar, ¿por qué no? En contra de lo que había esperado, no era distante ni frío. En cuanto habían llegado y Chloe se había hecho cargo de él para lucirlo, había dado la impresión de estar pasándolo bien.

Viendo a Alejandro charlar con John y la veterinaria –que, según Chloe, no había llevado blusas escotadas antes de su divorcio–, era Zoe la que se sentía como una intrusa. Sintió que su resentimiento se disparaba cuando la pelirroja divorciada echó la cabeza hacia atrás y se rio de algo que había dicho Alejandro, ofreciéndole una excelente vista de su escote. Zoe apretó los dientes. Él miró, claro; ¡era un hombre!

Predecible. Sacudió la cabeza con una mezcla de desdén y cinismo; sentía vergüenza ajena por la obviedad de la mujer. Pero él no hacía nada por disuadirla. Estrechó los ojos cuando ella puso la mano en su brazo y vio sus largas uñas escarlata curvarse sobre su bíceps.

Zoe no podía decidir si la mujer era patética o depredadora, ni si ella sentía vergüenza o envidia.

Desechando la risible posibilidad de que deseara tocar a Alejandro, miró críticamente su arrogante perfil y borró de su

mente la imagen de sus manos recorriendo los musculosos contornos de su cuerpo.

Era demencial. No entendía que un hombre pudiera estar al otro extremo de la sala y siguiera excitando cada terminación nerviosa de su cuerpo. Su virilidad era abrumadora. Tomó un sorbo de su bebida, casi deseando que no fuera solo zumo de fruta. Zoe no había exagerado al explicar su reacción al alcohol; había aprendido, tras un par de experiencias de lo más embarazosas, que la bebida y ella eran mala combinación.

El sentido común le decía que lo que le ocurría era cuestión de hormonas. Tendría que aceptarlo como se acepta una alergia al polen y superarlo. No serviría de nada analizar la primitiva respuesta física que él había despertado en su interior. Era una inconveniencia, no un desastre. Si no había solución, se evitaba el problema. Para manejar la incapacidad de su cuerpo de metabolizar el alcohol, no bebía; así que no tocaría a Alejandro. Era sencillo.

Sería un desastre, o al menos una distracción indeseada, pensar demasiado en el anhelo primitivo que percibía en su interior. Tenía que aceptarlo y olvidarlo. Era humana; tenía un gusto pésimo en cuanto a hombres. Se controlaría.

La veterinaria, por otra parte, no tenía ningún problema en ir adónde habían ido Dios sabía cuántas mujeres antes, pensaba Zoe con disgusto al verla acercar sus curvas a él. Lo tenía literalmente arrinconando, pero él no escapaba.

Sus labios aún dibujaban una mueca cínica cuando Alejandro volvió la cabeza lentamente, como si percibiera su escrutinio. Los ojos oscuros buscaron los suyos. Como si poseyera un radar que le indicara dónde estaba ella y qué miraba.

Cuando sus ojos se encontraron, Zoe sintió el latido de su corazón en cada centímetro de piel, incluso en la punta de los dedos. Dejó de respirar. Se le tensó el estómago; sentía la piernas débiles y pesadas; le temblaban las rodillas.

No habría podido decir si el contacto había durado instantes o una hora, pero para cuando consiguió bajar las pestañas se había derretido por dentro. Tenía la garganta seca cuando se llevó el vaso vacío a los labios e intentaba recuperar un asomo de autocontrol.

Cerró los ojos. Intentaba que su cuerpo se relajara cuando alguien pronunció su nombre.

–Disculpa, estaba a mil kilómetros de aquí. ¿Cómo estás? –le preguntó a la anciana tía de Chloe, que estaba sentándose en una silla.

–No puedo quejarme, pero lo hago. Gracias, cariño –añadió cuando Zoe recogió su bastón, que se había caído al suelo–. A no ser que quieras que tu hombre se vaya a casa con otra, iría para allá, Zoe.

Zoe, sonrojándose, siguió la dirección de la mirada de la anciana hacia Alejandro, la viva imagen de un macho depredador. Vio que la pelirroja seguía acosando al cazador.

–Soy su taxi, no su cita. Es mi jefe.

–En mi época, el sueño de la mayoría de las chicas era casarse con su jefe. Yo lo hice, aunque George nunca tuvo un aspecto como ese –al ver la expresión de Zoe, soltó una risita–. Soy vieja, niña, no ciega.

–Y yo no estoy pensando en casarme.

Si alguna vez lo hacía, no sería con un hombre como Alejandro Montero. Sería con un hombre que la tratara como a una igual, un hombre que quisiera a los mellizos tanto como ella. Arrugó la frente cuando el rostro de su jefe se superpuso a su imagen mental; eso la hizo mirar de nuevo hacia donde… ni él ni la veterinaria estaban ya.

Tal vez se libraría de su incómoda compañía en el viaje de vuelta a la casa.

–Eso es muy sabio. En mis tiempos era diferente. No había sexo fuera del matrimonio, si eras una chica decente, claro está. No teníamos vuestra libertad.

–Lo cierto es que yo no creo en el sexo casual. Al menos, no para mí –Zoe se preguntaba por qué había confesado eso cuando se dio cuenta de que la anciana no la miraba a ella, sino más allá.

Se le encogió el estómago; sabía a quién tenía detrás. Se preguntó si había oído sus palabras.

–Quería saber si estás lista para volver a casa.

–Creí que ya te habías ido.

–¿Qué te ha hecho pensar eso?

–Haces amistades con mucha facilidad.

Oyó la risa grave de la veterinaria y sintió un pinchazo de culpabilidad. El que había sido su esposo durante quince años la

había dejado por una mujer más joven. ¿Quién sabía qué inseguridades ocultaba su flirteo? Era una mujer vulnerable que necesitaba comprensión, no comentarios mordaces a su espalda. De hecho, era admirable: seguía luchando tras recibir un buen golpe. Zoe se avergonzó de sí misma.

–La verdad es que no.

El comentario hizo que Zoe volviera a prestar atención al alto español.

–Creo que hoy has hecho unas cuantas –ninguna de las personas con las que había hablado había dicho una palabra negativa sobre él; muchos habían envidiado su suerte por ser su empleada.

De hecho, tanta admiración empezaba a irritarla. La gente era tan superficial que no veía más allá del rostro atractivo, cuerpo perfecto e increíble sonrisa. Se preguntó si alguien, aparte de ella, lo había visto vaciar la copa de vino en un tiesto. Todos se portaban como si les hubiera hecho un favor dignándose a aparecer.

Zoe había tenido que morderse la lengua en varias ocasiones. Había tenido la esperanza de que se portara bien y no disgustara a nadie, pero no había contado con que todos se convirtieran en sus fans más devotos. Ninguno creería que la había despedido dos minutos después de verla y que seguía buscando una excusa para hacerlo.

La amistad requería confianza. Alejandro no consideraba su incapacidad de confiar un defecto de carácter; valoraba más a sus verdaderos amigos porque sabía lo especiales que eran. Miró el rostro de Zoe y volvió a asombrarlo la limpidez de sus ojos azules.

–Tengo muchos conocidos, pero pocos amigos.

–Supongo que es difícil saber si alguien te ama a ti o a tu cuenta bancaria –Zoe sabía que ni siquiera era una conocida, era una empleada. La conductora del taxi, no la cita.

–No necesito amor –enarcó las cejas–. ¿O estás hablando de sexo?

–¿Sexo?

Por una horrible ironía del destino, lo dijo en un momento en el que todas las conversaciones se acallaron. «Tierra, trágame», pensó Zoe cuando todos se volvieron para mirarla.

–Es curioso, eso ocurre siempre.

–A mí no –refutó ella–. Si me disculpas, veo a... –hizo un vago

gesto con la mano y fue al otro lado de la sala, aceptando algunos comentarios jocosos, pero bienintencionados, a su paso.

–Lo que necesito es refrescarme –dijo para sí.

–Cielos, hace calor aquí, ¿verdad? Prueba uno de estos –dijo alguien que llevaba una bandeja.

Miró el vaso alto con hielo que le habían puesto en la mano. Abrió la boca para preguntar qué era, pero ya no había nadie a su lado.

Mientras salía por la doble puerta que daba al jardín olisqueó la bebida. Probó una de las fresas que flotaban sobre el líquido. El sabor dominante era de piña. Tomó un sorbo y decidió que era algo inofensivo, uno de los deliciosos cócteles sin alcohol que había preparado Chloe.

Bajó los escalones hasta el jardín. Se sentó en el tocón de un árbol y bebió un poco más de la deliciosa mezcla frutal. Estaba tan deliciosa que se preguntó por qué la gente se molestaba en añadir alcohol a las bebida.

Echó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo estrellado y pensó que a veces había que parar y disfrutar del hecho de estar vivo. Tumbarse sobre la hierba y sentir la tierra. Así que lo hizo.

Mirando las estrellas, empezó a tararear antes de cerrar los ojos. Tal vez se adormiló.

–No, de verdad, no puedo aceptarlo –decía la voz de John. Zoe medio levantó la cabeza preguntándose por qué John la ignoraba. Soltó una risita: era porque estaba tumbada y no la veía.

–Sí puedes. Piensa en cuánto mejor será para Chloe y Hannah tenerte con ellas como apoyo.

Zoe reconoció la voz grave con acento sexy. Eran John y Alejandro.

–No sé qué decir –se oyó el crujido de un papel y un gemido–. Diablos, eso es demasiado, no... no podría.

–Es desgravable. Pero preferiría que esta quedara entre Chloe, tú y yo. No me gusta que...

–Entendido. Nunca olvidaremos esto.

Zoe, aún tumbada, intentaba procesar lo que oía; cuando la neblina de su cerebro le permitió hacerlo, los ojos se le llenaron de lágrimas. Alejandro acababa de darle a John el dinero que necesitaba para viajar a Boston con su familia.

–¡Eso es tan, tan maravilloso!

Alejandro se dio la vuelta y vio a una figura elevarse de entre la niebla, como una especie de visión espectral.

–Zoe, ¿qué estabas...? –empezó. La gloriosa figura se lanzó hacia él como un misil. «¡Madre de Dios, está como una cuba!», pensó.

–Lo he oído todo y creo que eres mar... maravi... fantástico –declaró ella.

–Creo que deberías sentarte.

–Lo haré, pero antes... –se puso de puntillas y tomó su rostro entre las manos–. Eres un hombre bellísimo y he sido muy mala contigo, muy, muy mala. ¡Qué vergüenza! Pero eso se acabó. Eres un héroe –se acercó más, aplastó los senos contra su pecho y posó la boca en la de él.

La cálida y suave boca que lo atrapó sabía a alcohol. Él se quedó rígido, con las manos a los lados, porque sabía que, si la tocaba, borracha o no, no podría evitar poseerla allí mismo, sobre la hierba. De alguna manera consiguió resistirse a la tentación de esos deliciosos labios.

El esfuerzo perló su rostro de sudor y le provocó una terrible tensión en la entrepierna, pero resistió. El maullido de queja de ella cuando no respondió casi pudo con él.

–Creo que voy a sentarme –ella se llevó las manos a la cabeza y, sin avisar, se dejó caer sobre la hierba y se sentó con las piernas cruzadas.

Alejandro suspiró y recogió el vaso casi vacío que vio a su lado. Metió el dedo y lo lamió. Zumos de fruta y vodka. No mucho, pero allí estaba.

A su espalda, oyó a Chloe y a John acercarse.

–¿Esa es Zoe?

–Hola, chicos... sí, soy Zoe –agitó la mano–. Chloe, me vas a dar la receta de ese refresco.

–¡Oh, Dios! –gimió Chloe.

–No es un monstruo, Chloe, es un héroe, ¿lo sabías? Un héroe. Pero no le caigo bien, lástima.

–Es bastante inocuo –dijo Alejandro, dándole el vaso a John.

–No importa. Es algo metabólico con Zoe, no puede haberlo sabido. ¿Qué vamos a hacer con ella? Tenemos la casa llena esta noche. No queda ni un sofá libre.

Alejandro vio que ambos lo miraban.

–La llevaré a casa –se oyó decir. Él, que nunca hacía nada que no quisiera hacer–. No os preocupéis, no he bebido nada.

En cuanto la metieron en el coche se quedó dormida, acurrucada como un gatito.

–¿Se acordará cuando esté sobria?

–Oh, sí –dijo Chloe con tristeza–. Al menos, eso decía siempre Laura.

Alejandro asintió, complacido por la respuesta. Era justo que se acordara, porque él lo haría. El precio de ser un héroe iba a ser difícil de olvidar; la frustración iba a hacerle pasar la noche en vela.

Zoe durmió como un bebé todo el camino. Mejor así, porque dudaba que su respuesta volviera a ser tan noble si lo atacaba de nuevo.

Cuando abrió la puerta del coche, el aire fresco la despertó. A él lo sorprendió y alivió que se hubiera recuperado lo bastante para subir sola los escalones que subían al piso.

–¿Estarás bien?

–Creo que había algo en mi bebida –balbució.

–Vodka.

–¡Oh, Dios! Creí que... Lo siento –no sabía por qué se estaba disculpando, pero suponía que había algo–. Buenas noches, señor Montero.

Alejandro esperó a que cerrara. Lo alegraba haber recuperado la categoría de monstruo. Los monstruos no estaban obligados a portarse de forma honorable: hacían lo que querían.

Capítulo 6

Obligado a renunciar a su paseo matutino tras descubrir que su caballo había perdido una herradura, Alejandro dejó al semental en manos del mozo de cuadra y volvió a la casa.

Una hora en el gimnasio no disminuyó su frustración. Después de ducharse, iba hacia la escalera cuando estuvo a punto de caer sobre ella.

–¿Qué diablos haces? –había supuesto que, si la veía esa mañana, sería con una resaca terrible, no de rodillas y canturreando para sí.

Aparentemente ajena a su presencia, continuó metiendo la aspiradora de mano en el hueco que había bajo una consola, aún tarareando lo que sonaba en sus oídos. Su musicalidad era más bien plana, pero sus nalgas no. Alejandro, que había abierto la boca para insistir, la cerró cuando ella se estiró aún más y su delicioso trasero se apretó contra los vaqueros que llevaba puestos.

La lujuria lo golpeó como un martillazo en el pecho. Se imaginó arrodillándose junto a ella, tumbándola de espaldas... Inspiró profundamente y maldijo entre dientes. Nunca había experimentado ese nivel de lujuria antes. Ni siquiera en la adolescencia se había sentido tan obsesionado. Volvió a maldecir por lo bajo.

–¿Qué diablos haces? –bramó.

Zoe apoyó una mano en el suelo y volvió la cabeza con expresión interrogante. Al ver a Alejandro, su media sonrisa se esfumó con una rapidez que a él le habría hecho gracia en otras circunstancias.

–Siempre es agradable que la gente se alegre de verme –farfulló.

–Perdón –Zoe se quitó los auriculares y alzó la vista hacia la figura que se alzaba ante ella como una torre–. No te había visto –controló el deseo de preguntarle si podía hacer algo por él, temiendo su respuesta y, más aún, querer complacerlo.

Probablemente se preocupaba sin razón. La noche anterior ni siquiera le había devuelto el beso. Eso era el colmo de la

humillación.

Se le había ofrecido en bandeja y él había dicho: «No, gracias». Recordaba cada embarazoso y horrible detalle. A las tres de la mañana había pegado un bote en la cama, sobria del todo.

No había podido resistirse a la compulsión masoquista de revivir la escena una y otra vez, temiendo el momento de mirarlo a la cara de nuevo. Era tan horrible como había imaginado.

No sabía si mencionar el asunto, esperar a que lo hiciera él o simular que no había ocurrido nada.

–He dicho: ¿qué diablos haces?

–Aspirar la alfombra –le mostró la aspiradora de mano que estaba usando para alcanzar los rincones y se puso en pie.

–Ya veo lo que haces. Quiero saber el porqué.

–Susie no ha podido venir esta mañana.

–Eso no contesta a mi pregunta, ¿y quién diablos es Susie?

–Es una de las limpiadoras. Vive en el pueblo.

Él cruzó los brazos sobre el pecho, poco impresionado por su explicación.

Zoe alzó la mano libre para protegerse los ojos del sol que entraba por la ventana que había tras Alejandro, que silueteaba su figura con un halo dorado. ¡Como si necesitara ayuda para parecer recién descendido del Monte del Olimpo!

–No tienes buen humor por la mañana, ¿verdad?

–Nunca he tenido quejas –sus ojos oscuros destellaron con malicia.

Cuando comprendió la implicación, ella enrojeció y bajó las pestañas para ocultar los ojos. Se quitó el pañuelo que se había puesto sobre el pelo e intentó mantener una actitud profesional aunque las imágenes que poblaban su mente en ese momento no lo fueran.

Alejandro volvió a sentir el pinchazo de la lujuria cuando el sedoso cabello cayó por su espalda. El sexy vestido negro había desaparecido y ella volvía a llevar vaqueros, con un roto en una de las rodillas. Le costó controlar a su cuerpo.

–Eso sigue sin explicar por qué te encuentro de rodillas como a una...

–¿Asistenta? –los ojos azules destellaron con ira–. Tal vez porque lo soy.

–Eres el ama de llaves.

Ella encogió los hombros, sin entender por qué daba tanta importancia al asunto. Las aspiradoras no eran ningún misterio para ella.

–Llámalo «multitarea».

–Lo llamo «inapropiado». ¿Qué impresión daría si entrara con un grupo de invitados importantes y lo primero que vieran fuera al ama de llaves de rodillas? –movió la cabeza.

–No has entrado con… –calló al ver la expresión de Alejandro.

–Es totalmente inapropiado, dada tu posición en esta casa.

–¿Qué tendría que haber hecho? Obligar a Susie a venir con un flemón? Su madre dice que la pobre está pasando una agonía.

–Tendrías que haber delegado –lo asombraba que no hubiera captado un precepto tan básico.

–No me gusta decirle a la gente lo que tiene que hacer –para Zoe era más fácil y menos estresante hacer las cosas ella misma.

–Delegar es parte de tu trabajo. Fregar suelos, no lo es.

–No estaba… –se mordió la lengua y bajó la cabeza. La frialdad de él era de lo más hiriente.

La muestra de humildad no engañó a Alejandro ni un segundo. Sabía que era teatro. Ella era tan humilde como un buque de guerra.

–Parte de tu trabajo es reconocer la diferencia entre ser considerada y ser una blandengue.

–¡No soy una blandengue! –protestó ella con indignación.

–La gente se aprovecha de ti –su rostro mostraba cuánto le disgustaba que no fuera capaz de darse cuenta de eso.

–¡Tú no lo hiciste! –cerró los ojos y se llevó la mano a la cabeza. «Por favor, que me muera ahora mismo», pensó–. Perdón. No pretendía decir eso. Se me ha escapado.

–No fue porque no quisiera hacerlo, si es eso lo que te preocupa. ¿Has dormido algo? –las ojeras violáceas eran obvias en su piel traslúcida, así como las pecas que salpicaban su nariz.

–Sí. Y me desperté con dolor de cabeza.

–Suele llamarse «resaca» –controló una sonrisa.

–No puedo entender por qué bebe la gente –dijo ella con expresión de horror.

–No todo el mundo tiene tolerancia cero como tú. Es la droga

favorita de muchos y es legal.

–¿Cuál es la tuya? ¿O no necesitas una? Perdón… se me olvida que… ¿Puede decirme qué le gustaría cenar, señor?

–No puedes pasar de intentar besarme a llamarme «señor». No espero ni una cosa ni la otra de mi ama de llaves. Me basta un término medio.

–Lamento lo de anoche –enrojeciendo, se mordió el labio inferior–. De veras. Pero lo que hiciste por Chloe y John fue muy amable.

–Eso tiene que quedar entre estas paredes –dijo él, tenso–. ¿Está claro?

Antes de que ella pudiera contestar, se abrió la puerta principal y entraron los mellizos. Georgina corriendo. Harry con la nariz metida en un libro.

–No, aquí no. Os lo he dicho, el piso…

–Lo sabemos. Olvidaste dejar la llave bajo el felpudo –Georgie miró a Alejandro y sonrió–. Tenemos que intentar que no nos veas –arrugó la nariz–. ¿No te gustan los niños?

–Depende de cómo sean –fue hacia el niño, delgado y con pelo rubio rojizo–. Tú eres Harry.

Harry asintió.

–Largo, chicos –Zoe sacó la llave del bolsillo y se la tiró a Georgie–. Os he dejado unos sándwiches para almorzar. Iré a comer.

–¿Qué estás leyendo? –Alejandro miró el título del lomo del libro–. ¿Te gustan las estrellas?

Era obvio que sí. A los niños delgados y bajitos que tenían más libros que amigos siempre les gustaban. Alejandro lo sabía porque él mismo había sido uno de ellos. En su caso, había pegado un estirón de treinta centímetros a los dieciséis y había pasado de ser el debilucho a ser el deportista a quien todos querían conocer.

Harry asintió y su rostro se tiñó de rubor.

–En la pared de mi despacho hay una foto de la nebulosa Cabeza de Caballo. ¿La has visto?

–Está prohibido entrar en la casa. Sobre todo en tu despacho –dijo Harry. Él sí cumplía las reglas–. Me gusta mirar el cielo por la noche, pero de mayor quiero ser astrofísico.

Zoe parpadeó. Eso era nuevo para ella.

–Genial –dijo Alejandro.

–Chicos, fuera de aquí –fue un alivio que ambos hicieran lo que pedía; con Georgie nunca se sabía qué podía ocurrir.

–Tú también –dijo Alejandro cuando salieron–. Antes llama a la agencia y pide una sustituta para… como se llame.

–Susie.

–Después, tómate el resto del día libre. Me voy a Londres.

Cuando se fue, ella supuso que tardarían en verlo de nuevo. Por lo visto esa era la norma. Pero durante las semanas siguientes continuó apareciendo de improviso. A veces pasaba una noche allí, otras ni siquiera eso.

Al principio la sorprendió su comportamiento, pero luego supuso que intentaba buscar algún motivo para despedirla. Como nunca sabía cuándo podía aparecer, le resultaba difícil relajarse. Además, aunque tenía sentido que quisiera echarla, eso no explicaba que en una ocasión le hubiera llevado a Harry un libro lleno de fotos de galaxias y nebulosas.

El niño esperaba con anhelo sus visitas, y no era el único. Sin embargo, se preguntaba por qué iba alguien a desear la visita de alguien que era frío y distante un segundo y cálido y amistoso al siguiente.

Cuando llegaron al cruce, Alex redujo la velocidad para parar en el semáforo. Alejandro cerró su tableta y, pasándose la mano por el cabello oscuro, miró por la ventanilla. Había pensado pasar el fin de semana en Londres, pero en el último momento había decidido conducir a Ravenwood, pensando que así podría leer el informe sin distracciones. «Seguro, sin distracciones», se burló una vocecita en su cabeza.

–¿Esos son…?

–Sí, Alex –confirmó Alejandro, tras mirar en la dirección que indicaba su chófer.

–¿Están solos?

Alejandro, que había buscado el cabello oscuro y ese cuerpo en el que pasaba mucho tiempo pensando, asintió. Lo cierto era que le

resultaba imposible no pensar en su ama de llaves.

–Eso parece.

Era bastante extraño. Zoe Grace estaba lejos de ganar un premio por sus dotes domésticas, pero se tomaba muy en serio su papel de guardiana de los niños. No se la imaginaba permitiendo a los mellizos pasear solos por el pueblo.

–¿Quiere que pare?

Alejandro asintió, se desabrochó el cinturón de seguridad y bajó del coche. Cuando llegó a su lado, los niños discutían; no había rastro de su tía.

Harry fue el primero en verlo. Al ver el alivio de su cara pecosa, Alejandro sintió un pinchazo en el pecho. Tuvo que controlar su deseo de darle un abrazo; era consciente de que el niño lo había convertido en un modelo masculino a seguir. Sería una crueldad alimentar la dependencia del niño para luego desaparecer de su vida.

Así que le dio una palmadita en el hombro. El niño se merecía un sustituto de padre mejor que él. Se preguntó si el empeño de Zoe en sacrificarse por sus sobrinos influiría también en su elección de pareja. ¿Elegiría a un «buen padre» en vez de a un buen amante? Parecía tener vocación de mártir. Acabaría sola o con un perdedor aburrido, pero sólido y responsable.

–Hemos perdido a la tía Zoe. Bueno, nos escapamos y ahora también estamos perdidos.

Alejandro interpretó, correctamente, que su hermana se había escapado y él la había seguido. No había duda de quién era el dominante e imprudente de la pareja.

–No estamos perdidos –interrumpió su hermana–. Y si no me hubieras hecho volver…

–¡Era robar!

–No era robar. Íbamos a devolverlo y eso es pedir prestado, ¿verdad? –miró a Alejandro.

–Llevarse algo prestado sin permiso es robar. Y escaparos de vuestra tía es… ¿Tenéis idea de lo preocupada que estará? –la imagen de una Zoe aterrorizada destelló en su mente–. ¡Estará frenética de miedo!

Los mellizos se miraron con preocupación.

–No lo pensamos –admitió Georgie.

Alejandro, oyendo el temblor de su voz, tuvo que esforzarse para mantener una expresión severa mientras los guiaba al coche. Pero cuando la niña se sorbió la nariz, no pudo aguantar más la pose.

–No os preocupéis –los tranquilizó–. Llamaré a vuestra tía y le diré que...

–No puedes –dijeron al unísono.

–¿Por qué no puedo?

–Su teléfono no tiene batería. Se acabó cuando estaba hablando con Chloe.

Él suspiró. Si hubiera estado en la situación de Zoe, algo muy improbable, ya que a él no se le habría acabado la batería y nunca se habría hecho responsable de esos dos diablillos, en ese momento estaría volviendo atrás sobre sus pasos.

–Bueno, ¿dónde estabais cuando os escapasteis y dónde estuvisteis antes de eso?

Zoe nunca olvidaría el horrible pánico que había sentido cuando se dio la vuelta para decirles a los mellizos que se dieran prisa o la grúa se llevaría el coche. Cuando los encontrara no volvería a perderlos de vista un segundo, eso si no los estrangulaba con sus propias manos.

Volvió sobre sus pasos trotando por la acera y parando de vez en cuando a preguntar a la gente si habían visto a dos niños. No dejaba de repetirse: «Mañana esto solo será un recuerdo. Me reiré de ello con Chloe», como si fuera un mantra.

Para cuando llegó a la cabina de alquiler de barcas, el corazón le latía tan fuerte que tenía la sensación de que iba a explotar. La dominaba la convicción de que los mellizos estaban en el río.

Era obvio. Tendría que haber sospechado algo cuando la testaruda niña que nunca aceptaba un no por respuesta no había discutido ni intentado convencerla cuando se negó a que dieran un paseo en kayak. Georgie no se había vuelto dócil de repente, había evitado la discusión y luego había arrastrado a Harry con ella.

La cabina de venta de billetes estaba cerrada. Mientras Zoe se preguntaba qué hacer, apareció un chico con un candado y un manojo de llaves.

–Lo siento, hemos cerrado –dijo, al verla.

–Busco a mi sobrino y a mi sobrina. Tienen siete años. Creo que pueden haber salido en uno de sus kayaks –el esfuerzo por mantener la calma y no sonar como una lunática hizo que le temblara la voz, pero al menos dio impresión de cordura.

–Lo siento, estamos cerrados –el chico se dio la vuelta, ignorándola.

Zoe, entre el pánico y la ira, lo agarró del brazo.

–Mis sobrinos querían dar una vuelta en kayak. ¿Los has visto? –gritó, conteniendo el impulso de sacudir al estúpido chico.

–No sé cuál es su problema, señorita, pero no se permite la entrada al público. Por seguridad –señaló un cartel que había en la pared.

–Ya te he explicado cuál es el problema. Busco a un niño y a una niña, de esta altura –colocó la mano a la altura correcta–. Querían navegar... –cerró los ojos y recordó la expresión de Georgie cuando había rechazado su petición. Tendría que haberse imaginado lo que iba a pasar–. Creo que podrían estar ahí fuera –tragó saliva y miró el horizonte, donde el agua gris del río se encontraba con un cielo aún más oscuro–. En una de vuestras canoas.

–No permitimos a ningún niño ir en kayak sin un adulto responsable. Además, hemos cerrado temprano, se acerca una tormenta –sonó su móvil y, llevándoselo a la oreja, se alejó de ella.

Zoe decidió hacerse cargo de la situación. Bajó hacia el agua y, vadeando, fue hacia una canoa.

Consiguió subir al tercer intento. Se recordó que había montado en kayak antes. Cierto que solo tenía cinco años y Laura había sido quien remaba, pero eso era un detalle. No podía ser demasiado difícil.

Cinco minutos después había avanzado varios metros. Pero no tenía ni idea de si iba en la dirección correcta. Actuaba por intuición, pero a veces eso se traducía en pánico ciego.

Cuadró los hombros y metió el remo en el agua. Tenía que ser positiva.

Lo sensato habría sido acudir a la policía. No entendía por qué no se le había ocurrido antes de estar en medio del río. Entonces empezó la lluvia.

Un auténtico diluvio bíblico. En dos minutos estaba empapada. Tenía el pelo pegado al cráneo y el agua que corría por su rostro le

dificultaba la visión. Más preocupante que eso era el agua que se estaba acumulando en el fondo de la canoa.

Dejó escapar una risa histérica que el viento, fuerte como un huracán, se tragó. Agachó la cabeza y siguió remando con fuerza, pero no avanzaba. Soltó el remo para aliviar el dolor de los músculos de sus brazos y hombros, y lo equilibró en horizontal sobre la canoa.

Fue como si ocurriera a cámara lenta. Se tiró hacia delante con un brazo estirado, agarrándose al borde de la canoa con el otro. Justo cuando sus dedos tocaron el remo, la corriente lo alejó. Zoe perdió el centro de gravedad y se esforzó para echarse hacia atrás. Cuando parecía inevitable caer a la turbulenta agua gris, consiguió recuperar el equilibrio y se derrumbó en la canoa con un sollozo de alivio.

Parecía increíble que un par de semanas antes hubiera pensado que ese tramo del río, con sus pequeñas cascadas, rocas medio sumergidas en las que la gente tomaba el sol, y charcas en las que jugaban los niños, fuera ideal para dar un paseo agradable. Bonito, pero no dramático.

Pero en ese momento el río era un torbellino de espuma blanca, remolinos oscuros y obstáculos ocultos. Solo veía la parte superior de las rocas que intentaba evitar. Zoe remaba con las manos, con poca esperanza. La canoa iba a estrellarse.

Sorprendentemente serena ante la magnitud del desastre, Zoe se daba ánimos cuando el kayak chocó contra una roca sumergida. El golpe inclinó la canoa a un lado. Zoe se tiró hacia el otro para equilibrarla. Funcionó un instante, pero un golpe de viento bastó para hacerla volcar.

La inmersión en el agua gris y helada la dejó sin aire. Tuvo un momento de pánico, agitando los brazos para salir de debajo de la canoa, luchando contra su ropa, que tiraba de ella hacia abajo. Cuando lo consiguió, salió a la superficie y tomó aire. Tras ella, la canoa se alejaba arrastrada por el agua cubierta de espuma, hasta caer por una pequeña cascada.

«Podría haber sido yo», pensó.

Pero saldría de allí. Si no, los mellizos se quedarían solos, la necesitaban. Centrándose en ese pensamiento y no en el frío que la calaba hasta los huesos, empezó a nadar hacia la orilla opuesta. Zoe

era buena nadadora y no tenía miedo al agua, pero aun esforzándose al máximo avanzaba muy despacio.

Mientras nadaba le pareció oír un sonido por encima del rugir del agua y el de su propio corazón, pero no permitió que la distrajera. No podía parar. Tenía que seguir. Cada segundo que perdiera, los mellizos... Se negó a pensar en eso.

–Concéntrate, Zoe –se dijo, pero en ese momento le entró agua en la boca y, tosiendo, sumergió la cabeza.

Alguien tiró de ella y la sacó del agua sin ninguna ceremonia. Desorientada, se encontró tirada en el fondo de lo que parecía una motora.

El barco giró de repente, lanzándola contra el asiento de madera. Entonces recordó que los niños estaban ahí fuera, en algún sitio.

Empezó a llorar en silencio, sollozos que hacían que su cuerpo entero se estremeciera.

Una vez el barco estuvo en aguas abiertas, lejos del peligro de las rocas, Alejandro paró el motor y se volvió hacia el bulto empapado y miserable que ocupaba el fondo del barco.

Sintió una terrible opresión en el pecho, parecida a la que había sentido al ver desaparecer su cabeza bajo el agua, pero menos devastadora.

–¿Que diablos creías que hacías? –rugió.

Ella reconoció la voz pero pensó que estaba soñando. Se apartó el pelo de la cara. ¡Era él! Alejando, furioso, empapado y en absoluto vestido para salir a navegar.

–Alejandro, ¿cómo...? –eso daba igual–. No –gimió, agarrando su pierna–. Tengo que volver.

–¿Quieres que te tire al agua? No me tientes –gruñó él, volviendo a verla desaparecer bajo el agua y sintiendo ese mismo puñetazo de miedo visceral en el estómago.

–No, Alejandro. Creo que los mellizos...

Puso las manos en sus hombros y tiró de ella para sentarla en el banco de madera, junto a él. Parecía menos enfadado. Tiritando con tanta fuerza que le castañeteaban los dientes, Zoe aferró las solapas de su chaqueta. Estaba frenética por comunicarle la urgencia de la situación.

–Los mellizos...

–No, Zoe.

–Escucha, ¿quieres?

–Los mellizos están con Alex que, admito, no es la persona más adecuada –agarró sus manos–. De hecho, podría estar enseñándolos a jugar al póker en este momento. Pero están a salvo.

Zoe parpadeó y movió la cabeza, intentando despejar la neblina de su cerebro.

–¿Los mellizos están bien? –sin esperar respuesta, hundió el rostro en su pecho y empezó a llorar a lágrima viva.

Él abrió los brazos y miró el pelo revuelto. Su ira se había esfumado y se negaba a reconocer que el sentimiento que la había sustituido era ternura. Lo desgarraba su llanto. Finalmente, sus gemidos lo rindieron; la rodeó con sus brazos y atrajo su cuerpo a la calidez de la del suyo.

–¡Madre de Dios!, eres una idiota, una lunática. Haces que quiera, haces que sienta... –calló. Ella le hacía sentir demasiado. Metió los dedos entre el cabello empapado y la dejó llorar.

Había dejado de resistirse al deseo sexual que sentía por ella. El deseo físico era normal. Era algo que entendía y aceptaba, no una debilidad. No le exigía renunciar al control, no requería confianza. Él la deseaba según sus términos y así la tendría. No caería en la trampa de permitir que los sentimientos le nublaran el juicio.

Él no era su padre.

Poco después, Zoe se enderezó, parpadeando como alguien que acabara de despertarse. Tragó saliva y movió la cabeza cuando él se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros.

–Está mojada, pero es mejor que nada.

–Lo siento –el forro de la chaqueta aún estaba caliente. Zoe estaba avergonzada de haberse derrumbado así. Siempre quedaba como una tonta cuando estaba con él–. Pensé que habrían venido al río –le temblaron los labios–. Habíamos ido a la feria de artesanía del parque. Se nos hizo tarde y volvíamos al coche corriendo, porque temía que se lo llevara la grúa, creí que me seguían.

Se apartó el pelo mojado de los ojos y apretó las manos contra las sienes antes de volverse para mirarlo. Él había puesto la motora en marcha y volvía hacia el embarcadero.

–¿Por qué diablos te metiste en el agua? ¿Tienes instintos suicidas?

–Los mellizos...

–¿Qué les habría ocurrido a los mellizos si te hubieras ahogado? –Alejandro se obligó a no suavizar su expresión cuando Zoe palideció. El único color de su rostro era el dramático azul de sus ojos y el tono amoratado de sus labios.

–No iba a ahogarme –protestó ella.

Molesto por su falta de remordimiento y porque no reconociera el egoísmo de su temeridad, Alejandro sintió la tentación de tirarla al agua otra vez.

–Mi error –rechinó entre dientes–. Ahora ya veo que tenías la situación controlada.

–No, en serio, soy buena nadadora –ella clavó la mirada en el nervio que pulsaba en la mejilla de él–. Es obvio que te estoy muy agradecida, pero...

–Pero en realidad no necesitabas mi ayuda –él encogió los hombros, apagó el motor y, sorteando otras embarcaciones, guio el barco al muelle, bajó de un salto y lo amarró.

–Te estoy muy agradecida, Alejandro. Es una suerte que tuvieras un barco.

–No tengo barco –una leve sonrisa destelló en su rostro–. Al menos no aquí.

–¿Y este? –Zoe se levantó y tuvo que volver a sentarse. Aún le temblaban las rodillas.

–Lo he pedido prestado –dijo Alejandro, recordando la defensa de Georgie.

–¡Lo has robado! –exclamó ella–. Pero supongo que era una emergencia –añadió, para no parecer desagradecida otra vez.

–¿Por qué pensaste que estaban en el río?

–Georgie quería montar en canoa y le dije que no. Georgie es muy...

–¿Cabezota?

–No discutió, y eso no es propio de ella. Decirle que no es como agitar un trapo rojo ante un toro. Tendría que haberlo supuesto.

Alejandro le ofreció una mano y, tras un titubeo, la aceptó. Se puso en pie, pero el barco se movió y ella tuvo que dar un salto hacia el muelle. La chaqueta que llevaba sobre los hombros cayó al agua. Ella, sin pensarlo, se estiró para agarrarla.

Un brazo de puro acero rodeó su cintura y la obligó a apartarse

del borde.

–¿Qué demonios haces, mujer? ¿Te atrae la idea de morir? Te aviso que una vez es mi límite a la hora de sacar a maniacas suicidas del agua.

Zoe no se resistió. Permitiéndose el lujo de sentirse a salvo, se apoyó en el enorme y fuerte cuerpo. No iba a ahogarse y los mellizos estaban bien. Seguía tiritando de frío, pero estar entre sus brazos la protegía del viento. La sensación de seguridad era una ilusión, pero muy agradable.

–Tu bonita chaqueta –gimió ella.

Alejandro apoyó la barbilla en su cabeza, atónito porque ella pensara en la chaqueta.

–Tengo más –la mujer necesitaba ayuda profesional. Cambió de postura para aliviar la presión que sentía en la entrepierna y pensó que no era la única que la necesitaba.

Capítulo 7

El hombre que lo tiene todo –musitó ella.

–Has leído el artículo.

Hacía dos semanas, un periódico le había dedicado gran parte de su suplemento dominical. *El hombre con el toque de Midas* le había parecido poco original y un ejemplo perfecto de la ineptitud de la prensa: diez páginas que no decían nada nuevo.

Suponía que era cierto que lo tenía todo. Pero para Alejandro la riqueza no representaba lujo ni autoindulgencia, solo la libertad para vivir como quería. ¿Lo convertía eso en un egoísta? ¿Le hacía feliz? Se preguntaba si alguien era feliz.

Movió la cabeza. No era momento de debates filosóficos, sino de actuar con decisión. La prioridad era librar a Zoe de sufrir una hipotermia. No tardó en considerar las opciones. Como había dicho el articulista, Alejandro era un experto en la toma de decisiones.

–Chloe me prestó su ejemplar –admitió ella entre castañeteos de dientes–. Todo el pueblo compró el periódico, se agotaron los ejemplares. Eres el héroe local, y ahora lo eres de verdad.

–Incluso aunque no necesitaras mi ayuda.

–De verdad que te lo agradezco –hizo una mueca–. ¡Para! No puedes... Por favor, déjame en el suelo. ¡Puedo andar!

–¿No volverás a saltar al río? –sin hacer el menor caso, echó a andar con ella en brazos.

–No seas idiota.

–Estás helada. Necesitas secarte y entrar en calor.

–Necesito ver a los mellizos.

–¿Crees que sería buena idea con el aspecto que tienes? Les darías un susto de muerte –predijo él–. En el caso de Georgie no estaría mal, pero Harry tendría pesadillas durante meses si te viera en este estado –arqueó una ceja–. ¿No vas a decirme que no sé nada de niños y que me calle?

Zoe sacudió la cabeza. Había resumido el carácter de los mellizos de un plumazo.

–Tienes razón. Soy yo quien no sabe nada de cómo educar a los niños –gimió.

Él resopló con exasperación y la levantó más, sin aparente esfuerzo. En cualquier otro momento, Zoe se habría sentido impresionada, no era precisamente pequeña.

–Te prefiero cuando eres grosera y te pones a la defensiva. Esta autoflagelación me aburre.

–Oh, siento mucho aburrirte –rezongó ella cuando, de repente, la dejó en el suelo.

–Eso está mejor –aprobó él con una sonrisa–. Ven, necesitas un baño caliente y una copa de coñac –rectificó de inmediato–. Bueno, mejor sin copa, porque podría darte por besar al conserje; también tienes que cambiarte de ropa antes de ver a tus sobrinos –puso una mano en su codo y la llevó hacia el lujoso hotel que había junto al río.

–Sí, supongo que llevas ropa escondida en el bolsillo... –intentó sonreír pero temblaba demasiado–. ¿Dónde está tu coche?

–En casa. Alex llevó a los mellizos a Ravenwood. Le llamaré y él les dirá que llegaremos dentro de un rato.

–Bromeas, ¡nada de eso! –clamó ella, comprendiendo su intención. Miró la fachada del hotel de cinco estrellas que atraía a tantos turistas. Había pensado más de una vez que le gustaría probar el restaurante, ¡pero no con ese aspecto!

–¿Por qué iba a bromear?

–No podemos entrar ahí con esta pinta –lo miró y comprendió que él sí podía, aún empapado tenía la presencia necesaria. Ella no.

–¿Por qué no?

–Mírame –señaló su ropa chorreante y embarrada–. Me echarán antes de que cruce el umbral –dio un paso atrás, negando con la cabeza–. Y que me lleves en brazos no cambiará nada –le advirtió.

Eso solo le aceleraría el pulso. Sabía que pasaría horas reviviendo la sensación de que él la llevara en brazos. Sospechaba que hasta las mujeres más liberadas habrían puesto pocas pegas a la experiencia si los brazos eran de Alejandro.

Se preguntó cómo se habría sentido si él no lo hubiera hecho por motivos prácticos, si ella no estuviera empapada y él no fuera su jefe.

–No iba a ofrecerme a hacerlo. La verdad es que pesas bastante,

sobre todo mojada –sonrió al oír su resoplido indignado–. ¿Quién crees que va a impedirnos entrar?

–Llévame a casa Alejandro –Zoe, mareada, se llevó las manos a la cabeza–. Me di la vuelta y no estaban allí, y yo...

Alejandro, viendo sus labios amoratados, siseó una imprecación antes de agarrar su barbilla y alzar su rostro. Tenía que mantener la objetividad.

–Escucha, la adrenalina era lo que te mantenía en pie, y ya no te queda una gota.

–La verdad es que me siento un poco...

–Y lo pareces –miró su piel pálida como el mármol–. No has conseguido ahogarte y ahora quieres morir de hipotermia –el esfuerzo por ocultar su preocupación hizo que su voz sonara fría y plana–. Necesitas quitarte esa ropa mojada.

No había terminado de decirlo cuando una serie de imágenes indeseadas asaltaron su mente. El contacto piel a piel era el mejor tratamiento contra la hipotermia. La lujuria endureció su cuerpo. ¡Se estaba convirtiendo en una triste versión adulta de un adolescente ansioso de sexo! Eso no era tolerable en un hombre que se enorgullecía de su autocontrol. Solo recuperaría la cordura pasando una semana en la cama con Zoe.

Suspiró. El primer paso para resolver un problema era reconocer que existía. Lo había hecho. El siguiente era tratar el problema como cualquier otro, con lógica y objetividad. Por desgracia, su ama de llaves le hacía olvidar ambas cosas. ¡Había robado un barco, por Dios!

–Sé lo que estás pensando –dijo Zoe, sonándose la nariz con el pañuelo húmedo que él le había ofrecido.

Él no podía dejar de admirar el contorno de sus pechos bajo la camiseta empapada, que delineaba a la perfección sus pezones erectos.

–Lo dudo mucho, querida –dijo.

–Piensas que no soy capaz de cuidar de un gato, y menos aún de dos niños –sollozó ella.

Alejandro se limitó a mirar su reloj de pulsera, lo que provocó un siseó de rabia de Zoe.

–¡Cuánto lo siento! ¿Te estoy haciendo perder tiempo? –dijo ella. Era obvio que sus problemas lo aburrían mortalmente, pero

aun así lo deseaba.

–En absoluto. Sigue autocastigándote si quieres –la animó. Zoe se mordió el labio para dejar de temblar–. Pero ¿te importaría que siguiéramos con esta conversación bajo techo?

Zoe miró la entrada del hotel. La luz dorada que veía tras la puerta parecía cálida y acogedora; la verdad era que tenía mucho frío, pero sabía que tenía aspecto de rata medio ahogada.

–No puedo –esperó a que la contradijera.

–Puedes y lo harás –él agarró su mano–. Necesitamos una habitación –¡era imprescindible!

–No puedes entrar ahí y reservar una habitación para unas horas –Zoe arguyó lo obvio, al menos a su modo de ver.

–¿Por qué no? La gente lo hace. Ah, ya veo –se rio–. Temes que tu reputación quede arruinada si te ven entrar a un hotel con un hombre.

–Claro que no. Nadie va a pensar eso de ti... de mí... de nosotros... A no ser que tu costumbre sea medio ahogar a una mujer antes de que practique el sexo contigo.

–Hasta ahora no me había hecho falta.

Sin darle tiempo a replicar, la arrastró escaleras arriba. La calidez del vestíbulo la golpeó como un muro; también las miradas, miles a juicio de Zoe, que se clavaron ellos.

Pero, tal y como él había predicho, nadie intentó detenerlos. Habría hecho falta alguien con mucho coraje para contrariar a Alejandro, que había adoptado esa expresión que ella, en privado, denominaba «al infierno con todos vosotros». Era probable que ella fuera el objetivo de su antagonismo, no dudaba que había arruinado sus planes para el día.

Era impresionante que Alejandro pareciera inmune a las miradas y comentarios que originaba su paso hacia el mostrador de recepción. Lo envidiaba. Seguramente estaba acostumbrado a atraer la atención dondequiera que fuera. Mirándolo de reojo, no le quedó duda de que se la merecía.

No podía negar que era un hombre guapísimo, tenía el rostro y el cuerpo perfectos, junto con un aura oscura e indefinible. Seguridad, arrogancia, fuera lo que fuera, lo tenía a pesar de estar salpicado de barro y necesitar un afeitado. La imagen de pirata peligroso no disminuía en absoluto su atractivo.

«Es lógico que la gente lo mire», pensó Zoe, pisando el bajo de sus vaqueros empapados; el tropezón era su justo castigo por mirar a un hombre y no fijarse en dónde ponía los pies.

Al oír una risa, alzó la barbilla. «Al diablo con esto», pensó, dirigiendo una mirada asesina a quien se había reído. El culpable desvió la mirada antes que ella. Zoe sonrió y miró al frente.

Como no podía desaparecer, más le valía copiar la actitud altanera de Alejandro aunque no tuviera tanto estilo como él.

–¿Puedo ayudarlo, señor? –el gerente del hotel, según anunciaba la insignia que llevaba en la solapa, los interceptó en el vestíbulo y, obsequioso, los llevó al mostrador de recepción.

Una vez allí, Alejandro expuso sus requisitos como si no se diera cuenta de que todos se desvivían por cumplir sus deseos. Ella pensó que su vida debía de ser así: dar órdenes imposibles que la gente se mataba por satisfacer.

–Enseguida estaré contigo –le dijo él poco después a la temblorosa Zoe–. Tú ve subiendo.

El gerente reapareció con una enorme manta que, tras el gesto de aprobación de Alejandro, colocó sobre los hombros de Zoe con reverencia.

–Jeremy la acompañará, señorita –dijo.

El uniformado Jeremy la condujo a un ascensor de cristal que, según dijo, era de uso exclusivo para la suite del ático. Zoe estuvo a punto de soltar una carcajada. Era consciente de que, si no hubiera estado con Alejandro, no la habrían dejado cruzar la puerta de entrada.

Antes de que se cerrara la puerta del ascensor, Alejandro se volvió y le ofreció una sonrisa que le aceleró el corazón.

–He tenido un pequeño accidente en el río –le dijo al botones. Sonrió al darse cuenta de que, si Alejandro hubiera estado allí, le habría asombrado e irritado que le diera explicaciones a un empleado de hotel. Jeremy no dijo nada.

Cuando se cerró la puerta de la suite, Zoe fue al cuarto de baño, consciente de que iba dejando un rastro de huellas húmedas y embarradas. Nunca había visto nada igual excepto en el cine. Parecía el decorado de una película antigua, en la que ella debería lucir un vestido largo y seductor.

Se miró e hizo una mueca de horror. Mientras se quitaba la ropa

empapada se esforzó por evitar los múltiples espejos que la rodeaban. Sin duda, era una habitación para gente sin complejos.

Ya desnuda, se atrevió a escrutar su imagen: piernas largas y un vientre levemente redondeado. Aunque le habría gustado tener unos centímetros más de pecho y más carne sobre las caderas, Zoe estaba satisfecha con su figura.

Se preguntó si un hombre también lo estaría.

Entrecerró los ojos y se pasó una mano costado abajo. Tal vez su primer amante pensaría que sus caderas eran demasiado estrechas, o su trasero demasiado… Dejó caer la mano al comprender que el hombre que se imaginaba viéndola desnuda ¡era Alejandro!

Su amarga carcajada no evitó que una oleada de vergüenza calentara su piel helada.

Negándose a pensar en el hombre que no solo había invadido su vida, sino también su subconsciente, evitó la enorme bañera de cobre, pura fantasía, y optó por lo más práctico: la ducha que había tras una pared de cristal.

Bajo el chorro de agua caliente, se obligó a pensar en cosas prácticas, como cuánto costaría pasar una noche allí. Tal vez Alejandro le descontaría la factura de su sueldo.

–¡No! –burbujeante de miedo e ira, empezó a frotarse con una esponja. Odiaba que ese hombre invadiera cada uno de su pensamientos.

Cuando dejó caer la esponja, su piel relucía, rosada. Se lavó el pelo y después se quedó bajo el chorro de agua como una estatua de alabastro, con los ojos cerrados y la mente en blanco.

Cuando salió de la ducha y oyó ruidos en la sala de estar, volvió a tensarse.

«Por Dios bendito, Zoe, ¡contrólate!», se dijo con impaciencia. «Él te gusta, ¿y qué? Medio mundo lo adora, así que no tienes nada de especial, aparte de que él opine que eres una idiota incompetente». Agarró uno de los albornoces. «Y su empleada. Él no devuelve los besos a las empleadas que lo tientan». Y no iba a olvidar eso en mucho tiempo

Inspiró profundamente, ató el cinturón del albornoz y se echó el pelo mojado hacia atrás.

Cuando volvió al salón resultó obvio que había habido mucha actividad en su ausencia. La mesa que estaba ante el balcón estaba

puesta con cubertería de plata y mantel y servilletas de lino. Parecía una típica escena destinada a la seducción. Supuso que el servicio de habitaciones había llegado a conclusiones erróneas.

–¿Te encuentras mejor? –preguntó Alejandro, que estaba sentado en un sillón.

Ella giró en redondo, no lo había visto hasta ese momento. «Lo estaba, pero ya no», pensó, sintiendo que un cosquilleo recorría su cuerpo de pies a cabeza. Forzó una sonrisa educada.

–Sí, gracias. Eso huele muy bien –señaló con la cabeza la fuente cubierta que había en la mesa.

No tardó en darse cuenta de que, si bien Alejandro estaba guapo vestido, estaba mucho mejor desnudo, o casi desnudo. Llevaba un albornoz parecido al suyo, pero el suyo le llegaba a medio muslo y dejaba a la vista demasiada piel.

–Casi he ido a buscarte.

Había requerido toda su fuerza de voluntad y el flujo constante de camareros no seguir el sonido del agua y de sus propios instintos.

Él se había dado una ducha fría, que había aliviado temporalmente su agonía, pero desde que la había visto entrar, recién lavada y envuelta en un albornoz que la cubría hasta los tobillos, solo podía pensar en tirarla sobre la cama. Su deseo no era sutil; era salvaje y primario.

–Solo necesito que me rescaten una vez al día –sus labios esbozaron una sonrisa, pero sus ojos evitaron el contacto con los de él–. ¿Has llamado a Alex? –preguntó ella, con tanta profesionalidad como pudo. Se pasó la lengua por los labios.

–Sí, le ha pedido a Rowena que fuera a ocuparse de los niños.

–Rowena –Zoe suspiró con alivio–. Gracias.

Alejandro la miró, desde los pies descalzos a la cabeza mojada. Lo que había entremedias estaba cubierto por un esponjoso albornoz blanco, pero la sugerencia de curvas, la idea de la piel suave que ocultaba, desató su imaginación.

–¿Qué quieres? –Alejandro fue hacia la mesa y levantó la tapa de una de las bandejas.

«A ti en un sándwich», pensó ella. No lo dijo.

–Gracias, pero no puedo comer. Tendría que volver ya –«antes de hacer algo muy estúpido».

–¿Por qué? –parecía irritado por su respuesta–. Los mellizos

están en buenas manos. ¿O es que no te fías de Rowena?

–No se trata de eso –Rowena era muy capaz. Sus padres habían sido buenos amigos de Dan y de Laura, y los mellizos la adoraban–. Es solo que no quiero aprovecharme.

Su hermana y su cuñado habían tenido muchos amigos y era bueno saber que podía recurrir a ellos en caso de emergencia. Pero también era importante saber defenderse sola y no hacerse dependiente. Lo miró a los ojos, pensando que tampoco quería encapricharse de nada.

Él arqueó una bien delineada ceja color ébano. Todos los rasgos de su rostro eran fuertes.

–¿Has dicho que no alguna vez cuando te han pedido un favor? No, claro que no. Pero, si te lo hacen a ti, pasa a ser «aprovecharse», ¿es eso? –burlón, imitó la voz temblorosa de ella.

–Me alegra ser motivo de risa para ti –dijo Zoe con un nudo en la garganta.

–No me estoy riendo. Admiro la independencia, pero no cuando se transforma en pura cabezonería –alguna vez se preguntaba cuándo dormía ella, si lo hacía. Su mirada crítica observó las sombras moradas que tenía bajo los espectaculares ojos. Estaba esforzándose por realizar un trabajo para el que no estaba preparada, esforzándose por ser la tutora perfecta. Era admirable pero imposible. La mujer tenía que aceptar sus imperfecciones, ¡él lo había hecho!

Darse cuenta de eso impactó a Alejandro. Ella le provocaba sentimientos que se negaba a reconocer como ternura protectora. Se negaba porque era una emoción que asociaba con la debilidad. Eso lo airaba. ¡Ella lo airaba!

–¿Qué intentas demostrar, Zoe? –preguntó con voz dura.

–¡No intento demostrar nada!

Observó cómo él se sentaba y recostaba en el sofá de cuero. Estiró las largas piernas y cruzó un tobillo por encima del otro. La piel velluda de sus musculosas pantorrillas, se veía muy oscura junto al blancor níveo del albornoz. Ella no llevaba nada debajo del suyo. Se preguntó si él… Cortó esa especulación de lleno, antes de entrar en terreno peligroso.

–En ese caso, deja de hacerte la mártir durante cinco minutos y haznos a todos un favor.

–Aquí solo estamos tú y yo –protestó ella con enfado. Apretó los puños para controlarse.

–Exacto, y yo no lo contaré si te caes de tu pedestal de progenitora perfecta. Solos tú y yo, ¿qué podría ser más acogedor?

–Oh, no sé, ¿qué te parecería hacer parapente sobre un volcán en erupción?

Aun sentado, silencioso y relajado, había en él algo explosivo. Zoe tenía la impresión de que, en un instante, podía estallar y entrar en acción.

Él soltó una risa grave, pero volvió a ponerse serio antes de hablar otra vez.

–¿Planeas poner tu vida en suspenso durante los próximos diez o quince años?

–¡Quince años! –resopló–. No pienso más allá de las facturas del mes que viene –no entendía que eso le enfadara–. Soy madre soltera. Mi prioridad son los gemelos.

–Tengo entendido que los padres solteros también practican el sexo.

Capítulo 8

Zoe parpadeó y el rubor tiñó sus mejillas.

–¿Desde cuándo estamos hablando de sexo? –su frágil compostura se había hecho pedazos.

–Es parte de una vida sana y bien equilibrada. Siempre estamos hablando de sexo, incluso cuando hablamos del tiempo. Es el subtexto.

–Estaba borracha aquel día –protestó ella, cortante.

–Ahora no lo estás –no tenía ninguna razón para comportarse como un caballero–. Y yo no soy un adolescente. Estoy cansado del juego –además, la frustración lo estaba matando.

Había encontrado una solución viable. Solo tenía que vendérsela. Alejandro no dudaba de su capacidad de hacerlo. Esa era su especialidad: vender ideas; crear paquetes que hacían que todos los implicados pensaran que hacían un buen trato.

Zoe había anticipado su ira. Al fin y al cabo, él la veía como un incordio de primera categoría. Pero no había imaginado ese nivel de furia subyacente. Incluso cuando le había gritado en el barco, había habido cierta amabilidad, casi ternura en su rapapolvos.

En ese momento, su delgado y guapo rostro no mostraba ni un ápice de ternura. El brillo de sus ojos era frío y calculador. Zoe se estremeció.

–Yo no juego –protestó–. ¡Y creo que alguien que cambia de novias como de calcetines y jamás las ve durante el día no está cualificado para sermonearme sobre lo que constituye una vida sana y bien equilibrada!

Dicho eso, se sentó en el otro sofá, frente a él. Se arrebujó en el albornoz como si fuera una tienda de campaña y subió las rodillas hasta el pecho. Le ardían las mejillas.

–Obviamente, cómo vivas tu vida no es asunto mío, pero lo mismo ocurre al revés. Trabajo para ti, pero eso no te da derecho a criticar mi estilo de vida a no ser que me incapacite para mis tareas.

–Perdón por pasarme de la raya –farfulló él, inclinando la

cabeza con un falso gesto de disculpa–. Pero creo que esa raya ha estado borrosa entre nosotros desde el primer día.

Con la vista clavada en la curva de un suave hombro, que el albornoz había dejado a la vista, soltó el aire con un resoplido. Combatió el pinchazo de lujuria centrándose en el trastorno que esa mujer había causado en su vida, en lugar de en cuánto anhelaba acariciar su piel.

La situación en la que se encontraba era culpa suya. Había roto una regla fundamental. Había permitido que los límites se difuminaran; necesitaba una separación estricta entre sus vidas personales y profesionales.

–Sé que te di una primera mala impresión, pero tenía la esperanza de que a estas alturas ya habrías visto que soy capaz de...

–¿De ahogarte? –volvió a ver la imagen de ella hundiéndose bajo el agua y revivió el pánico.

–No –le lanzó una mirada de reproche–. De ser una buena ama de llaves.

Él soltó una risa que a Zoe le sonó muy cruel.

–Eres un ama de llaves pésima.

Una parte de ella odiaba el deseo de llorar. Contuvo las lágrimas concentrándose en la parte de ella que deseaba tirarle algo a la cabeza.

–He cometido algunos errores –concedió.

–¡Algunos! –las cejas de él se dispararon hacia arriba–. Eres incapaz de dar la instrucción más básica, te crees cualquier melodrama que te cuentan y animas a la gente a aprovecharse de ti.

–Pienso mejor de la gente que tú. Confío en ella.

–Lo sé, por eso estás despedida.

No había pretendido darle la noticia con tanta brusquedad, pero la mezcla de necesidad y frustración había cortocircuitado su sutileza. No era fácil ser diplomático cuando su mente no dejaba de rememorar la pesadilla de verla hundirse en el agua. Se enorgullecía de su capacidad de aplicar la lógica en cualquier situación, pero durante un instante, aun sabiendo que llegaría antes con el barco, había estado a punto de seguir su instinto y lanzarse al agua.

Imposible saber lo que habría ocurrido si lo hubiera hecho. Ella decía que era buena nadadora, pero Alejandro sabía lo que había

visto. Aunque él mismo era buen nadador, quedaba el interrogante de si la habría alcanzado a tiempo.

Tal vez ambos se habrían ahogado.

Ella, se levantó de un salto, rígida y a la defensiva, negándose a aceptar el miedo gélido que le atenazaba el estómago. Juntó las manos, soltó el aire lentamente y se echó el pelo mojado hacia atrás.

–¿Qué has dicho? –preguntó con tono de voz sereno. Era obvio que había oído mal, nadie podía ser tan brutal, tan absolutamente vil.

–Estás despedida.

La desesperación superó a su ira y Zoe se derrumbó.

–De veras que estoy intentando...

–No supliques, Zoe. El asunto no está abierto a discusión.

Ella se mordió el labio.

–Da igual cuánto lo intentes. No sirves para el papel de ama de llaves. Creo que será mejor acabar con esto ya. No eres el tipo de ama de llaves que necesito –«eres el tipo de sexo que necesito», añadió para sí.

–Podría serlo –el pánico dio a su voz un tono chillón–. Es solo que no puedo relajarme cuando estoy contigo... –captó la mirada de él y se apresuró a concluir–. Porque eres mi jefe.

De repente, él se hartó de la simulación. Apretó los sensuales labios y la silenció con un movimiento de cabeza, antes de levantarse.

–Esta situación no tiene nada que ver con que pague tu sueldo. Una intensa conexión sexual hace que nuestros encuentros sean todo menos relajantes, sobre todo cuanto tú te esfuerzas tanto en simular que la conexión no existe.

Zoe abrió la boca para protestar, pero sus ojos se encontraron con los de él. Su mayor miedo había sido que él adivinara lo que sentía, y lo había hecho. No tenía sentido negarlo.

–¿No te resulta agotador, Zoe? –preguntó él con voz suave.

Ella se quedó muda, mirándolo. Por dentro se moría de vergüenza. Su jefe le estaba diciendo que sabía que lo deseaba en secreto. ¿Qué podía contestar a eso?

La resolución de él se tambaleó. Parecía tan pálida, tan vulnerable. Pero solo duró un instante. Otro mes como ese y

acabaría loco de remate.

–Solo puedo suponer que has tenido problemas en el pasado con tus empleadas y… sus enamoramientos, pero te prometo que estás a salvo de mí.

Él no quería estar a salvo de ella.

–Me alegra saberlo, pero sigues despedida.

Ella dio un respingo. El bastardo lo había dicho como si hablara del tiempo. La ira se removió en su interior.

–Porque no me gustas.

–Si eso fuera verdad, no habría problema.

–Aunque tuvieras razón, yo también tengo mis reglas –lo miró con desagrado–. Y la primera es no practicar el sexo con un hombre a quien no respeto. ¡Créeme, eso te borra del mapa, gusano despreciable!

Él soltó una risa grave y rasposa.

–¿Por qué no me despediste ese primer día? –eso habría sido malo, pero esto era peor. Pensando que su trabajo estaba asegurado, se había permitido relajarse, había tenido estúpidos y ridículos pensamientos sobre él, imaginado que podrían llegar a… ¡Estúpida, estúpida, estúpida! Estaba tan enfadada consigo misma que deseaba gritar. Inspiró profundamente y lo miró con odio.

–No te despedí entonces porque mi empresa está en mitad de unas delicadas negociaciones que podrían significar mucho… –hizo un gesto con la mano–. No te interesa el porqué, pero el éxito del trato supondría alrededor de mil puestos de trabajo en un periodo de cinco años.

–¿Qué tiene eso que ver conmigo?

–Tenía que proteger el nombre de mi empresa. Cualquier publicidad negativa haría que los clientes echaran a correr; que hubiera despedido a una mujer porque utilizó mi propiedad para un evento benéfico habría sido el peor tipo de publicidad posible.

–No entiendo de qué estás hablando –la combinación de ira y pánico le había impedido procesar más de dos o tres palabras.

–Porque eres una ingenua.

Ella se preguntaba cuánto durarían sus ahorros, ¿un mes o dos? ¿Qué iba a hacer después?

–Te odio –escupió con veneno en la voz. Se agarró a una mesita auxiliar, temiendo que le fallaran las rodillas. Ese golpe después de

lo ocurrido ese día estaba teniendo consecuencias físicas además de mentales.

–Cálmate. No tienes por qué reaccionar así. No es como si te gustara el trabajo.

Ella se preguntó en qué planeta vivía él.

–No todos podemos hacer trabajos que nos gusten. Algunos trabajamos para poder sobrevivir –se pasó la mano por la frente, volviendo a sentir un ataque de pánico.

–¿Quieres dejar de actuar como si fueras la heroína de un melodrama y yo el villano?

Ella lo miró con incredulidad y movió la cabeza. Lo decía como si ella estuviera reaccionado de forma exagerada.

–¿Si es blanco y en botella...?

–Calla un momento y déjame explicarme –puso las manos en sus hombros y presionó para obligarla a sentarse–. No te voy a echar. Sugiero que te traslades al final del camino, nada más.

–¿De qué estás hablando?

–De la casita del guarda –había tenido la solución ante las narices desde el principio. No sabía cómo no se le había ocurrido antes.

–¿La que acabas de decorar?

El edificio en cuestión no se había reformado en un primer momento porque habían rechazado su propuesta de ampliación, pero eso se había resuelto recientemente. Los constructores habían terminado hacía dos semanas y los decoradores el día anterior.

–¿Si no trabajo para ti cómo voy a...?

–Sugiero que los niños y tú os instaléis en la casita, pagando un alquiler nominal.

–¿Con qué? –sin trabajo no había dinero y ... No se atrevía ni a pensarlo. Los mellizos necesitaban un hogar y estabilidad; necesitaban una tutora que no perdiera su empleo.

Era una perdedora, ¡pero él era un bastardo!

–Una de mis amistades ha comprado una galería de arte. Busca a alguien que la dirija. Le he hablado de ti.

Recordó la atónita respuesta de Polly cuando le había explicado que la situación familiar de su inadecuada ama de llaves le impedía despedirla sin ofrecerle algún tipo de red de seguridad.

–¿Desde cuándo te preocupa despedir a alguien que no está a la

altura de su trabajo, Alejandro? ¿Y por qué le estás buscando un empleo a esa chica?

Ella había aceptado su explicación.

–Así que es un asunto de mala publicidad. Menudo alivio. Durante un instante –se rio–, ¡pensé que te habías convertido en un sentimental!

–Me ha ofrecido hacerte una prueba –le dijo Alejandro a Zoe.

–¿Qué te hace pensar que seré menos terrible dirigiendo una galería de arte que dirigiendo una casa? –preguntó Zoe con amargura.

–Tienes tendencias artísticas.

–¿Cómo puedes saber tú eso?

–¿No habías sido aceptada en Bellas Artes antes de que tu hermana y su esposo fallecieran?

–¿Cómo te has enterado? –Zoe lo miró con incredulidad.

–Tom debió de mencionarlo –se encogió de hombros y desvió la mirada.

–¿Por qué me ofrece el puesto esa persona?

–Se lo he pedido.

–¿Un trabajo permanente?

–Pocas cosas en la vida son permanentes, pero recibirías una buena indemnización por despido –le dijo con voz suave–. Suficiente para pagarte los estudios como habías planeado y emplear a una niñera mientras lo haces. Dan un excelente curso preliminar en la escuela universitaria local.

–No entiendo. ¿Por qué iba a pagarme la galería una... –arrugó la nariz– indemnización por despido?

–La pagaría yo.

–Pero no estaría trabajando para ti.

–Verdad –concedió él–. El caso, Zoe, es que la atracción es mutua. Te quiero en mi cama y soy un hombre que puede permitirse hacer sus fantasías realidad. Tú eres mi fantasía, Zoe.

Las cosas encajaron en su cabeza de golpe. Se puso de pie. Ya no temblaba ni sentía terror, estaba furiosa.

–Deja que lo entienda. ¿Estás diciéndome que sea tu... querida?

–Ese es un término anticuado.

–Yo soy una chica anticuada –él no imaginaba hasta qué punto. Alzó la barbilla y sus ojos azules destellaron con desprecio–.

Supongo que piensas que debería sentirme halagada. ¿No te parece un poco arriesgado? Nunca nos hemos acostado. ¿Cómo puedes saber si soy... buena en la cama?

–Eso es cosa de dos, y cuando una mujer tiembla de lujuria cuando la miro, estoy dispuesto a correr el riesgo.

–¡Dios mío! –gimió ella–. Crees que soy lo bastante superficial para querer acostarme con un hombre que está obviamente enamorado de sí mismo. Un hombre que solo tiene a su favor una cara guapa y un cuerpo más o menos bien hecho –cruzó los dedos a la espalda, porque lo último era mentira: tenía el cuerpo de un adonis.

–Sí, lo creo –paseó la mirada por las sinuosas curvas ocultas bajo el albornoz. Se le secó la boca al pensar en desatar el cinturón de la prenda.

A Zoe le costaba mucho simular que su sonrisa sexy no estaba teniendo ningún efecto. Sabía que el atractivo sexual no se basaba solo en el físico, pero la idea de ser la fantasía erótica de un hombre, y más de uno como Alejandro, era sobrecogedora. Tragó saliva y se puso las manos sobre el estómago; el cosquilleo que sentía en la pelvis no era debido al shock. Lo que él estaba sugiriendo era incorrecto en muchos sentidos, iba en contra de todos sus principios; sin embargo, la idea la excitaba. «¿Qué dice eso de mí?», pensó.

–Además, no hay por qué esperar. Esta es la oportunidad perfecta para descubrir si es tan bueno como creo que va a ser –señaló la enorme cama rebosante de almohadones.

Zoe sintió calor, frío y de nuevo calor.

–No voy a vender mi cuerpo.

–Bien, porque nunca he pagado por el sexo.

–¿Qué le llamas a lo que estás sugiriendo?

–Sugiero que retiremos la barrera que nos está impidiendo hacer lo que deseamos. Si dejas de estar en mi nómina, actuaremos como iguales.

–Nunca seré tu igual. ¡Siempre seré superior!

–¡Bravo! –farfulló él.

–¡No se te ocurra ser condescendiente conmigo! –apretó los labios–. ¿Y por qué te has inventado esa estúpida historia de la galería?

–No me la he inventado. Es verdad. Tengo una amiga que es propietaria de una galería.

–¿Una mujer? –Zoe sintió un pinchazo de lo que, por desgracia, parecían ser celos.

–Se llama Polly Warrender. Heredó un teatro de su esposo –todo el mundo había oído hablar del teatro Warrender–. Cuando se planteó comprar una galería de arte vino a pedirme consejo.

–Deja que lo adivine, te hizo caso y ganó una fortuna –Zoe simuló un bostezo teatral.

–De hecho, ignoró mi consejo, la compró y, sí, ganó una fortuna –sonrió–. Una pequeña.

–¿Así que te equivocaste?

–Has descubierto la grieta en mi armadura infalible –agarró uno de sus mechones húmedos y lo enredó en su dedo–. Hazme el favor de guardar el secreto –al soltar el pelo, rozó su mejilla.

Zoe, que había estado conteniendo el aliento, sintió una corriente eléctrica recorrer su cuerpo hasta la punta de los pies.

La voz de él era un suave y atractivo zumbido. Oía lo que decía, pero por encima de las palabras había un zumbido más alto, una combinación de los latidos de su corazón y el intenso deseo que fluía por sus venas mientras miraba la uve del pecho moreno, que contrastaba con el albornoz.

Necesitó todo su autocontrol para no tocarlo. Cerró las manos y las situó detrás de la espalda.

–Yo le recomendé la vieja iglesia que estaba en venta como posible ubicación para una nueva galería. Hacía tiempo que quería expandirse hacia esta zona, y me debe un favor. Es verdad que busca alguien que la dirija y tú tienes formación artística... Es perfectamente posible que vivas aquí, trabajes y hagas el curso preliminar.

–Y te divierta en la cama –rezongó con amargura–. Lo tienes todo bien planificado.

–El secreto del éxito es controlar las situaciones y no dejar que te controlen ellas a ti –apuntó él con una sonrisa.

«Sí, sigue diciéndote eso, Alejandro, si te hace sentir mejor», pensó. Lo cierto era que estaba fuera de control desde que había conocido a esa mujer. Desde el primer día había conseguido convertir su ordenada vida en un caos.

–No te atrevas a sonreír –ella movió la cabeza–. No pienso escuchar ni una palabra más.

Él agarró las manos que ella se había puesto en las orejas y se las llevó al pecho. Mirándola a los ojos, rozó su mejilla con los labios.

–Pero no me estás gritando –murmuró contra su boca.

Era verdad, Zoe apenas respiraba. Sentía el cuerpo raro y cosquilloso, como si no fuera suyo. Los brazos y las piernas le pesaban. Mareada, se agarró al albornoz de él. La prenda se entreabrió y las palmas de sus manos se posaron en la piel cálida y sintieron el golpeteo de su corazón.

El sentido común le ordenó que lo empujara.

–Esto no va a ocurrir –no sabía por qué susurraba. Tendría que estar gritando.

–Si tú lo dices, querida mía –hundió una mano enorme en su cabello húmedo, y la puso en su nuca. Enredó los largos dedos en el pelo mientras deslizaba el pulgar por su mejilla. Su aliento agitado le acariciaba el cuello.

A Zoe se le doblaron las rodillas, pero antes de que cayera al suelo, él rodeó su cintura con los brazos. Estaba tan cerca de ella que su rostro era un borrón oscuro. Veía el brillo depredador de sus bonitos ojos. Los de ella ardían, pero no podía parpadear, no podía desviar la mirada. Él agarró su labio inferior con los dientes y tiró con suavidad. Entonces ella cerró los ojos con fuerza y, dejando escapar un suspiro, abrió las manos sobre su pecho y las deslizó hacia arriba por la piel cálida, hasta llegar a los hombros.

Pero no empujó. Como si estuviera inmersa en un sueño, se aferró a él, que seguía sin besarla. El aroma masculino de su cuerpo invadió su nariz, anhelaba saborearlo. La necesidad la consumía, era tan fuerte que borraba cualquier otro pensamiento de su mente. Él irradiaba fuerza y poder, eso la excitaba una barbaridad, de una forma primitiva.

La necesidad y la lujuria ciega lo controlaban cuando alzó su rostro. Dios, llevaba deseando besarla lo que parecía una eternidad.

Deslizó la lengua entre sus labios entreabiertos y el cerebro de Zoe se apagó para dar paso al instinto. Su gemido se perdió en la calidez de su boca mientras aceptaba la sensual invasión.

Le devolvió el beso, bebiendo con ansia su sabor, deseando más,

deseándolo todo. Él la atrajo contra su cuerpo y, poniendo las manos bajo sus nalgas, la levantó del suelo. Sin pensarlo, ella rodeó su cintura con las piernas y tomó su rostro entre las manos.

–Dios, eres guapísimo, el hombre más bello del mundo.

Con un gruñido gutural, él devoró la boca de Zoe, besándola con desesperación, robándole el aliento y encendiendo una violenta pasión. Mientras le devolvía el beso con hambre salvaje y descontrolada, todo lo demás dejó de existir.

Ella clavó los dedos en los músculos de sus hombros y apretó las piernas alrededor de su cintura, luchando por acercarse más, unirse a él, fundirse en un solo ser.

Con ella en brazos él fue hacia la cama y se dejó caer. Zoe apenas era consciente de su peso sobre ella hasta que él se alzó.

Jadeando, con ojos oscuros como el cielo de medianoche, ella emitió un gritito de protesta. Luego vio la razón: arrodillado sobre ella, Alejandro se estaba librando del albornoz.

–¡Oh, Dios mío!

Era largo y delgado, su piel relucía como oro bruñido. Ni un gramo de carne de más suavizaba la silueta de su poderoso cuerpo. Cada hueso y cada tendón eran perfectos, como los de una estatua de bronce. Una estatua muy excitada.

Se mordió el labio inferior mientras una oleada de calor daba a su cuerpo un tinte rosado. El impacto inicial al verlo se transformó en una tensión lujuriosa e incapacitante, que cerró todos los circuitos lógicos de su cerebro.

–Si me miras así, querida, esto acabará antes de empezar –dijo él con voz ronca.

–Te deseo –musitó ella, arrodillándose–. Muchísimo –estiró el brazo y curvó los dedos sobre su erección, atónita por su atrevimiento. Sedoso y duro como una piedra, el miembro pulsó contra su mano–. Tocarte es... –lo miró fascinada– increíble.

–Demasiado –siseó él, agarrando su muñeca. La obligó a tumbarse de nuevo, se colocó a su lado y le dio un beso lleno de pasión y promesa que hacía innecesarias las palabras. Después alzó la cabeza y acarició su rostro, mirándola a los ojos, mientras desataba el cinturón de su albornoz.

–Eres exquisita, perfecta –murmuró, provocándole un voluptuoso placer. La recorrió con la mirada, bebiendo cada detalle:

pies estrechos, tobillos finos, piernas largas y vientre deliciosamente curvado. Hasta llegar a los adorables senos, tensos y firmes.

Colocó una mano sobre uno de ellos. Tenía una piel sin mácula. Olía el perfume del jabón y el leve pero inconfundible aroma almizclado de su excitación, que lo volvió loco.

Mientras masajeaba su piel, con tacto firme y sensible, deslizando el pulgar lentamente sobre los pezones erectos, Zoe gimió y murmuró su nombre. Echó la cabeza hacia atrás, hundiéndola en la almohada. El placer era muy intenso, inexplicable; cerró las manos con fuerza, notando que perdía el control.

Después sintió su boca en los pechos, sus manos en el cuerpo, despertando sus sentidos. Con un leve suspiro de rendición, se entregó al deseo que surcaba sus venas como vino templado. Casi tenía ganas de reír de puro alivio. Nunca habría imaginado que perder el control, tener la confianza de cedérselo a otro, podía ser así.

Llevó las manos a su pelo oscuro y acarició sus musculosos hombros. Su fuerza, el dramático contraste entre sus ángulos duros y las suaves redondeces de su propio cuerpo eran más excitantes de lo que nunca había soñado.

Alejandro alzó la cabeza y le ofreció una sonrisa gloriosa, cargada de promesas. Besó su vientre y recorrió su piel con la lengua, hasta acabar justo encima del vértice de sus muslos.

El primer contacto de sus manos entre las piernas casi la hizo explotar. Dejó escapar un aullido y alzó las caderas de la cama. Todo su cuerpo temblaba de deseo; abrió la boca, pero solo podía pronunciar su nombre, una y otra vez.

Abrió las piernas en una muda invitación, para permitir que esos hábiles dedos acariciaran los pliegues húmedos e hinchados de su femineidad y el sensible botón que protegían.

El contacto fue como una descarga eléctrica. Arqueó la espalda y, cuando volvió a posarla en la cama, él se situó sobre ella. Se perdió en un cóctel de embriagadoras sensaciones físicas, una vorágine que ascendía en espiral. Cerró los ojos y luces brillantes estallaron tras su párpados.

Sus caderas se movían en círculos mientras se frotaba contra la erección que se clavaba en su muslo y después en su vientre. La

presión que crecía en su interior hizo que forcejeara y le mordiera el cuello mientras arrastraba los dedos por su espalda, hasta llegar a sus firmes nalgas.

–¡Por favor! –musitó, atrayendo su rostro para besarlo. No podía soportar la erótica fricción del miembro erecto ni un segundo más.

Con una sonrisa salvaje, la penetró. Ella soltó el aire de golpe, pero el gruñido de placer de él apagó el sonido. Cerró los ojos y, con el corazón desbocado, se concentró en el intenso placer de cada lento y medido movimiento de sus caderas, mientras lo sentía en su interior. Oleada tras oleada de sensaciones que ni había imaginado.

Al alcanzar el clímax, abrió los ojos de par en par, sorprendida por ese tsunami infinito.

–Perfecto, déjate llevar, mi bella –sostuvo su mirada mientras ella cabalgaba la ola. Esperó hasta que llegara al epicentro del torbellino antes de dejarse ir y embestirla una vez más.

Cuando Zoe volvió flotando a la tierra, estaba acurrucada en sus brazos, con la cabeza apoyada sobre su corazón y cada uno de sus miembros enredados con los de él.

–Bueno, eso sí que no lo había previsto. Recuerdo que dijiste que no aprobabas el sexo casual, pero nunca supuse que... ¿Tuviste alguna mala experiencia que te hiciera rechazar el sexo y que yo debería conocer?

Le parecía la única explicación posible para que una mujer tan apasionada y sexy como Zoe Grace fuera virgen. Y se había entregado por completo, sin negarle nada. Había percibido su pasión bajo la superficie, pero lo que había liberado lo había sorprendido y encantado casi tanto como descubrir que era su primer hombre.

–Ninguna mala experiencia, me he movido mucho y nunca tuve tiempo para iniciar una relación duradera. No lo digo porque esta vaya a serlo, claro –siguió una pausa incómoda. La avergonzaba admitir que, romántica como era, nunca la había atraído el sexo casual.

–Pero habrás tenido novios.

–Claro, no soy ningún monstruo. Pero mis novios siempre parecían pensar que no se me daban bien... ese tipo de cosas –su

última cita había culminado con una desagradable escena en la que el hombre que la había invitado a cenar la había acusado de ser una provocadora por no creer que el justo pago a una cena era una sesión de toqueteo en el asiento trasero de un coche.

–Creo que has tenido malas compañías –él soltó una risa incrédula.

–¿Y tú eres la compañía correcta? –lo retó ella. No tenía duda de que era el amante perfecto.

–A mí me ha parecido que sí.

–¿Y qué va a pasar ahora?

–Dame cinco minutos –sonrió él, malévolo.

–Quiero decir después de esto –se preguntó si había dicho en serio lo de que se trasladara a la casita con los mellizos.

Capítulo 9

Creí que lo había dejado claro.

–¿Y después? –Zoe sabía que Alejandro la deseaba, pero no esperaba que eso durase–. ¿Cuando deje de ser el plato fuerte del día?

–Ese día –ronroneó él, acariciando su brazo– tardará mucho en llegar, creo.

–Puede que no.

–Bueno, está previsto. Seguirás viviendo en la casita del guarda el tiempo que quieras. Diría que es una situación en la que ganas o ganas.

«Pero no vas a enamorarte de mí», pensó Zoe con tristeza. Ella llevaba semanas enamorada. Quedaría devastada cuando el romance acabara, pero, como eso iba a ocurrir en cualquier caso, ¿por qué no disfrutar de unas semanas de sexo delicioso y apasionado, al tiempo que obtenía cierta seguridad económica para los mellizos?

–De acuerdo, pero no –se apartó de la mano que extendió hacia ella, consciente de que, si la tocaba, no podría pensar a derechas–. Tiene que haber algunas normas.

Alejandro la miró sorprendido. Las normas siempre las ponía él.

–No quiero que esto afecte a los mellizos. No pueden enterarse. Tenemos que ser discretos. Nosotros sabemos que solo es sexo, pero ellos... –había aspectos del acuerdo que le inquietaban.

–Me parece justo –acarició su pelo y besó su boca–. No te preocupes. Tenemos semanas de placer por delante. No eres una niña buscando la atención de los hombres y confundiéndola con amor. Será una relación de igual a igual entre dos personas que saben lo que quieren.

–¿Qué quieres tú?

–A ti, querida, de muchas maneras distintas.

–¿De muchas maneras? –ella se estremeció.

–Ven aquí y deja que te lo demuestre.

Zoe y los mellizos llevaban seis semanas viviendo en la casa del guarda. La pasión de Alejandro por ella no había disminuido, y eso era nuevo para él. Cumplir las normas establecidas por otra persona también era nuevo, y a veces motivo de frustración.

Alejandro oyó unos golpecitos en la ventana de su despacho. Últimamente trabajaba más a menudo desde casa. Alzó la vista de la pantalla.

Cuando la figura pelirroja lo vio, empezó a gesticular. Un segundo después desapareció y se oyó un golpe.

Con un suspiro, Alejandro se levantó, fue hacia la ventana, la abrió y se asomó. Georgie estaba en el suelo junto a una caja volcada, que debía de haber arrastrado hasta la ventana para subirse en ella y llamar su atención.

–¿Qué estás haciendo?

–Buscarte, es obvio –descarada como siempre, se levantó y se sacudió los vaqueros.

–¿Te has hecho daño?

La niña movió la cabeza y lo miró con desdén, como si la pregunta le pareciera ofensiva.

«De tal tía, tal sobrina», pensó él.

–Habría buscado a Chloe, pero no vuelve hasta mañana. Estoy deseando ver a Hannah andando con muletas. No había nadie más a quien llamar.

–Es un honor –dijo él, pensando que no era la primera opción, ni siquiera la segunda.

–Si Zoe se muere, ¿iríamos a una residencia?

La sonrisa sardónica de Alejandro se apagó como una vela. Fue como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

–Zoe no se va a morir.

–¿No? –la vocecita sonó insegura.

–¿Qué le ha pasado a tu tía Zoe? –preguntó él, controlando su imaginación y su miedo.

–Dice que está bien, pero no lo parece y…

–Espera –alzó una mano–. Saldré en un momento.

Agarró una chaqueta y salió de la casa. Georgie corría hacia la puerta cuando salió.

–¿Te ha enviado Zoe?

La niña negó con la cabeza.

–Se enfadará conmigo –predijo con tristeza.

–No le diremos que has venido a buscarme.

–¡Eso sería mentir! –exclamó ella con horror.

–Tienes razón –aceptó él, pensando que los niños eran como un campo de minas–. Nunca deberías mentir, y menos a tu tía –llevó a la niña al coche y la ayudó a subir–. Cuéntame qué pasa.

Cuando llegaron a la casita, entraron por la puerta de atrás. Harry, con cara de concentración, estaba subido en una silla e intentaba abrir una lata con un abrelatas que parecía una antigüedad. Sus deditos estaban demasiado cerca del filo.

Alejandro, se acercó y, tras darle una palmadita en el hombro, le quitó la lata.

–Deja que lo haga yo, tiene su truco. Ya está –miró la etiqueta de la lata–. Sopa de pollo.

–Mamá siempre nos daba sopa de pollo cuando estábamos malos. Iba a hacérsela a Zoe.

–Buena idea, pero primero vamos a ver si quiere comer ahora.

–Antes tiene que dejar de vomitar, estúpido –criticó Georgie a su hermano.

–No soy estúpido.

–¿Y si os vais? –interpuso Alejandro. Dos caritas expectantes se volvieron hacia él–. Ir a la tienda y traedme… –hizo una pausa–. ¿Os dejan ir andando a la tienda?

Ambos negaron con la cabeza.

–Bueno, entonces… –se quedó atascado.

–Podríamos lavar tu coche. Está sucio. Por dinero –ofreció Georgie.

–Gratis –corrigió Harry, lanzando a su hermana una mirada reprobadora. Ella suspiró.

–Eso sería muy útil –el coche había sido limpiado de arriba abajo la semana anterior–. Iré a ver cómo está vuestra tía, pero no os preocupéis. Me parece que tiene esa gripe que ronda por todo el pueblo –fue hacia el vestíbulo.

–¿Eres el novio de Zoe?

Alejandro podía no saber nada de niños, pero no cayó en la trampa. Se dio la vuelta y los miró con expresión divertida. No era una negación directa, pero esperó que la tomaran como tal–. ¿Por eso has ido a buscarme? ¿Porque creéis que soy su novio?

–No, he ido a buscarte porque decía tu nombre por la noche. Nos despertamos y cuando fuimos a su habitación estaba despierta pero muy caliente.

–Te dije que era una pesadilla –apuntó Harry.

La pesadilla de una mujer. Sin duda, los niños sabían mantener a raya el ego de un hombre.

Alejandro fue al dormitorio. La puerta estaba abierta y las cortinas cerradas. La luz que se filtraba por ellas iluminaba a la figura que yacía en la cama con un brazo curvado sobre la cabeza.

Estaba acostumbrado a sentir el tirón de la atracción sexual cuando la veía y cuando estaba cerca de él. Al observarla en ese momento, le pareció vulnerable y deseable al mismo tiempo. Pero había algo más que no era capaz de definir. Se quedó clavado en el sitio cuando lo entendió.

–Harry –gimió ella, removiéndose en la cama.

–No soy Harry.

–Dios mío –los párpados se alzaron, revelando ojos azules y desenfocados–. ¿Qué haces tú aquí?

–¿Cómo te sientes? –preguntó él, pensando que había recibido bienvenidas más entusiastas.

Ella se incorporó sobre un codo y el camisón se deslizó hacia un hombro. Él sintió un pinchazo de lujuria inapropiada.

–Bien –su voz sonó cascada.

–Suelo admirar el coraje, pero una respuesta sincera sería más apropiada en este caso.

Zoe giró la cabeza en la almohada y lo miró con desagrado. Si quería saber cómo se sentía, se lo diría.

–Me siento como si estuviera a punto de morir. ¿Contento? –se dejó caer sobre la almohada–. Y supongo que tengo el aspecto adecuado para ello.

–Tienes mala pinta, sí –corroboró él. Pero su sonrisa burlona se desvaneció cuando vio que le temblaban los labios–. ¿Estás llorando?

–Oh, bueno, lamento no haberme maquillado para gustarte, pero

nadie te pidió que vinieras –arrugó la frente–. ¿Qué haces aquí?

–Georgie fue a buscarme.

–Oh, cielos, no tendría que haberlo hecho.

–Están preocupados.

–Les dije que estaba bien –Zoe se llevó una mano a la cabeza y gimió–. Es un virus o algo.

–¿Podrías precisar un poco los síntomas?

–¿Si lo hago, te irás? Oigo tambores dentro de la cabeza, me duele todo y me siento mal –lo miró con rabia–. ¿Eso te vale?

–Sucinto. Supongo que nuestra cita de esta noche queda cancelada.

Zoe no tenía energía para abrir los ojos, pero sí para corregirlo.

–No tenemos una cita. Solo es sexo. El tipo me pregunta si sé que solo es sexo, como si fuera una idiota –farfulló. El comentario que él había hecho después de la frenética sesión sexual que habían tenido mientras los niños iban a clase de equitación había resonado en su cabeza durante toda la larga e interminable noche.

–¿Cómo está nuestra paciente?

Esa vez los ojos de Zoe no se dignaron a abrirse, y resistió la tentación de decir que ella no era la paciente de nadie.

–¿Quién le ha pedido que venga, doctor? –rezongó Zoe. Suponía que el apellido Montero, o el talonario asociado, había ayudado al hombre a olvidar que los médicos de familia ya no hacían visitas a domicilio durante el fin de semana.

Nadie contestó a su pregunta.

–Aparte del mal humor, tiene dolor de cabeza y de articulaciones, y bastante fiebre –Alejandro la miró. El camisón húmedo se le pegaba a la piel y sus mejillas arreboladas contrastaban con la palidez de su piel–. Náuseas... ¿has vomitado?

–¡Métete en tus asuntos! –rezongó ella.

El médico se rio y sugirió que tal vez el señor Montero debería irse mientras él hablaba con la paciente. Pocos minutos después, confirmó que Zoe tenía la gripe que había afectado a medio pueblo y sugirió que tomara analgésicos para la fiebre, reposara y bebiera muchos líquidos.

–Eso es lo que estaba haciendo –le dijo Zoe a Alejandro cuando el médico se marchó.

–¿Puedo traerte algo?

–Vete y déjame en paz.

Como la malhumorada enferma se negaba a que la mimaran, se ofreció a ocuparse de los mellizos durante el resto del día.

La oferta no le pareció descabellada hasta que, acompañado por los mellizos, se encontró con una amiga de Dana en un exposición de ciencia práctica. Emma, que iba con su hijo menor, era una de las pocas amistades mutuas con la que había seguido en contacto tras el divorcio. «Me encantaría conocer a la mujer que te ha domesticado», había dicho ella al despedirse.

Era ridículo, por supuesto; él no había cambiado en absoluto. Podía poner fin a la relación en cualquier momento. Disfrutaba con los mellizos, lo divertían... pero eran agotadores.

«Engáñate, Alejandro», se burló la voz que a veces resonaba en su cabeza.

Al día siguiente, Zoe se sentía cansada. Seguían doliéndole la cabeza y los músculos, pero estaba lo bastante bien para levantarse. Una suerte, porque había prometido recoger a Alejandro Chloe, John y Hannah, que llegaban de Boston esa mañana. Y tenía que llevar a los niños al punto de recogida para su excursión de ciencias antes de... Solo pensar en el día que tenía por delante empeoró su dolor de cabeza.

–¡Daos prisa! –gritó, abriendo la puerta de entrada mientras Harry iba a buscar su mochila, que había dejado «en algún sitio».

–¿Qué diablos crees que está haciendo?

Al oír la voz airada, Zoe giró en redondo para enfrentarse a la alta figura que subía por el camino hacia la puerta. Parecía enfadado, pero Zoe, negándose a que la mangoneara, se llevó una mano a la dolorida cabeza y se rebeló contra él.

–Podría preguntarte lo mismo. Creía que hoy tenías una reunión en París.

–La cancelaron –mintió él con soltura. Alzó la mano en la que llevaba un ramo de flores–. El jardinero se ha enterado de que estás enferma –se calló que había sido él quien se lo había dicho–. Dice que prefieres las flores aromáticas a las rosas de invernadero.

–¡Es verdad! Es un detalle encantador –exclamó ella, llevándose el ramo a la nariz–. Tengo que darle las gracias.

–Se las daré por ti cuando vuelvas a la cama.

–No puedes venir aquí y darme órdenes –alzó la barbilla con

indignación–. Estoy bien y tengo que recoger a Chloe y compañía en el aeropuerto después de llevar a los mellizos a...

–¡A la cama! –tronó Alejandro justo cuando el cartero abría la verja del jardín.

–Alejandro está aquí, Harry –gritó Georgie en ese momento–. Va a llevarnos al colegio.

Zoe negó con la cabeza. Aunque los límites de su relación se emborronaban a veces, no podían llegar al punto de que él los llevara al colegio.

–No, no... Georgie, ve a...

–Claro que sí. Subid al coche –les dijo a los mellizos, que obedecieron sin dar a Zoe tiempo de decir una palabra más–. Ahora, sé una buena chica y vuelve a la cama, dijo él, quitándole las llaves del coche, que colgaban de sus dedos, y guardándoselas en el bolsillo del pantalón.

–No me trates como si fuera una niña.

–Es obvio que sigues mal –dijo él con impaciencia–. Tienes un aspecto horrible –no sabía por qué había asumido la tarea de ayudarla.

–Gracias –replicó ella, con ganas de llorar.

–Si te empeñas en levantarte antes de tiempo, retrasarás tu recuperación.

–Así que ahora eres médico –refunfuñó ella, deseando poder descansar veinticuatro horas más.

–Eres muy mala paciente.

–Tengo que ir a...

–¿No se te ha ocurrido que Chloe y su familia no te agradecerían que les pegaras la gripe?

–Pues no, la verdad –admitió Zoe compungida.

–Vuelve a la cama y, por una vez en tu vida, mujer, deja que alguien tome el mando –calló al oír el sonido de un claxon–. Ese es mi coche.

¡Un par de críos requería su presencia y él iba! Zoe intentó recordar la última vez que se había sentido al mando y soltó una risita amarga.

–¡Lo que hay que ver! –masculló, cuando él cerró la puerta.

Para cuando llegó al dormitorio, estaba demasiado cansada para desnudarse. Se tiró en la cama y cayó en un sueño profundo.

Cuando se despertó, el sol de la tarde entraba por la ventana y no estaba sola. Se apoyó en un codo y miró al hombre que estaba tumbado a su lado. Vestido y profundamente dormido. O no.

Alejandro abrió los ojos y estiró un brazo por encima de su cabeza; no había dormido la noche anterior, pero por suerte era capaz de sobrevivir dando unas cabezaditas aquí y allá.

Zoe pensó que era tan guapo que casi le dolía mirarlo. Acariciaba su mejilla cuando se acordó.

–¡Chloe! –miró el despertador horrorizada–. Creía que ibas a... –se mordió el labio. No tendría que haber asumido eso. Había llevado a los mellizos al colegio, sí, pero Alejandro no quería involucrarse en su vida doméstica. Solo la quería en su cama... ¿durante cuánto tiempo más?

–Relájate, he enviado un coche a recogerlos –bostezó. Estaba seguro de que cuidar a un enfermo estaba reñido con quedarse dormido a su lado, pero las últimas veinticuatro horas le habían demostrado que lo suyo no era ser enfermero. Cuando Zoe, inquieta, había repetido su nombre en sueños, había sido incapaz de no responder. Su cercanía física la había tranquilizado.

–Su vuelo llegó a la hora y vienen de camino.

–Gracias. Siento ser tan desastre.

Él puso una mano tras su cuello y la introdujo entre su cabello, provocándole chispitas eléctricas.

–Siempre eres un desastre –respondió él. Zoe había convertido su vida en un caos, pero él seguía volviendo en busca de más. No lo entendía.

–Los mellizos pueden ser muy...

–Nunca hago nada que no quiera hacer, cielo.

–Seguro que no quieres llevar a los mellizos de aquí para allá –dijo ella, intentando leer su rostro.

–Ahora mismo, lo que quiero es... –atrajo su cara hasta que sus narices se tocaron.

–¿Es que siempre consigues lo que quieres? –susurró ella contra sus cálidos labios.

–Tengo esa reputación.

–¿A qué ha venido eso? –preguntó ella cuando el largo y lánguido beso llegó a su final.

–Era de parte Chloe –dijo él sonriente.

–No tendrías que besarme. Podría contagiarte.

–Tengo un sistema inmune excelente –acarició su mejilla–. Nunca me pongo enfermo.

«Nunca te enamoras», pensó ella. No merecía la pena estropear lo que tenía deseando algo que no podía ser, pero a veces le resultaba difícil.

–Gracias por lo de esta mañana.

Él se encogió de hombros y se sentó antes de pasarse las manos por el pelo revuelto.

–Tendrías que irte. Los mellizos llegarán pronto –bajó las piernas de la cama–. Me encuentro mucho mejor. Necesitaba dormir.

Tras escrutar su rostro, él asintió y se levantó.

–He pedido a Rowena que recoja a los niños cuando lleguen de su excursión –dijo–. Y en la nevera hay un guiso que preparó la señora Whittaker. Solo tienes que calentarlo.

–Dale gracias de mi parte por su amabilidad.

–Mañana me voy a París –anunció. Cuando se volvió hacia ella, Zoe ya había borrado la decepción de su rostro–. Ah, y Polly no espera que vuelvas al trabajo hasta el lunes.

En cuanto salió, Zoe agarró el teléfono.

–Polly, no, no es eso. Llamo para decirte que estoy bien. Iré a trabajar mañana.

Aunque ya era tarde para no enamorarse de Alejandro, no iba a permitir que controlara cada aspecto de su vida. Tenía que tomar sus propias decisiones, mantener su independencia. Él no se quedaría para siempre.

Capítulo 10

Al principio la había asustado trabajar en la galería, pero no había tardado en ganar confianza y adoraba el trabajo. Sobre todo desde que Polly había empezado a delegar responsabilidades.

Ese día había sido bueno. Un comprador de una agencia de seguros se había llevado varios cuadros, bastante caros, de un artista en alza. Cuando Zoe cerró la galería, se arrebujó en la chaqueta y echó a andar con paso ligero y alegre hacia la estación de tren. De repente, el bocinazo de un coche le hizo alzar la mirada.

Junto a la acera, sin el menor respeto por las restricciones de aparcamiento, vio un coche conocido. Se le aceleró el corazón mientras andaba hacia él.

–¿Qué haces aquí? –preguntó, cuando el conductor bajó la ventanilla.

Alejandro sonrió. No había sido consciente de su destino hasta que estuvo ante la puerta de la galería. Verla salir había paliado su melancolía.

–Voy de vuelta a casa. ¿Quieres que te lleve?

Ella escrutó su rostro. Aunque no habría podido definirlo, supo que algo iba mal.

–Sería genial. Los pies me están matando –tras diez minutos conduciendo en silencio se atrevió a hablar–. ¿Qué es lo que va mal?

–Nada va mal –él le lanzó una impaciente mirada de reojo–. ¿Qué te hace pensar que sí?

–No has dicho una palabra.

–¿Es que un hombre no puede disfrutar de un poco de silencio? ¿Es necesario perderse en un mar de naderías aburridas y poco significativas?

–Si vas a hablarme con ese tono, puedes parar aquí mismo y dejarme salir –replicó ella.

Él pisó el acelerador como respuesta.

–No seas tan malditamente sensible.

–¡Yo! ¿Vas a decirme qué es lo que va mal? –se agarró a la manecilla de la puerta y cerró los ojos cuando llegaron a una curva cerrada–. ¿O prefieres que nos salgamos de la carretera?

–Controlo el coche perfectamente –a pesar de su respuesta, redujo la velocidad poco después de la curva–. He tenido noticias de mi padre –apretó los labios con tanta fuerza que palidecieron.

–Eso está bien –era obvio que a él no se lo parecía, pero no se le ocurrió otra manera de hacer que hablara. Era obvio que necesitaba hacerlo, aunque fuera demasiado testarudo para admitirlo.

Se preguntó si tenía problemas con su padre. Una vez había mencionado a su madre en tiempo pasado. Como nunca había hablado de su padre, ella había supuesto que ambos habían fallecido.

–¡Ya, bien! –ladró él.

La confusión y preocupación de Zoe se acrecentaron al ver que aferraba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

–Perdona, ¿han sido malas noticias? –no podía acusarla de ser inquisitiva cuando era él quien había sacado el tema. Pensó, irónica, que era capaz de hacerlo si le daba por ahí.

–Me ha invitado a su boda –dijo unas cuantas frases más en español, que ella no entendió.

–Supongo que te resulta difícil ver a tu padre seguir adelante con su vida. ¿Hace mucho que falleció tu madre? –preguntó, compasiva.

–¡Seguir adelante con su vida! –rechinó los dientes–. ¿Crees que ese es mi problema?

–Sería natural, sobre todo si estabas muy unido a tu madre.

–Mi padre siguió con su vida tan rápido que la lápida aún no estaba tallada. Mi padre… –apretó la mandíbula, con la vista fija en la carretera.

–Hay un arcén a unos metros de aquí. Para, Alejandro –le pidió ella.

–¿Por qué?

Ella se había preguntado por qué había elegido la carretera secundaria en vez de la autopista. En ese momento se alegró; al menos la carretera estaba casi vacía.

–Porque no tengo especial interés en acabar siendo parte de una estadística de accidentes de tráfico –le respondió. Para su alivio, en

el último momento giró el volante y entró en el arcén, levantando una lluvia de gravilla.

Apagó el motor y, sin decir palabra, bajó del coche y empezó a pasear de un lado a otro.

Zoe no lo siguió. Alejandro era un hombre que necesitaba su espacio, así que lo dejó andar mientras luchaba con su demonios personales. Se movía con gracia animal y, aun vibrando de ira, era impresionante observarlo.

Esa era una parte de su personalidad que ocultaba tras una cuidada máscara. La parte de él que intentaba negar, pasión y fuego, y que solo mostraba a puerta cerrada. Ella sabía por experiencia que enterrar algo no hacía que desapareciera: lo consumía a uno.

Pretender ignorar que se había enamorado de él no había hecho que su amor disminuyera. Y cuando salía a la superficie... Se estremeció y se abrazó a sí misma. No dejaría que emergiera.

No dijo nada cuando, por fin, él regresó.

–¿Qué opinas tú?

–¿Sobre qué, Alejandro?

–Yo tenía veintiún años cuando falleció mi madre, y ya estaba casado.

Zoe había perdido a su padre cuando era una bebé y no tenía ningún recuerdo de él. La muerte de su madre seguía siendo un recuerdo intenso y triste, aunque al final había resultado liberadora.

–Mi padre quedó devastado. Dos meses después de su muerte, telefoneó para decirme que había conocido a una mujer maravillosa que le recordaba a mi madre –curvó los labios con desdén–. Resultó que la maravillosa mujer tenía una hija encantadora a la que pensaba adoptar. Y sí, el parecido con mi madre era asombroso. Pronto fue obvio para todos menos para él que era un timadora. Amigos y colegas se lo dijeron...

–¿Se lo dijiste tú?

–Sí –asintió Alejandro–. Y me dijo que estaba celoso. Cuando por fin se marcharon a la francesa, él estaba a punto de la ruina. Había hipotecado la casa de mi madre, vendido sus joyas y... –hizo un esfuerzo por contener sus sentimientos.

–¿Y ahora ha conocido a otra persona?

–Por lo visto.

–¿Y te ha invitado a la boda?

Él asintió.

–¿De verdad quieres saber lo que opino?

–Te lo he preguntado, ¿no? –darse cuenta de eso lo impactó. Una de las razones que Dana había dado para el divorcio había sido que, según ella, nunca le pedía ni escuchaba su opinión.

«Necesito que me necesiten, Alejandro, y tú no me necesitas, no necesitas a nadie».

Él no lo había negado porque era verdad. Seguía siéndolo.

–Eso no significa que no te vayas a poner a gritar si digo algo que no quieres oír.

Él apoyó la cabeza y esbozó media sonrisa, mirándola.

–¿Cuándo te ha detenido eso?

Zoe era la única mujer que lo había retado en su vida. No medía sus palabras; a veces tenía la sensación de que irritarlo le provocaba un placer perverso.

–Creo que deberías ir a la boda y desearle a tu padre lo mejor.

Él apretó la mandíbula y maldijo por lo bajo.

Zoe no dejó que eso la amilanara, era la respuesta que había esperado.

–No ir no va a detenerlo. Se equivocó una vez, ¿pero quién no lo hace?

–No solo se equivocó, él...

–Se creía enamorado. Eso no es un crimen –alegó ella, aunque la expresión de Alejandro sugería que él opinaba que sí–. Seguro que se siente fatal por lo que ocurrió. Avergonzado.

–Supongo –Alejandro se frotó la mandíbula. Nunca había reflexionado sobre los sentimientos de su padre. Tal vez un hombre más fuerte habría sido más compasivo con él. Ese pensamiento lo incomodó bastante. Miró a Zoe meditabundo.

–E imagino que es consciente de que sigues enfadado con él.

–Yo no estoy... –al captar su mirada, suspiró–. De acuerdo, estoy enfadado. ¿Cómo pudo aceptar la palabra de esa mujer y no creer a sus amigos, a la gente a la que conocía desde hacía años?

–Te refieres a ti mismo, ¿no?

–Eso no importa –masculló él, encogiendo los hombros. Zoe lo miró compasiva.

–Debió de ser muy doloroso –murmuró Zoe.

Alejandro desvió la vista de los emocionados ojos azules a la mano que había sobre su brazo. «¿Qué demonios estoy haciendo?», pensó.

Lamentando haber revelado sus sentimientos, algo que veía como síntoma de debilidad, apartó el brazo. No era hombre que compartiera sus problemas. Su cura para la frustración era nadar o correr hasta que el agotamiento adormecía su mente y su cuerpo.

Esa vez no había ido a la piscina ni se había puesto las zapatillas deportivas. Se preguntó por qué el instinto lo había llevado a buscar a Zoe.

–Lo doloroso, como dices tú –replicó con voz dura–, fue tener que poner mi vida en suspenso y hacer uso de todos los favores que me debían para impedir que la empresa quebrara y mi padre acabara en la cárcel. Esa zorra no se llevó solo su dinero. Él había tomado «dinero prestado» de las cuentas de algunos clientes.

Zoe captó la falta de emoción de su voz seca. En vez de gritar de frustración se puso la mano sobre el regazo. Se debatía entre la empatía y el deseo de zarandearlo.

Él parecía pensar que al haberle dejado ver un atisbo del hombre que había bajo la máscara le había otorgado una especie de poder especial.

–No te preocupes, Alejandro, ya había adivinado que en el fondo eres humano –captó un destello de shock en la mirada de él, que lo ocultó rápidamente–. Pero no se lo diré a nadie. Tu secreto está a salvo conmigo.

–No estoy de humor para juegos de palabras, Zoe –dijo él, apretando los labios.

–Muy bien, seré directa. Tu padre cometió un error... un gran error –rectificó al oír su resoplido–. Eso no anula la posibilidad de que realmente quiera a esta mujer.

–Mi padre cree en los cuentos de hadas –curvó el labio con desdén. Rechazaba esa credulidad infantil, pero a veces había envidiado a su padre.

–¿No es bueno eso? ¿No te alegra que esa horrible mujer no ganara al final?

Esa sugerencia hizo que Alejandro la mirara fijamente. Frunció el ceño al ver la compasión que brillaba en sus ojos. Un hombre tenía derecho a su intimidad, pero ella no dejaba de ignorar las

señales y cruzaba todos los límites. «Has sido tú quien la ha invitado a hacerlo», reconoció para sí.

–¿Cómo has llegado a esa conclusión? –al verla sacar la barbilla, su ira dio paso a una emoción que lo incomodaba aún más. Esa mujer tenía más agallas que nadie.

–Si tu padre hubiera salido de la experiencia hecho un cínico, ella habría ganado. Pero no es así. Él no se ha vuelto amargo, cínico y retorcido.

Él volvió la cabeza hacia la ventanilla. Había empezado a llover.

–¿Estás diciendo que yo sí?

Zoe le respondió con otra pregunta que se había planteado durante la conversación.

–¿Fracasó tu matrimonio por eso?

Él volvió a mirarla pero, en vez de decirle que se metiera en sus asuntos como ella esperaba, movió la cabeza y repitió la pregunta.

–¿Fracasó mi matrimonio por eso?

Ella se preguntó si culpaba a su padre de su divorcio. Eso explicaría por qué, tantos años después, seguía sin olvidar ni perdonar. El sentido común le decía que no tendría que tocar el tema, pero necesitaba entender al hombre que había capturado su corazón.

–Te viste obligado a concentrar tu energía en salvar la empresa y a tu padre y no te quedaba tiempo para tu… –hizo una pausa y encogió los hombros–. No es asunto mío. Solo quería…

–Husmear y pinchar –concluyó él.

Ella, animada al ver que parecía más divertido que enfadado, alzó la vista y escrutó su rostro.

–No, mi matrimonio no fracasó porque estuviera ocupado salvando la empresa. Aunque pudo acelerar el proceso. Sencillamente, mi matrimonio nunca fue mi prioridad. Nos casamos demasiado jóvenes y queríamos cosas distintas de la vida. El matrimonio requiere compromiso –acarició su rostro con la mirada–. Y yo no me comprometo –añadió con sorna–. El fracaso era inevitable.

Ella se preguntó si ese análisis clínico escondía un corazón roto que Alejandro no admitía siquiera ante sí mismo.

–No me sorprendió que Dana se fuera –torció la boca–. Pero no esperaba que lo hiciera con mi mejor amigo –concedió.

Zoe dejó escapar una exclamación.

–No estás mal boquiabierta –dijo él, poniendo un dedo bajo su barbilla y alzándola. Ladeó la cabeza y se echó hacia atrás para mirarla. En realidad, no estaba mal de ninguna manera.

Sus ojos se oscurecieron mientras pasaba el pulgar por su suave mejilla. Inhalando el aroma de su piel cálida, sintió el deseo que siempre lo rondaba con ella. Incapaz de resistirse a la dulzura de sus labios, bajó la cabeza para besarla. Con un suspiro, ella abrió la boca y enredó los dedos en su pelo, atrayéndolo.

Cuando dejó de besarla se quedaron quietos. Ella aún temblaba en respuesta al devastador beso, al hambre que veía en los ojos de él y que le impedía hablar o pensar.

Sintió que ponía una mano sobre sus senos, moldeándolos a través de la ropa, mientras seguía acariciando su mejilla con la otra.

–Si viene alguien... –jadeó ella, llevando las manos a su cinturón.

Él se bajó los vaqueros, le subió la falda muslos arriba e introdujo los dedos bajo el elástico de sus bragas.

–No vendrá nadie.

Su expresión dura y depredadora le provocó un escalofrío. Excitada más allá de la razón o de la cautela, se subió en su regazo. Él deslizó las manos por su espalda y nalgas hasta dejarlas quietas sobre sus caderas.

La deseaba tanto que le costaba respirar; solo podía pensar en hundirse en ella.

Zoe bajó la mano para acariciar su miembro. Esperó a escuchar sus gemidos antes de alzarlas y descender sobre la dura y sedosa erección. Perfectamente acoplados, se movieron juntos, rápido y en perfecta armonía, hasta que ambos alcanzaron un violento clímax a la vez.

Mientras se ajustaba la ropa, y Alejandro hacía lo propio, Zoe no podía creer lo que acababa de hacer. Le había dado igual que cualquiera que pasara por la carretera pudiera verlos.

Aún arrebolada, se volvió hacia él.

–Lo siento. No sabía lo de... Tiene que haber sido terrible para ti –pensó que Dana era un nombre precioso. Y seguramente ella también.

Y él la había amado. A Zoe la sorprendió la animosidad que

sentía hacia una mujer a la que no conocía. Se preguntó si él había estado pensando en ella mientras hacían el amor.

Él tardó unos segundos en comprender de qué estaba hablando: ¡de su exesposa! Acababan de hacer el amor y ella hablaba de su ex. No quería hablar de Dana; quería hablar de adónde se dirigía su relación. Quería hablar de tener a Zoe en su cama durante toda la noche.

–Fui muy mal marido. Vivía mi propia vida y esperaba que ella lo aceptara o lo dejara. Al final, lo dejó. No la culpo. Se sentía sola y Carl podía darle las cosas que quería –la miró a los ojos–. Algunos hombres no están hechos para casarse.

La advertencia era clara. Preguntándose qué había hecho para que se sintiera obligado a decir eso, apartó las manos y se rio.

–Supongo que aún hay tiempo de cancelar la noticia de compromiso que envié al periódico. Relájate, Alejandro, no voy a declararme.

Y ni en sueños había imaginado que lo hiciera Alejandro. Había aceptado que lo que había entre ellos nunca sería profundo y significativo para él. No tenía otra opción. Vivía día a día, disfrutando de los momentos que pasaban juntos. Tal vez saber que no durarían los teñía de dulce amargura, pero no quería perderse ni un segundo.

–Entonces, ¿crees que debería ir a la boda de mi padre? –Alejandro se recostó en el asiento.

–¿Importa lo que yo crea?

–A veces es bueno escuchar un punto de vista objetivo.

Zoe se rio. Ella nunca podría ser objetiva en nada que concerniera a Alejandro. Se mordió el labio para detener la risa y encogió los hombros.

–¿No decías que soy emocional e ilógica?

–Tienes tus momentos lúcidos –le devolvió él con una sonrisa.

–¿Vas a ir?

–No tiene sentido quemar las naves.

Zoe asintió y bajó la vista. Ella había quemado las suyas hacía tiempo.

–Tengo que recoger a los gemelos. Le prometí a la suegra de Chloe que los recogería a y media –ya era casi esa hora, iba retrasada–. No podía dejar que sus egoístas deseos se antepusieran a

su deber para con los hijos de su hermana.

–Tranquila, no tardaremos nada.

Llegaron a la puerta de la casa solo cinco minutos tarde. Zoe bajó del coche. En ese momento sonó el móvil de Alejandro y él miró la pantalla. Maldijo y lo guardó en el bolsillo.

–¿Podrás volver a casa sola?

–Desde luego.

–Te veré... –hizo una pausa, como si no pudiera comprometerse siquiera a algo tan sencillo como una hora, haciendo un gesto con la cabeza, cerró la puerta y arrancó el motor.

Capítulo 11

Intentando borrar a Alejandro de su mente, Zoe llamó a la puerta de la casa y entró en la cálida y acogedora cocina de estilo campestre. Un segundo después conseguía lo imposible: dejar de pensar en Alejandro.

–¡Oh, Dios mío! –se arrodilló ante el niño que estaba sentado a la mesa, con el rostro tenso de ansiedad, y acarició a su sobrino–. ¡Harry!

–Está bien –dijo Maud, poniendo una mano en el hombro de Zoe–. En serio, no es tan grave como parece.

–¿Cómo ha sido? ¿Quién te lo ha hecho? ¿Ha visto un médico...?

–La enfermera del colegio limpió el corte –la informó Georgie, poniéndose junto a su hermano.

–Pero ¿quién te lo ha hecho, Harry? ¿Por qué no me ha llamado el director de la escuela?

–Siéntate, querida, has sufrido un shock –Maud obligó a Zoe a sentarse y le ofreció una taza de té–. El director intentó llamarte, pero ya habías salido y tenías el móvil apagado.

–Quiere verte mañana –murmuró Harry, pasándose la lengua por el labio hinchado.

–¡Y yo a él! Quiero saber qué bestia te ha... tu pobre cara...

–No fue Adam, fue Harry. Se tiró contra él.

–¿Harry peleando? –Zoe miró a Georgie y movió la cabeza. No podía aceptar la imagen del gentil y dulce Harry iniciando una pelea. Si se hubiera tratado de Georgie...

–Sí. Yo lo vi.

–Pero ¿por qué, Harry?

–Por las cosas que estaba diciendo Adam de ti y de Alejandro. Yo lo llamé estúpido, pero Harry llegó cuando Adam te llamó una cosa fea y se lanzó contra él. Estuvo genial –añadió con entusiasmo, mirando a su mellizo con admiración.

–Nunca es genial pelearse –afirmó Zoe, que seguía intentando digerir la información.

¡Todo era culpa suya! No tenía ninguna duda. El niño era el hijo de la atractiva veterinaria que había coqueteado con Alejandro en la fiesta de Chloe. Desde entonces ella había sido muy desagradable con Zoe, y sin duda el niño solo repetía lo que había oído en casa. Probablemente todos rumoreaban lo mismo.

Tendría que haber considerado las posibles consecuencias para los mellizos antes de embarcarse en la aventura. Había creído que ocultarles la relación los protegería. ¡Menuda protección! Se sintió asqueada consigo misma.

–No te preocupes –acarició la cabeza de Harry–. Yo arreglaré las cosas con el director.

–Te dije que no se lo contaras, Georgie. Mira, ahora está llorando.

–No, no estoy llorando –Zoe se sorbió la nariz–. Y estoy muy, muy enfadada contigo –se contradijo dándole un beso en la cabeza.

Lo importante era arreglar las cosas. Y, cuanto antes, mejor. No servía de nada despegar una tirita poco a poco, era mejor hacerlo de un tirón. Podía doler un poco al principio, pero no tenía sentido prolongar la agonía.

No era una analogía perfecta, claro. Zoe sabía que lo que iba a hacer dolería mucho más que perder unas capas superficiales de epidermis, pero lo importante era no darse tiempo para titubear.

Esa había sido la teoría. Pero eran más de las once cuando sonó el timbre. Para entonces Zoe ya había pasado por la aprensión y el nerviosismo para resurgir de nuevo.

Dejó que el timbre sonara otra vez antes de inspirar con fuerza e ir a abrir. «Estoy tranquila, serena incluso», se dijo.

Su serenidad duró hasta que abrió la puerta y vio la alta y esbelta figura, luciendo un elegante y exclusivo traje a medida. No podría haber durado. No tenían nada en común, excepto en el dormitorio. Tomó aire de nuevo y se recordó que solo estaba acelerando lo inevitable.

«Adelante, Zoe, eres una adulta, eres madre, Salir corriendo o, peor aún, correr a sus brazos, no es una opción».

–Siento llegar tan tarde –se inclinó hacia ella para abrazarla, pero Zoe se dio la vuelta y fue hacia la sala. Pensativo, la observó alejarse. No pudo evitar admirar su trasero. Sacudió la cabeza–. Espero que la cena no se haya echado a perder.

–No he preparado nada –con la espalda rígida de tensión, entró en la sala intentando recordar el discurso que había preparado. Se había disuelto en el éter, o al menos en algún oscuro rincón de su estresado cerebro.

Él había captado las vibraciones negativas incluso antes de que evitara su abrazo. Alejandro se odió por no haber telefoneado para decir que iba a llegar tarde. No era más que otro patético intento de simular que la relación no era seria.

Sabía que se estaba engañando, pero ese no era el momento de hacer declaraciones dramáticas. Era obvio que, si quería que Zoe siguiera en su cama y en su vida, iba a tener que ser más flexible con algunas de sus reglas habituales.

Admitirlo le supuso un cierto alivio. No entendía por qué le había resultado tan difícil. Llevaba rompiendo sus malditas reglas desde el día en que esos ojos azules, esas curvas y esa boca descarada habían aparecido en su vida.

Su vida estaba a punto de cambiar, y no por un encaprichamiento; estaba... más allá de eso. Sin querer llevar ese pensamiento a su conclusión lógica, cerró la puerta a su espalda. Pensó que tendría que estar abriendo puertas. No era una debilidad aceptar que quería más que sexo de esa relación, la debilidad era no aceptarlo.

Se llevó una mano a la cabeza. «¿Te estás oyendo, Alejandro?», se burló la parte analítica de su cerebro. Esa era la razón de que no le gustara el autoanálisis. Podía volver loco a un hombre y no llevarlo a ningún sitio, sobre todo cuando no había dormido una noche entera desde hacía mucho.

Antes nunca había pasado la noche entera con una mujer por elección propia. Pero se habían invertido los papeles y, por alguna razón, cuando estaba solo en su cama, era incapaz de dormirse sin sentir su calidez en los brazos.

Novio... Dio vueltas a la palabra en su cabeza. Nunca había sido novio de nadie. La idea le resultaba ajena a él.

La intranquilidad de Zoe se disparó cuando él entró en la sala. Era palpable. Requirió todo su autocontrol no correr a sus brazos.

–¿Y los niños? –preguntó él en un susurro, como si hubiera captado su estado de ánimo.

–Están dormidos.

Él suspiró, silenció su mente, y abrió los brazos. No se planteó ni un instante que no fuera a lanzarse a ellos. Zoe respondía a él más que ninguna mujer que hubiera conocido antes. Si su pasión por ella era insaciable, también lo era la de ella por él.

Estaba encaprichada.

Estaba enamorada.

Zoe, clavada en el sitio, negó con la cabeza. El esfuerzo hizo que el sudor perlara su labio superior. Volvió a mover la cabeza.

Él cerró la puerta y apoyó los hombros en la pared. Estaba pálido y sus ojos parecían vacíos. A Zoe le recordó a alguien en estado de shock.

–¿Problema? –se aclaró la garganta.

Ella se rio aunque tenía ganas de llorar. Era típico de Alejandro no utilizar dos palabras cuando bastaba con una. Asintió.

–Esto no funciona –dijo, controlando un pinchazo de culpabilidad. Alejandro apreciaría la brevedad. Al fin y al cabo, él no había invertido sentimientos en la relación. Sería un error pensar que se sentiría como si hubiera perdido una extremidad si ella desaparecía de su vida.

El silencio se alargó, pulsátil, hasta que él rompió el hechizo con una risa.

Zoe pensó que le molestaba menos de lo que había esperado o no se lo había tomado en serio.

–No bromeo. Creo que deberíamos dejarlo.

–¿En serio? –él dejó de reír.

Ella asintió y se aclaró la garganta. Había visto muros de granito más reveladores que su expresión en ese momento.

–Sí.

Alejandro cerró los ojos, controlando el deseo de gritar. Los niños estaban arriba durmiendo y no podía gritar; tenía que parecer invisible.

La insistencia de ella en mantener la irreal ilusión de que no eran más que conocidos le había parecido bien al principio. Pero hacía ya tiempo que había dejado de parecerle buena idea.

La situación era irónica. Siempre había evitado que asociaran su nombre con una mujer, y había pasado a estar con una mujer a la que parecía avergonzarla reconocer que se acostaban juntos.

Tendría que haber sido la situación ideal, pero no lo era.

La semana anterior había pasado frente al colegio cuando ella recogía a los mellizos. Ellos habían agitado la mano y Zoe había simulado no verlo. Se había planteado saltar del coche, abrazarla y besarla delante de todos los cotillas del pueblo, cuya opinión tanto parecía importarle. Sin duda todos sabían ya que se acostaban.

No lo había hecho porque no era un cavernícola. Pero empezaba a apreciar que dejarse llevar por los instintos básicos tenía sus ventajas.

No quería formar un hogar, pero tampoco quería ser tratado como un sucio secreto. Eso era denigrante para cualquier hombre.

–Necesitas una copa.

Zoe sintió pánico al verlo quitarse la chaqueta e ir al armario donde había dejado la botella de vino que él había empezado la noche anterior.

–No bebo, ¿recuerdas? –tomó aire antes de seguir–: Quedamos en que cuando esto no funcionara le pondríamos fin. Mira, sé que te resultará raro porque asumías, y yo también, que serías tú quien lo haría –sonrió con tristeza–. No es nada personal –se apresuró a añadir.

–Bueno, pues beberé yo –echó el vino que quedaba en una copa y se la bebió de un trago. Buscó ironía en su rostro, pero no la había–. Así que no es nada personal, eso lo cambia todo –farfulló dejando la copa a un lado, aunque en su mente la veía estrellándose contra la chimenea.

–Por favor, no seas así –suplicó ella–. Esto es difícil –se mordió el labio. No podía permitirse ningún lapsus, no podía permitir que la tocara.

–Esto es ridículo –contendió él, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

Zoe entendía la causa de su beligerancia, pero no estaba de humor para apaciguar orgullos masculinos heridos. Tal vez fuera la primera vez que lo dejaban. Montones de mujeres estarían dispuestas a masajear su ego.

Ella, en cambio, podría no enamorarse nunca más. Ese hombre era su alma gemela; pero él rezongaba mientras a ella se le rompía el corazón.

Al menos la recordaría como la mujer que se había atrevido a dejarlo.

–Dijiste que podíamos quedarnos aquí –le dijo con voz formal–, pero no sería correcto. He buscado otras alternativas.

–¿Has hecho qué? –bramó él, dejándose llevar por la ira–. ¿Desde cuándo no funciona esto?

Ella mantuvo la cabeza alta, cosa nada fácil cuando un hombre que medía casi dos metros se alzaba sobre ella como un maldito volcán.

–Desde que Harry llegó a casa con un ojo morado y el labio partido tras pelearse con un chico que me llamó puta barata, entre otras cosas.

Alejandro dio un paso atrás. El aire abandonó sus pulmones con un siseo audible.

Capítulo 12

¿Está bien?

A la ira protectora que sentía Alejandro se unía el orgullo porque el niño hubiera defendido a su tía; había protegido su honor.

Era más de lo que había hecho él. El remordimiento de saber que era el causante de la situación arañaba su conciencia igual que un clavo una pizarra.

Había sabido desde el primer día que iba a ser imposible evitar las complicaciones, aunque había querido convencerse de lo contrario. Se había refugiado en datos técnicos: Zoe ya no trabajaba para él y nunca pasaban juntos toda la noche. Tendría que haberlo visto venir. Pero la había deseado y necesitado con un hambre desconocida para él. Y para satisfacer esa hambre había estado dispuesto a romper todas las reglas.

–Lo estará –asintió ella, consternada por la emoción que veía en sus ojos oscuros. Se limpió una lágrima con el dorso de la mano–. Este es un pueblo pequeño y la gente habla. Fue poco realista y egoísta por mi parte no pensar en el efecto que este tipo de aventura podría tener en los mellizos.

–¿Crees que nadie en este pueblo practica el sexo sin casarse? –preguntó él con sarcasmo.

–No se trata de eso.

–¿Vas a hacer voto de castidad hasta que los mellizos se vayan de casa? ¿Nada de novios? ¿Es esa tu idea de prepararlos para el mundo real?

–Tú no eres mi novio. No tenemos una relación, solo sexo.

–¿O es que necesitas un anillo en el dedo? ¿Se trata de eso?

–¡Claro que no! ¡El problema no es el sexo fuera del matrimonio, es que sea sexo contigo! –le gritó, antes de recordar que los niños dormían.

Él no respondió a eso, pero su postura y su pétreo silencio no indicaban que le gustara.

–No quiero discutir –ella suspiró y lo miró, con la cabeza ladeada. Ese gesto tan familiar calmó a Alejandro–. Pero es verdad, no eres mi novio. Y lo del sexo contigo también. ¿Cómo puedo decirles a los niños que el sexo en una relación basada en el amor puede ser algo muy bello, cuando lo estoy practicando contigo? –Zoe sabía que, aunque para ella fuera algo bello, para Alejandro no era más que un acto físico.

Siempre que percibía su ternura y pasión se obligaba a recordarse que para Alejandro solo era sexo. Por mucho que el sexo se le diera de miedo.

–Así que solo te acuestas conmigo para pagar el alquiler –arqueó una ceja con sorna.

Esa sugerencia tiñó de rosado las mejillas de Zoe. ¡Lo decía como si fuera la parte perjudicada!

–¡Claro que no! Me acostaría contigo aunque tuviera que cruzar un desierto a gatas para llegar a tu cama –clavó los ojos azules, brillantes de fervor apasionado, en los de él.

Entonces recordó que estaba poniendo fin a una relación, no declarando que era su droga favorita, legal pero muy adictiva.

–Pero esto no se trata de lo que yo quiero –inspiró e intentó despejar la neblina de deseo de su cerebro. El recuerdo de la carita amoratada de Harry funcionó mejor que un cubo de agua fría. Cuadró los hombros y alzó la barbilla–. Es lo que debo hacer por los mellizos. Tengo que darles ejemplo y sé muy bien que aunque...

–¿Cruzarías un desierto a gatas para acostarte conmigo? –apuntó él con un brillo complaciente en los ojos.

Zoe le lanzó una mirada hiriente y rezongó. No le estaba facilitando las cosas.

–Era una forma de hablar –farfulló, sabiendo que era mucho más y esperando que él no lo supiera–. No estamos hablando de lo bueno que eres en la cama.

–El sexo contigo también se merece cruzar algún que otro desierto.

Alejandro sentía una extraña pesadez en el pecho mientras intentaba capturar la mirada de Zoe, que parecía empeñada en mirar a cualquier sitio menos a él. Cuando consiguió fundir sus ojos negros con el azul de los suyos la opresión en el pecho se hizo intolerable, aunque se sentía triunfal. Se preguntó si estaba

teniendo un infarto.

Zoe se lamió los labios resecos.

–Gracias –musitó sin saber qué más decir. Solo oía el clamor de los latidos de su corazón–. Los niños pueden ser muy crueles. Así que no puedo seguir viviendo aquí como tu… querida.

–No eres mi querida –dijo él con tono altivo y ofendido, sorprendiéndola.

–Vivo aquí, tú eres el dueño de la casa.

–Pagas alquiler.

–Mínimo. Y lo cierto es que no me habrías ofrecido la casa si no fuera por el sexo.

–Yo nunca he pagado por el sexo.

–Podemos hacer juegos semánticos toda la noche, pero la gente no dejará de verme como a una mujer mantenida.

–Me importa muy poco lo que piense la gente.

–Ese no es un lujo que yo me pueda permitir, Alejandro –dijo ella con tristeza–. Se acabó el día que acogí a los mellizos. Mi obligación es ser un buen ejemplo para ellos. Aunque la pelea de hoy no hubiera tenido lugar, ¿qué clase de mensaje les estoy enviando con mi actitud?

–Los padres practican el sexo. Es la realidad, y no puedes protegerlos de todo. Hablaré con el director del colegio.

–¡No puedo creer que hayas dicho eso! –lo miró atónita y se sentó en un sillón.

–Yo tampoco –admitió él con sinceridad.

–No hablarás con el director. No te acercarás al colegio. Quiero que los niños entiendan que el sexo debe tener lugar en una relación de amor. No como… yo… –sus ojos se llenaron de lágrimas mientras buscaba palabras para expresarse.

–Estás reaccionando de forma exagerada –la acusó él.

–No –dijo ella, recordando la carita de Harry.

–Quieres que los niños sigan yendo al colegio aquí. ¿Dónde viviréis? Conozco a Polly lo bastante para saber que probablemente te paga una miseria –Polly habría exprimido a una piedra para aumentar su margen de beneficios.

–Estoy aprendiendo. Me paga un salario justo y ya he estado buscando alojami…

–¡Buscando! –saltó sobre la palabra como un tigre sobre su

presa–. Entonces, ¿lo de los mellizos es una excusa? Ya lo estabas planeando.

–No planeaba, me preparaba –Zoe se mordió el labio inferior.

Sally, de la tienda, alquilaba unas casitas adosadas junto al canal, que estaban vacías desde que había terminado la temporada. Estaba dispuesta a alquilarle una Zoe hasta que encontrara algo más permanente.

–No puedes hacerlo. No lo permitiré.

–No puedes impedírmelo. Es mi elección.

–¿Y crees que te resultará fácil pasar las noches sola en tu cama individual?

–La casita tiene cama doble. ¿Y quién dice que voy a estar sola? –lo desafió ella, molesta por su cruel comentario.

No había terminado de hablar cuando él fue a su lado, la agarró y la puso en pie.

–¿También te has estado preparando para eso? ¿Has conocido a alguien?

Ella cerró los ojos, sintiéndose mareada al captar el aroma cítrico del jabón que él usaba. Todos sus instintos le decían que se hundiera en él, pero Zoe encontró las fuerzas para poner las manos en su pecho y empujar para apartarlo.

–Creía que tu especialidad eran las rupturas sin dolor –jadeó, apartándose el pelo de la cara–. ¿O solo es así cuando eres tú quien decide romper?

Él no respondió a la acusación. Observaba cómo ella se frotaba el brazo del que había tirado para levantarla. Se maldijo por su brutalidad.

–Déjame ver –tocó su mano con suavidad.

–No es nada –Zoe movió la cabeza. La idea de no verlo más provocaba un vacío en su corazón.

–Imaginarte con otro hombre me ha… –sus ojos se encontraron.

–¿Cómo has podido pensar que hay otro?

–No lo hice, no lo hago. Solo estoy… –calló y soltó su mano–. No puedes irte, Zoe.

–¿Por qué no puedo irme?

–Te necesito… te quiero –parpadeó como un hombre que acabara de despertarse de un sueño–. Dios, claro que sí. ¡Te quiero! –gritó.

–¿Es esta tu idea de una broma? –musitó ella temblorosa.

–En absoluto, querida –respondió él.

–¿Lo estás diciendo para llevarme a la cama?

–Supongo que me merezco eso por ser tan estúpido –admitió él–. He sido un tonto. Estaba tan ocupado intentando no ser un perdedor como mi padre que casi acabo perdiéndome yo. Sería el mayor perdedor del mundo si permitiera que te alejaras de mí.

–¿Me quieres? –a ella aún no le parecía real.

–¿Tan difícil es de creer? Apenas soporto no verte durante más de dos segundos. La idea de perderte me provocó un pánico ciego. No podía admitir que mi destino ya no estaba en mis manos, que lo había puesto en las tuyas –había hecho falta el temor a perderla para darse cuenta de lo que seguramente todos sospechaban.

Todos menos Zoe.

Agarró sus manos y se las llevó a los labios, mirándola a los ojos con adoración.

–Te quiero, Alejandro.

–Ya lo había adivinado.

–Y yo creía que estaba siendo sutil –rio ella.

Él la atrajo hacia sí y le dio un beso apasionado, cargado de promesa y amor.

–¿Puedes decirlo otra vez, Alejandro? –suplicó ella con voz ronca.

–Te quiero, querida –le resultaba muy fácil decir las palabras que tanto había temido decir; el problema iba a ser no decirlas a todas horas.

–¿Quieres que nos casemos en la hacienda? ¿O preferirías...?

–¿Casarnos? –lo miró con ojos como platos.

–Bueno, ¿cómo si no voy a enfrentarme al director y arreglar el asunto de Harry? Un novio no tiene tanta categoría como un prometido.

Ella parpadeó, incapaz de creer lo que decía ese hombre con fobia al compromiso.

–¿Harías eso? ¿Aceptarías a los mellizos?

–Creo que la pregunta tendría que ser si ellos me aceptarán a mí.

–Oh, creo que podría parecerles bien.

–Y a ti, mi amor, ¿te parece bien?

–Muy bien –sonriente, se lanzó a sus brazos–. Más que bien,

Alejandro.

Dos meses después asistieron a la boda de Raúl, el padre de Alejandro, en Sevilla. Fue una boda preciosa pero, a juicio de Zoe, no menos que la suya el mes anterior.

Le gustaba ver a Alejandro y a su padre llevándose bien. Su pequeña familia estaba creciendo y pronto sería aún más grande.

Llevaba guardándose el secreto dos días enteros, pero cuando el organista empezó a tocar la marcha nupcial no pudo contenerse más. Se inclinó hacia a Alejandro y le susurró al oído.

–¿Qué? –pronunció él con el ceño fruncido.

Ella volvió a susurrar con el mismo resultado. Poniendo los ojos en blanco, elevó la voz.

–¡Estoy embarazada!

Por supuesto, el grito coincidió con el fin de la música y su anuncio resonó por toda la iglesia.

–¿Por qué siempre me pasan estas cosas a mí? ¿Por qué tengo tan mala puntería?

–Tu puntería es perfecta y, por lo que a mí respecta, puedes gritarlo a diario –dijo Alejandro con ojos brillantes–. Quiero que todos sepan que soy el hombre más afortunado del mundo.

Zoe, que nunca había llorado en las bodas, lloró en la segunda boda a la que asistía en los últimos dos meses, lágrimas de puro júbilo.